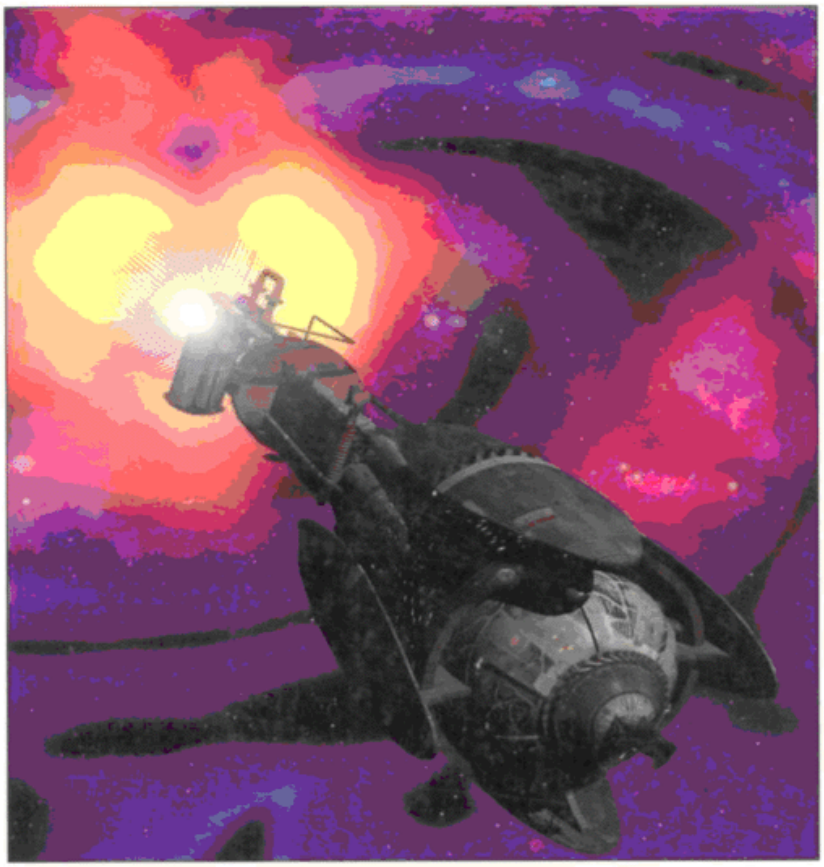
Tau cero
Poul Anderson

POUL ANDERSON



TAU CERO

«Sus especulaciones en cosmología son fascinantes y la hipótesis que desarrolla está sorprendentemente bien concebida»
John Clute en THE ENCYCLOPEDIA OF SCIENCE FICTION

NOVA
CIENCIA FICCION

LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Presentación

Nuestros lectores habituales saben que NOVA *ciencia ficción, iniciada en 1988, es una colección especializada que carece en gran medida de títulos clásicos, ya publicados en su momento por otros editores. También saben que, poco a poco, como mínimo una vez al año, vamos incorporando a nuestra colección obras en cierta forma inolvidables en la historia del género. Aunque en ocasiones pueda tratarse de una operación arriesgada desde el punto de vista comercial, considero imprescindible incluir en* NOVA *ciencia ficción algunos clásicos indiscutibles que acompañen a los buenos títulos del presente que, ésos sí, están siempre presentes en nuestras publicaciones.*

De ahí las reediciones, concebidas a veces como homenaje, que aparecen con una cierta periodicidad en NOVA *ciencia ficción. Por otra parte, la particular y sesgada historia de la edición de ciencia ficción en España me permite encontrar de vez en cuando algún clásico indiscutible o algún título para mí imprescindible que aparece en castellano por primera vez, precisamente en* NOVA *ciencia ficción. Así ocurre con este* TAU CERO *de Poul Anderson que (¡finalmente!) logramos presentar.*

Homenaje fue la publicación de CIUDADANO DE LA GALAXIA *(1957) de Robert A. Heinlein, publicado en* NOVA *ciencia ficción, número 18, en 1989, un año después de la muerte de un autor de gran importancia en el género. También un homenaje, aunque de otro tipo, fue* CÁNTICO POR LEIBOWITZ *(1960) de Walter M. Miller Jr., publicada en* NOVA *ciencia ficción, número 47, en 1992. Es ocioso decir que es una de las mejores novelas que ha ofrecido la ciencia ficción de todos los tiempos.*

Cuando en 1991 emprendimos la publicación íntegra y ordenada de la serie de LOS SEÑORES DE LA INSTRUMENTALIDAD *de Cordwainer Smith (publicada en* NOVA *ciencia ficción, en los números 37, 38, 59 y 70), en la que incluimos textos hasta entonces inéditos en formato de libro en todo el mundo, ya no se trataba de una simple reedición de un clásico, sino de una labor editorial que me pareció necesaria para rendir justicia a una de las obras y a uno de los autores más sugerentes de la ciencia ficción de todos los tiempos.*

En 1993, el clásico de NOVA *ciencia ficción fue una novela que, sorprendentemente, seguía inédita en España:* MISIÓN DE GRAVEDAD *(1953) de Hal Clement, que se publicó en el número 55 de la colección, precisamente tras cuarenta años de cosechar éxitos en todo el mundo. Un historial que le ha merecido la consideración de novela emblemática de la ciencia ficción hard, brillantemente centrada en los aspectos científicos y tecnológicos de este género.*

En 1994, nuestro clásico fue CRONOPAISAJE *(1980) de Gregory Benford (*NOVA *ciencia ficción, número 66) que, indiscutiblemente, es la mejor novela sobre la relación existente entre ciencia y ciencia ficción. Y en 1995 se trató de la edición íntegra, en un único volumen, de todos los relatos de la emotiva saga de* EL PUEBLO *de Zenna Henderson (*NOVA *ciencia ficción, número 75).*

Como puede verse, desde 1989 hemos publicado, como mínimo, un título «clásico» cada año. Para los curiosos diré que el de 1990 fue RADIX *(1981) de A. A Attanasio, en el número 27 de la colección. Se trata de un libro sorprendente y una impresionante muestra de la desbordante imaginación que sólo la mejor ciencia ficción puede ofrecer. Tal vez un «clásico» particular de este editor que, sin ningún complejo, reivindica el derecho a sus propias filias...*

Posiblemente nuestro «clásico» de 1996 fuera otro de esos títulos que el editor considera imprescindibles, a pesar de no ser excesivamente famosos. Fue ese maravilloso RITO DE CORTEJO *(1982) de Donald Kinsbury, publicado en el número 82 de la colección. Se trata de una obra que ha sido comparada*

frecuentemente con DUNE *de Frank Herbert, aunque surca con mayor seguridad los mares de una brillante ciencia ficción centrada en la antropología, sin olvidar las raíces ecológicas, ni la interesante psicología de sus personajes.*

Estoy convencido de que la perspectiva ofrecida por estos títulos en cierta forma «clásicos» permite apreciar mejor la riqueza de la ciencia ficción moderna y entender su evolución. Una evolución que se apoya precisamente en los hitos que ciertos títulos, ya históricos, representaron en su tiempo.

Y con eso llegamos a este TAU CERO *de Poul Anderson que hoy presentamos, tras algunas que otras vicisitudes. En realidad es un proyecto en el que llevo embarcado desde hace más de siete años... Casi nada.*

En realidad, Anderson sigue siendo un autor tan sólo parcialmente conocido en España, donde los editores no parecen haberle prestado el debido interés en las últimas décadas.

Pese a ser uno de los más prolíficos autores de la ciencia ficción, varias de las más famosas novelas de Anderson siguen inéditas en castellano. Un título muy representativo era, hasta hoy, TAU CERO *(1970), la historia de una exploración interestelar a velocidades casi lumínicas, y que se detiene en el análisis de la conmoción psíquica que representa la relatividad y los problemas de convivencia que se producen en el espacio físico de la nave. La fama de esta novela de Anderson es tal que ha sido en cierta forma homenajeada en* REDSHIFT RENDEZVOUS *(1990) de John E. Stith; tal vez en la misma línea que adoptara Robert L. Forward al escribir* HUEVO DEL DRAGÓN *(1980), siguiendo la huellas de otro clásico como* MISIÓN DE GRAVEDAD *(1953) de Hal Clement.*

Para contribuir a paliar este desconocimiento, hace unos años me propuse el proyecto de traducir TAU CERO *para publicarlo en* NOVA *ciencia ficción. Llevó tiempo encontrar los derechos y un ejemplar en inglés para las labores de traducción (yo la había leído en francés), e incluso el propio Anderson colaboró enviándolo personalmente. Cuando ya estaba todo prácticamente dispuesto, se publicó en Estados Unidos* LA NAVE DE UN MILLÓN DE AÑOS *(1989), posiblemente una de las más ambiciosas novelas de Anderson hasta la fecha, en la que aborda con gran maestría el tema de la inmortalidad.*

Ante la inesperada sorpresa que supuso LA NAVE DE UN MILLÓN DE AÑOS*, decidí cambiar de planes. Me pareció más adecuado iniciar la publicación de Poul Anderson en* NOVA *ciencia ficción con la nueva e interesante novela que, tras haber sido finalista de los premios Hugo y Nebula, marcaba el triunfal retorno de uno de los grandes autores clásicos de la ciencia ficción.*

Tras LA NAVE DE UN MILLÓN DE AÑOS *(y el añadido interpuesto de* COSECHA DE ESTRELLAS*) aquí esta (¡por fin!)* TAU CERO*, un título clásico de la ciencia ficción, como reconoce, por ejemplo, David Pringle, al incluirla entre «las cien mejores novelas de ciencia ficción», en su libro del mismo título publicado en 1985. Lo es, sin ninguna duda.*

El mismo Pringle cita el comentario laudatorio de un autor tan distinto a Anderson como Barry Malzberg, quien considera TAU CERO *una novela magnífica. No me resisto a transcribirlo:*

TAU CERO me sorprendió en mi adolescencia como la única obra de ciencia ficción publicada desde 1955 que me sugirió ciertas nociones: un sentido de la inexistencia del tiempo, de la eternidad humana y del orden del cosmos reflejado en el destino de todo aquel que intente medirse frente a esos conceptos. [...] La novela crece hasta un clímax arrollador y, al mismo tiempo, pone de manifiesto una gran humildad.

Poco voy a decir aquí del argumento, me temo que demasiado conocido incluso en España, sobre todo teniendo en cuenta que los aficionados se han visto condenados a hablar durante años de una novela inédita en castellano y con una tesis de ciencia ficción hard bien conocida. Su resumen ha aparecido en el citado libro de Pringle, en mi CIENCIA FICCIÓN: GUÍA DE LECTURA *y en cualquiera de las enciclopedias del género. Ya he dicho que se trata de un clásico indiscutible: se menciona en todas partes.*

La época es el siglo XXIII. Los personajes son cincuenta especialistas, hombres y mujeres elegidos tras un largo y cuidadoso proceso de selección destinado a incorporar sólo personal particularmente entrenado en el viaje espacial y excepcionalmente apto para desarrollar con éxito una nueva colonia. La nave es la Leonora Christine*, la más reciente de su clase. Y todos los esfuerzos están puestos al servicio de una única misión: viajar a través del espacio interestelar hasta un lejano planeta donde debe establecerse una colonia terrestre.*

Sin embargo, dos años después de su partida, la Leonora Christine *colisiona con una nube de desechos del espacio, se avería y la ruta se altera. Todos se ven irremediablemente obligados a seguir un viaje presuntamente sin fin hacia lo desconocido.*

A partir de esta idea, lo interesante es la forma en que Anderson expone sus especulaciones cosmológicas. Incluso un crítico tan severo con la ciencia ficción hard como John Clute, el editor de la ENCICLOPEDIA ILUSTRADA DE LA CIENCIA FICCIÓN (Ediciones B), ha dicho de TAU CERO*:*

Sus especulaciones en cosmología son fascinantes y la hipótesis que desarrolla está sorprendentemente bien concebida.

O, como dice el mismo David Pringle en su comentario, al incluirla entre las cien mejores novelas de ciencia ficción, TAU CERO *es:*

Ciencia ficción tradicional: una aventura espacial concebida a escala galáctica, y un relato con gran «sentido de lo maravilloso», que explota las perspectivas de la cosmología moderna para mostrar una brillante secuencia de importantes descubrimientos conceptuales.

En efecto. TAU CERO *es una novela clásica, imprescindible en la historia de la ciencia ficción, que por fin aparece en España, precisamente treinta años después de la primera publicación en forma de novela corta, en el número de agosto de 1967 de la revista Galaxy Science Fiction. Allí apareció como* TO OUTLIVE ETERNITY *(Para sobrevivir a eternidad), un título que yo prefiero, pero que cedió su lugar en la historia a ese* TAU CERO *que corresponde a la publicación en 1970 de esa misma narración ampliada hasta la extensión de novela. La versión que, a partir del ejemplar que nos envió el mismo Poul Anderson, presentamos hoy.*

Después de tantos años de intentar publicar esta obra, es un orgullo y una satisfacción ofrecérsela. Que ustedes la disfruten.

MIQUEL BARCELÓ

A Fritz Leiber

1

—Mira allí, sobre la Mano de Dios. Es ella, ¿no?

—Sí, creo que sí. Nuestra nave.

Eran los últimos en irse mientras cerraban el Millesgården. Habían pasado la mayor parte de la tarde vagando por entre las esculturas, él entusiasmado y maravillado al verlas por primera vez, ella despidiéndose en silencio de algo que había sido más importante en su vida de lo que había creído nunca. Tuvieron suerte con el tiempo, ahora que el verano acababa. Ese día en la Tierra había sido soleado, con brisas que hacían que las sombras de las hojas bailasen sobre las paredes de la villa, acompañadas del sonido claro de las fuentes.

Pero cuando el sol se puso, el jardín apareció de pronto más vivo. Era como si los delfines saltasen por sus aguas, Pegaso asaltase los cielos, Folke Filbyter buscase a su nieto perdido mientras su caballo cruzaba un vado, Orfeo escuchase y las jóvenes hermanas se abrazasen en su resurrección, todo en silencio, porque aquello se percibía en un instante, pero el tiempo en que esas figuras se movían no era menos real que el tiempo que llevaba a los hombres.

—Es como si estuviesen vivos, camino de las estrellas, y nosotros tuviésemos que permanecer atrás y envejecer —murmuró Ingrid Lindgren.

Charles Reymont no la escuchaba. Se quedó quieto sobre las baldosas bajo un abedul, cuyas hojas crujían y ya habían comenzado a cambiar ligeramente de color, y miró hacia la *Leonora Christine*. Sobre su base, la Mano de Dios sosteniendo el Genio del Hombre elevaba su silueta contra el crepúsculo verde azulado. Tras ella, la pequeña estrella veloz cruzó y se hundió de nuevo.

—¿Está seguro de que no se trataba de un satélite normal? —preguntó tranquila Lindgren—. No creía que pudiésemos ver...

Reymont levantó una ceja en su dirección.

—¿Es la primer oficial y no sabe dónde está su propia nave o qué hace en este momento? —Su sueco tenía un acento entrecortado, como la mayoría de las lenguas que hablaba, un acento que destacaba el tono sardónico.

—No soy el oficial de navegación —dijo ella a la defensiva—. Además, me despreocupé todo lo que pude del tema. Debería hacer lo mismo. Ya pasaremos muchos años con esa preocupación. —Se medio acercó a él. Su tono se hizo más amable—. Por favor, no me arruine la tarde.

Reymont se encogió de hombros.

—Perdóneme. No lo pretendía.

Un empleado se acercó, se detuvo y dijo deferente:

—Lo siento, debemos cerrar.

—¡Oh! —Lindgren se sorprendió, consultó el reloj, y miró a las terrazas. Estaban completamente vacías exceptuando la vida que Carl Milles había moldeado en piedra y metal tres siglos antes—. Pero ya hace tiempo que debían haber cerrado. No me había dado cuenta.

El empleado se inclinó.

—Ya que la dama y el caballero claramente lo deseaban, les dejé solos después de que los otros visitantes se fuesen.

—Entonces sabe quienes somos —dijo Lindgren.

—¿Quién no? —El empleado la admiró con la mirada. Era alta y bien formada, de rasgos regulares, grandes ojos azules y pelo rubio cortado justo por debajo de las orejas. Sus ropas civiles tenían más estilo que lo normal en las mujeres del espacio; los ricos colores suaves y las telas fluidas de estilo neomedieval le sentaban bien.

Reymont contrastaba con ella. Era un hombre robusto, oscuro, de rasgos marcados que jamás se había tomado la molestia de eliminar la cicatriz que le marcaba la frente. Su túnica y pantalones sencillos bien podían haber sido un uniforme.

—Gracias por no molestarnos —dijo, más brusco que cordial.

—Di por supuesto que deseaban liberarse de ser celebridades —contestó el empleado—. Sin duda muchos otros les reconocieron, pero pensaron lo mismo.

—Descubrirá que los suecos son corteses. —Lindgren le sonrió a Reymont.

—No lo discutiré —dijo su acompañante—. Nadie puede evitar encontrarse con ustedes cuando andan por todo el sistema solar. —Hizo una pausa—. Aunque aquel que controla el mundo es mejor que sea amable. Los romanos lo eran en su momento. Por ejemplo, Pilato.

El empleado se echó atrás ante el rechazo implícito. Lindgren dijo algo cortante:

—Yo dije *älskvärdig*, no *artig* («cortés» no «amable»). —Ofreció su mano—. Gracias, señor.

—El placer ha sido mío, Señora Primer Oficial Lindgren —contestó el empleado—. Que tengan un viaje afortunado y que regresen a salvo.

—Si el viaje es realmente afortunado —le recordó ella—, nunca volveremos a casa. Si lo hacemos... —Se interrumpió. Él ya estaría en la tumba—. De nuevo le doy las gracias —le dijo al hombrecillo de mediana edad—. Adiós —dijo a los jardines.

Reymont también le dio la mano y murmuró algo. Él y Lindgren salieron.

Paredes altas oscurecían la calle exterior casi desierta.

Las pisadas sonaban huecas. Después de un minuto la mujer dijo:

—Me pregunto si lo que vimos era la nave. Estamos en una latitud muy alta. Y ni siquiera una nave Bussard es lo bastante grande y brillante como para destacar frente al resplandor de la puesta de sol.

—Sí lo es cuando la red de recogida está extendida —le dijo Reymont—. Y ayer la movieron a una nueva órbita como parte de las comprobaciones finales. La volverán a colocar en el plano de la eclíptica antes de partir.

—Sí, por supuesto, he visto el programa. Pero no tengo razones para recordar exactamente quién hace qué en qué momento. Especialmente cuando todavía faltan dos meses para partir. ¿Por qué lo sabe usted?

—Quiere decir cuando sólo soy un policía. —La boca de Reymont se dobló en una sonrisa—. Digamos que me preocupo porque aspiro a tener una úlcera.

Ella le echó una mirada de lado, que se volvió escrutadora. Habían salido a una explanada en el agua. Al otro lado, las luces de Estocolmo se encendían una a una a medida que la noche cubría las casas y los árboles. Pero el canal permanecía casi como un espejo, y había pocas luces en el cielo exceptuando a Júpiter. Todavía se podía ver sin ayuda.

Reymont tiró del bote alquilado. Los amarres aseguraban las cuerdas al muelle. Había conseguido una licencia especial para atracar prácticamente en

cualquier sitio; una expedición interestelar era un gran acontecimiento. Lindgren y él habían invertido la mañana en un crucero por el archipiélago —unas pocas horas en medio de vegetación, casas como partes de las islas sobre las que crecían, velas y gaviotas y el sol reflejado en las olas—. Poco de aquello existiría en Beta Virginis, y nada en la distancia intermedia.

—Empiezo a sentir lo extraño que me es usted, Carl —dijo ella lentamente—. ¿Para todos?

—¿Eh? Mi biografía está en los ficheros.

El bote chocó con la explanada. Reymont se metió en la caseta del timón. Sosteniendo una soga con la mano le ofreció la otra a ella. No tenía necesidad de apoyarse en él mientras bajaba, pero lo hizo. Sus brazos apenas se movieron bajo su peso.

Ella se sentó en un banco al lado del timón. Él giró la parte alta del amarre que había cogido. Las fuerzas de unión intermoleculares se soltaron con un ruido ligero que respondió al choque del agua en el casco. Sus movimientos no podían definirse como gráciles, como lo eran los de ella, pero eran rápidos y seguros.

—Sí, supongo que todos hemos memorizado los registros oficiales de los demás —admitió ella—. En su caso, hay lo mínimo posible.

(Charles Jan Reymont. Ciudadanía interplanetaria. Treinta y cuatro años. Nacido en la Antártida, pero no en una de sus mejores colonias; los subniveles de Polyugorsk sólo ofrecían pobreza y caos a un chico cuyo padre había muerto joven. El joven en que se convirtió fue a Marte por algún medio sin especificar y ejerció varios empleos hasta que empezaron los problemas. Luchó con los Zebras, con tal distinción que a continuación el Cuerpo de Rescate Lunar le ofreció un puesto. Allí completó su formación académica y ascendió con rapidez, hasta que como coronel fue responsable de mejorar la rama policial. Cuando se ofreció para la expedición, la Autoridad de Control lo aceptó feliz.)

—Nada en absoluto sobre usted —señaló Lindgren—. ¿Descubrieron algo en la pruebas psicológicas?

Reymont se adelantó y agarró las líneas de atraque. Recogió ambas anclas con maestría, agarró el timón y arrancó el motor.

El motor magnético era silencioso y la hélice hacía poco ruido, pero el bote se movió con rapidez hacia delante. Mantuvo la vista fija al frente.

—¿Por qué le preocupa? —preguntó.

—Vamos a estar juntos durante muchos años. Muy posiblemente durante el resto de nuestras vidas.

—Eso me hace preguntarme por qué ha pasado este día conmigo.

—Me invitó usted.

—Después de que usted me llamase al hotel. Debió consultar el registro de tripulación para descubrir donde estaba.

El Millesgården desapareció en la oscuridad creciente a popa. La iluminación del canal y de la ciudad en la distancia no permitían ver si ella se había ruborizado. Aun así, apartó el rostro.

—Lo hice —admitió—. Yo... pensé que estaría solo. No tiene a nadie, ¿verdad?

—No me quedan parientes. Recorría los lugares de diversión y lujo de la Tierra. No habrá muchos allá adonde vamos.

Ella volvió a levantar la vista, esta vez hacia Júpiter, una lámpara fija de blanco parduzco. Iban apareciendo más estrellas. Tembló y se echó la capa por encima para protegerse del viento otoñal.

—No —le dijo en voz baja—. Todo será extraño. Y cuando apenas hemos empezado a explorar, a entender ese mundo ahí fuera, nuestro vecino, nuestro hermano, debemos cruzar treinta y dos años luz...

—La gente es así.

—¿Por qué va usted, Carl?

Levantó los hombros y los dejó caer.

—El descontento, supongo. Y francamente, hice enemigos en el cuerpo. Me crucé en su camino, o los alejé de los ascensos. Me encontraba en una situación en la que no podía avanzar más sin jugar a política de despachos, algo que odio. —Su mirada encontró la de ella. Ambos la mantuvieron durante un momento—. ¿Usted?

Ella suspiró.

—Seguramente puro romanticismo. Desde que era niña pensaba en ir a las estrellas, de la misma forma que el príncipe de los cuentos de hadas debe ir a la tierra mágica. Finalmente, insistiendo mucho, conseguí que mis padres me dejasen matricularme en la Academia.

La sonrisa de él era más cálida que de costumbre.

—Y realizó una gran carrera en el servicio interplanetario. No vacilaron en nombrarla primer oficial en su primer viaje en una nave extrasolar.

Lindgren agitó las manos en el regazo.

—No. Por favor. No soy mala en mi trabajo. Pero es fácil que una mujer ascienda rápido en el espacio. Estamos muy solicitadas. Y mi trabajo en la *Leonora Christine* será sobre todo administrativo. Estará más cerca de... bien, las relaciones humanas... que de la astronáutica.

Él volvió a mirar al frente. El bote bordeaba la tierra en dirección a Saltsjön. El tráfico acuático se hizo más intenso. Los hidrofoils pasaban volando. Un submarino de carga se abría paso majestuoso hacia el Báltico.

En el aire, los taxis volaban como luciérnagas. Central Estocolmo era un fuego intranquilo de muchos colores y miles de ruidos unidos para formar un rugido en cierta forma armónico.

—Eso me lleva de vuelta a mi pregunta. —Reymont rió entre dientes—. Mi contrapregunta, mejor, ya que era usted la que me presionaba. No crea que no he disfrutado de su compañía. Lo he hecho, muchísimo, y si cena conmigo consideraré este día como uno de los mejores de mi vida. Pero la mayor parte del grupo se desperdigó como gotas de mercurio en el momento en que terminó el período de entrenamiento. Deliberadamente evitan a sus compañeros. Mejor pasar el tiempo con aquellos que no volveremos a ver. Ahora bien, usted... tiene raíces. Una vieja y distinguida familia acomodada; su padre y su madre viven, tiene hermanos, hermanas, primos, seguro que ansiosos por hacer todo lo que puedan por usted en las pocas semanas que quedan. ¿Por qué los dejó hoy?

Ella permaneció sentada sin hablar.

—La reserva sueca —dijo él tras un rato—. Apropiada para los gobernantes de la humanidad. No debí haberme inmiscuido. Sólo concédame el mismo derecho a la vida privada, ¿eh?

Y a continuación:

—¿Le gustaría cenar conmigo? He descubierto un pequeño restaurante bastante decente.

—Sí —dijo ella—. Gracias. Lo haré.

Se levantó para ponerse tras él, reposando una mano sobre su brazo. Los gruesos músculos se agitaron bajo sus dedos.

—No nos llame gobernantes —le pidió—. No lo somos. Ésa era la idea tras la Alianza. Después de la guerra nuclear... tan cerca de la destrucción mundial... debía hacerse algo.

—Uh, uh —gruñó él—. De vez en cuando leo libros de historia. Desarme general; una fuerza de policía mundial para mantenerlo; *¿sed quis custodiet ipsos Custodes?* ¿A quién podemos confiar el monopolio de las armas capaces de asesinar el planeta y el poder ilimitado de inspección y arresto? Un país lo suficientemente grande y moderno como para convertir en una gran industria el mantenimiento de la paz; pero no tan grande como para conquistar a otros o imponer su voluntad sin el apoyo de la mayoría de los países; y razonablemente bien considerado por todos. Vamos, Suecia.

—Lo entiende entonces —dijo ella con alegría.

—Sí. Incluyendo las consecuencias. El poder se alimenta a sí mismo, no por conspiración, sino por necesidad lógica. El dinero que el mundo paga para cubrir los costes de la Autoridad de Control pasa por aquí; por lo que se convierten en el país más rico de la Tierra, con todo lo que eso conlleva. Y ni hablar del centro diplomático. Y cuando todo reactor, nave espacial, laboratorio es potencialmente peligroso y debe estar sometido a la Autoridad, eso significa que algún sueco tiene voz en todo lo que importa. Y ello lleva a que sean imitados, incluso por aquellos que ya no les quieren. Ingrid, amiga, su gente no puede evitar convertirse en los nuevos romanos.

La alegría de Lindgren desapareció.

—¿No le gustamos, Carl?

—Supongo que tanto como cualquiera. Hasta ahora han sido amos humanos. Demasiado humanos, diría yo. En mi caso, debería estar agradecido, ya que me permiten ser básicamente una persona sin estado, situación que, creo, prefiero. No, no lo han hecho mal. —Señaló hacia las torres que extendían su brillo a derecha e izquierda—. Sin embargo, no durará.

—¿Qué quiere decir?

—No sé. Sólo estoy seguro de que nada es para siempre. No importa con qué cuidado diseñes él sistema, acabará mal y morirá.

Reymont se detuvo para elegir las palabras.

—En su caso —dijo—, creo que el final podría venir de la misma estabilidad de que están tan orgullosos. ¿Ha cambiado algo importante, en la Tierra, desde finales del siglo XX? ¿Es ésta una situación deseable? Supongo —añadió— que ésa es una de las razones para fundar colonias en la galaxia. Contra el Ragnarok.

Lindgren cerró los puños. Volvió el rostro hacia él. Ya había anochecido por completo, pero pocas estrellas podían verse a través del velo de luz que cubría la ciudad. En otro lugar —en Laponia, por ejemplo, donde sus padres tenían una casa de campo— brillarían inmisericordes en gran cantidad.

—Estoy portándome como un mal acompañante —se disculpó Reymont—. Dejemos esas profundidades de colegial y discutamos temas más interesantes. Como el aperitivo.

Ella sonrió insegura.

Él se las arregló para mantener una charla insustancial mientras se dirigían a Strömmen, atracaba el barco y la llevaba a pie por el puente a la ciudad vieja. Más allá del palacio real se encontraron bajo una iluminación más suave, mientras atravesaban calles estrechas entre altos edificios de tonos dorados que habían tenido el mismo aspecto durante los últimos cientos de años. La temporada turística ya había terminado; de los incontables extranjeros en la ciudad, pocos tenían razones para visitar ese enclave; exceptuando algún peatón ocasional o un electrociclista, Reymont y Lindgren estaban prácticamente solos.

—Echaré de menos todo esto —dijo ella.

—Es pintoresco —admitió él.

—Más que eso, Carl. No es sólo un museo al aire libre. Aquí viven seres humanos de verdad. Y los que estaban aquí antes que ellos, no son menos reales. En las Torres de Birger Jarl, la Iglesia Riddarholm, los escudos de la Casa de los Nobles, el Golden Peace donde Bellman bebía y cantaba... Estaremos solos en el espacio, Carl, muy lejos de nuestros muertos.

—Aun así te vas.

—Sí. No es fácil. Mi madre que me tuvo, mi padre que me cogió de la mano y me llevó fuera para enseñarme las constelaciones. ¿Sabía aquella noche lo que me hacía? —Respiró profundamente—. En parte ésa es la razón por la que contacté con usted. Tenía que huir de lo que les estaba haciendo. Aunque sólo fuese por un día.

—Necesita una copa —dijo él—, y ya hemos llegado.

El restaurante quedaba frente al Gran Mercado. Entre las fachadas alguien podría imaginarse cómo los caballeros recorrían felices las piedras del pavimento. No recordaría cómo las alcantarillas se llenaron de sangre y las cabezas formaron montones altísimos durante cierta semana de invierno, porque eso pasó hace tiempo y los hombres rara vez recuerdan las heridas que afligieron a otros hombres. Reymont llevó a Lindgren a una mesa en una habitación, iluminada con velas, dispuesta para ellos solos, y a continuación pidieron akvavit con cerveza.

Ella lo igualó bebiendo, aunque tenía menos masa y menos práctica. La comida, a continuación, fue larga incluso para los escandinavos, con mucho vino durante y mucho brandy después. Él dejó que ella llevase la conversación.

...sobre una casa en Drottningholm, cuyos parques y jardines casi eran suyos; la luz del sol por las ventanas, reflejándose en los suelos de madera pulida y en la plata que había permanecido en la familia durante diez generaciones; un balandro en el lago, inclinado por el viento, su pelo volando suelto, su padre al timón con un silbato entre los dientes; noches monstruosas en invierno, y en medio la caverna cálida llamada Navidad; las cortas noches ligeras de verano, las luces de guía encendidas en la víspera de San Juan que una vez se habían encendido para dar la bienvenida a casa a Baldr en su regreso del otro mundo; un paseo bajo la lluvia con un primer amor, el aire frío, empapado de agua y el olor de las lilas; viajes alrededor del mundo, las pirámides, el Partenón, París al atardecer desde lo alto de Montparnasse, el Taj Majal, Angkor Wat, el Kremlin, el puente Golden Gate, sí, y el Fujiyama, el Gran Cañón, las cataratas Victoria, la gran barrera de coral...

...sobre el amor y la alegría en casa, pero también disciplina, orden, seriedad en presencia de los extraños; música, Mozart el más apreciado; un buen colegio, donde profesores y compañeros trajeron a su conciencia un nuevo universo en explosión; la Academia, trabajo aún más duro de lo que creía que podía hacer, y cuán encantada estaba de descubrir que podía hacerlo; cruceros por el espacio, a los planetas, oh, había pisado las nieves de Titán con Saturno sobre su cabeza, anonadada por la belleza; siempre, siempre su deseo de regresar a...

...sobre un buen mundo, sus gentes, sus ocupaciones, sus placeres todos buenos; sí, seguía habiendo problemas, crueldades evidentes, pero podían ser resueltos con tiempo por medio de la razón y la buena voluntad; sería una alegría creer en algún tipo de religión, ya que ello mejoraría el mundo dándole un propósito, pero en ausencia de pruebas convincentes podía poner su mejor empeño en dar ese sentido, ayudar a la humanidad a ir hacia algo mejor...

...pero no, no era una mojigata, no debía pensar eso; de hecho, a veces se preguntaba si no sería demasiado hedonista, un poco más liberada de lo deseable; aun así, disfrutaba de la vida sin herir, por lo que sabía, a nadie más; vivía llena de esperanzas.

Reymont le sirvió la última taza de café. El camarero ya había traído la cuenta, aunque parecía que no tenía tanta prisa en cobrar como el resto de sus colegas en Estocolmo.

—Espero que a pesar de los inconvenientes —le dijo Reymont—, disfrutes de nuestro viaje.

A ella le costaba un poco hablar. Sus ojos, que lo miraban fijamente, eran brillantes y firmes.

—Ése es mi plan —declaró—. Ésa es la razón principal por la que te llamé. Recuerda, durante el entrenamiento te exhorté a venir aquí durante parte de tu permiso. —A esas alturas ya usaban el pronombre íntimo.

Reymont sacó un cigarrillo. Fumar estaría prohibido en el espacio, para evitar sobrecargar el sistema de soporte vital, pero esa noche todavía podía poner una nube azul frente a él.

Ella se echó hacia delante, poniendo una mano sobre la de él.

—Pensaba por adelantado —le dijo—. Veinticinco hombres y veinticinco mujeres. Cinco años en un cascarón de metal. Otros cinco años si nos volvemos inmediatamente. Incluso con tratamientos antisenectud, una década es un buen trozo de una vida.

Él asintió.

—Y por supuesto nos quedaremos a explorar —siguió ella—. Si ese tercer planeta es habitable nos quedaremos para colonizarlo, para siempre, y empezaremos a tener niños. Hagamos lo que hagamos, habrá relaciones. Nos emparejaremos.

Él habló en voz baja por miedo a sonar brusco:

—¿Crees que tú y yo formaremos una pareja?

—Sí. —Su tono se hizo más firme—. Puede que parezca inmodesta, sea o no una mujer del espacio. Pero estaré más ocupada que la mayoría, especialmente durante las primeras semanas de viaje. No tendré tiempo para rituales y matices. Podría acabar en una situación que no me gustase. A menos que piense por adelantado y haga algunos preparativos. Y eso es lo que hago.

Él se llevó su mano a los labios.

—Es un honor para mí, Ingrid. Aunque puede que seamos muy distintos.

—No, sospecho que eso es lo que me atrae de ti. —Su palma se dobló sobre la boca y rozó las mejillas—. Quiero conocerte. Eres más hombre que nadie que haya conocido antes.

Él contó el dinero de la cuenta. Era la primera vez que ella lo veía moverse sin control. Apagó el cigarrillo, mirándolo mientras lo hacía.

—Me hospedo en un hotel de Tyska Brinken —dijo—. Bastante andrajoso.

—No me importa —contestó ella—. Dudo que me dé cuenta.

2

Vista desde el transbordador que llevaba a la tripulación, la *Leonora Christine* parecía una daga dirigida hacia las estrellas.

Su casco era un cono que se estrechaba hacia proa. Su bruñida superficie parecía ornamentada, más que rota, por el equipamiento exterior. Eran escotillas y esclusas; sensores para los instrumentos; almacenamiento para los dos yates que servirían para aterrizar en el planeta, algo para lo que la *Leonora Christine* no estaba diseñada; la red del motor Bussard, ahora completamente plegada. La base del cono era muy ancha, ya que entre otras cosas contenía la masa de reacción; pero la longitud era demasiado grande para que se notase mucho.

En la punta de la daga, se abría una estructura que podría suponerse era la protección de la empuñadura de una espada. Su borde servía de base a ocho cilindros esqueléticos que apuntaban hacia fuera. Ésos eran los tubos de impulso, que aceleraban la masa de reacción cuando la nave se movía a simples velocidades interplanetarias. La empuñadura contenía sus controles y planta de energía.

Más allá, algo más oscuro, se extendía el mango de la daga, que acababa finalmente en un pomo intrincado. Eso último era el motor Bussard; el resto, cuando se activase, sería un escudo contra la radiación.

Así era la *Leonora Christine*, la séptima y más joven de su clase. Su simplicidad exterior era una exigencia de la naturaleza de su misión y era tan engañosa como la piel humana; en su interior era casi tan complicada y sutil. El tiempo desde que se concibió la idea básica, a mitad del siglo XX, incluía quizás un millón de años-hombre de pensamiento y trabajo dirigidos a convertirla en realidad; y algunos de aquellos hombres habían poseído intelectos iguales a cualquiera que jamás hubiese existido. Aunque la experiencia práctica y las herramientas esenciales ya se habían obtenido cuando comenzó la construcción, y aunque la civilización tecnológica había conseguido su fantástico florecimiento (y finalmente, por un tiempo, no había sufrido el castigo o la amenaza de la guerra), su coste no era en ningún sentido despreciable y había provocado amplias protestas. ¿Todo eso para enviar cincuenta personas a una estrella cercana?

Exacto. Ése es el tamaño del universo.

Surgía a sus espaldas, a su alrededor, donde giraba alrededor de la Tierra. Mirando en sentido opuesto al Sol y los planetas, veías una oscuridad cristalina mucho mayor que lo que te atrevías a comprender. No parecía totalmente negra; hay reflexiones de luz en tus ojos, si no en otro sitio; pero era la noche definitiva, esa que nuestro amable cielo reserva para nosotros. Las estrellas la atestaban, sin parpadear, con un brillo de una frialdad invernal. Aquellas suficientemente luminosas para verse desde el suelo mostraban sus colores con claridad en el espacio: Vega de un azul metálico, Capella dorada, Betelgeuse ámbar. Y si no estabas acostumbrado, los miembros menores de la galaxia que se habían hecho visibles eran tantos que amenazaban con ahogar las constelaciones familiares. La noche era un desorden de estrellas.

Y la Vía Láctea cruzaba el cielo con hielo y plata; y las Nubes de Magallanes no eran destellos vagos sino agitados y brillantes; y la galaxia de Andrómeda resplandecía nítida por más de un millón de años; y sentías que tu alma se ahogaba en aquellas profundidades y presuroso retirabas la vista a la cómoda cabina que te contenía.

Ingrid Lindgren entró en el puente, cogió un agarre y se puso firme en el aire.

—Presentándose, capitán —anunció formalmente.

Lars Telander se volvió para saludarla. En caída libre, su figura demacrada y torpe se hacía agradable de ver, como un pez en el agua o un halcón en vuelo. De otra forma podría haber sido cualquier otro cincuentón de pelo gris. Ninguno de ellos se había molestado en ponerse las insignias de mando en los monos que eran el atuendo de trabajo estándar a bordo.

—Buenos días —dijo—. Espero que haya tenido un agradable permiso.

—Sí, muy bien. —El color le subió a las mejillas—. ¿Y usted?

—Oh... estuvo bien. Me dediqué principalmente a hacer turismo de un extremo al otro de la Tierra. Me sorprendió lo mucho que no había visto antes.

Lindgren lo miró con algo de compasión. Flotaba solo al lado del sillón de mando, uno de los tres que estaban alrededor de las consolas de comunicación y control en medio de la habitación circular.

Los medidores, pantallas de datos, indicadores, y otros dispositivos que ocupaban los mamparos, ya parpadeaban, se estremecían y dibujaban líneas, destacando su aislamiento. Hasta la llegada de ella, él no había escuchado nada sino el murmullo de los ventiladores y los infrecuentes chasquidos de un repetidor.

—¿No tiene a nadie? —preguntó.

—Nadie cercano. —Los grandes rasgos de Telander se arrugaron en una sonrisa—. No olvide que, en lo que se refiere al Sistema Solar, casi tengo ya un siglo. Cuando visité por última vez mi villa natal en Dalarna, el nieto de mi hermano era el orgulloso padre de dos adolescentes. No podía esperar que me consideraran un pariente cercano.

(Había nacido tres años antes de que la primera expedición tripulada partiese para Alfa Centauri. Entró en el jardín de infancia dos años antes de que el primer mensaje máser de la expedición llegase a la Estación Farside en la Luna. Ese acontecimiento fijó la trayectoria vital de un niño introvertido e idealista. A los veinticinco años, recién graduado de la Academia con una actuación notable en las naves interplanetarias, se le permitió formar parte de la primera tripulación a Épsilon Eridani. Volvieron veintinueve años más tarde; pero debido a la dilatación temporal, para ellos sólo habían transcurrido once, incluyendo los seis que habían pasado en el planeta de destino. Los descubrimientos que realizaron les dieron la gloria. La nave a Tau Ceti estaba siendo aprovisionada cuando regresaron. Telander podía ser el primer oficial si estaba dispuesto a partir en menos de un año. Lo estaba. Pasaron trece años de los suyos antes de volver, mandando una nave cuyo capitán había muerto en un mundo extrañamente salvaje. En la Tierra, el intervalo había sido de treinta y dos años. La *Leonora Christine* estaba siendo construida en órbita. ¿Quién mejor que él para tomar el mando? Dudó. Iba a ser lanzada en apenas tres años. Si aceptaba, la mayor parte de esos mil días los pasaría planeando y preparando... Pero no aceptar era probablemente impensable; y además, caminaba como un extraño por una Tierra que también se le había hecho extraña a él.)

—Vamos al trabajo —dijo—. ¿Doy por supuesto que Boris Fedoroff y sus ingenieros vinieron con usted?

Ella asintió.

—Me dijo que le llamaría por el intercomunicador después de que se organizase.

—Mmmm. Podría haber tenido la cortesía de notificarme su llegada.

—No está de buen humor. Estuvo malhumorado durante todo el camino. No sé por qué. ¿Importa?

—Vamos a permanecer juntos en esta nave durante un tiempo, Ingrid —señaló Telander—. Nuestro comportamiento importará mucho.

—Oh, a Boris se le pasará. Supongo que tenía resaca, o una chica lo rechazó anoche, o algo así. Durante el entrenamiento me pareció un hombre de corazón blando.

—El perfil psicológico lo indica. Aun así, hay cosas, potencialidades, en cada uno de nosotros que no se ven en las pruebas. Hay que estar allá lejos... —Telander señaló el periscopio óptico como si fuese el lugar más remoto— antes de que se manifiesten, para bien o para mal. Y lo hacen. Siempre lo hacen. —Se aclaró la garganta—. Bien. ¿El personal científico también cumple el horario?

—Sí. Llegarán en dos grupos, el primero a las 13.40 y el segundo a las 15.00. —Telander notó el acuerdo con el programa sujeto a la consola. Lindgren añadió—: No creo que necesitemos un intervalo tan amplio entre ellos.

—Margen de seguridad —le respondió Telander ausente—. Además, con entrenamiento o no, necesitaremos tiempo para llevar a tantos terrícolas a sus camarotes, ya que no pueden comportarse adecuadamente en ingravidez.

—Carl puede ocuparse de ellos —dijo Lindgren—. Si es necesario, los puede llevar individualmente más rápido de lo que parece creíble.

—¿Reymont? ¿El de seguridad? —Telander estudió las pestañas que se agitaban—. Sé que es bueno en caída libre, y que llegará en el primer grupo, ¿pero es tan bueno?

—Estuvimos en *L'Etoile de Plaisir*.

—¿Dónde?

—Un satélite de descanso.

—Mmmm, sí, ése. ¿Y jugaron a juegos de ingravidez? —Lindgren asintió, sin mirar al capitán. Él sonrió de nuevo—. Entre otras cosas, sin duda.

—Va a quedarse conmigo.

—Mmmm... —Telander se tocó la barbilla—. Para ser honesto, me gustaría más que se quedase en el camarote asignado, en caso de que haya problemas con, hmmm, los pasajeros. Ése será su trabajo en ruta.

—Podría unirme a él —ofreció Lindgren.

Telander agitó la cabeza.

—No. Los oficiales deben vivir en la zona de oficiales. La razón teórica, que estén cerca del puente, no es la verdadera. En los próximos cinco años descubrirá, Ingrid, que los símbolos son muy importantes. —Se encogió de hombros—. Bien, los otros camarotes sólo están a un nivel por debajo. Me atrevo a suponer que sería capaz de llegar allí con rapidez si fuese necesario. Suponiendo que a su compañero asignado no le importe el cambio, que sea como usted quiere.

—Gracias —dijo ella en voz baja.

—No puedo evitar estar un poco sorprendido —confesó Telander—. No me parece el tipo que usted elegiría. ¿Cree que su relación durará?

—Espero que sí. Él dice que está dispuesto. —Se salió de su confusión con un ligero ataque—. ¿Qué hay de usted? ¿Ha establecido ya alguna relación?

—No. En su momento, sin duda, en su momento. Al principio estaré muy ocupado. A mi edad esas cuestiones no son tan urgentes. —Telander se rió y luego

se puso serio—. No estamos sobrados de tiempo, y no podemos malgastarlo. Por favor, realicé las inspecciones y...

El transbordador se encontró con la nave y se acopló. Anclajes de enlace se extendieron para mantener su casco rechoncho contra la amplia curva de la *Leonora Christine*. Los robots —unidades actuadoras-sensoras-computadoras— que dirigían las maniobras de la terminal hicieron que las esclusas se uniesen en un beso exacto. Algo más que eso se les exigiría más tarde. Ambas cámaras fueron vaciadas, las válvulas exteriores hacia dentro, permitiendo que el tubo de plástico se convirtiese en un sello hermético. Los cierres fueron represurizados y comprobados en busca de una posible fuga. Cuando no se encontró ninguna se abrieron las válvulas interiores.

Reymont se desató. Flotando en caída libre en el asiento dio un vistazo a toda la sección de pasajeros. El químico americano Norbert Williams también se estaba soltando.

—Pare —le ordenó Reymont. Aunque todos hablaban sueco no todos lo entendían bien. Para los científicos, el inglés y el ruso seguían siendo las verdaderas lenguas internacionales—. Quédese en su sito. Les dije en el embarcadero que los escoltaría individualmente a sus camarotes.

—No tiene que preocuparse por mí —le contestó Williams—. Puedo manejarme bien en ingravidez. —Era bajo, de cara redonda, pelo rubio rojizo, aficionado a las ropas chillonas y hablaba en voz alta.

—Todos tienen algo de experiencia —dijo Reymont—. Pero eso no es lo mismo que conseguir los reflejos adecuados por la práctica.

—Nos equivocaremos un poco, ¿y qué?

—Que puede producirse un accidente. No es probable, lo admito, pero posible, y mi tarea es ayudar a evitar tales posibilidades. Mi conclusión es que debo ayudarles a llegar a sus camarotes, donde permanecerán hasta nueva orden.

Williams se puso rojo.

—Mire, Reymont...

Los ojos del condestable, que eran grises, lo recorrieron por completo.

—Es una orden directa —dijo Reymont, con lentitud—. Tengo la autoridad suficiente. No comencemos el viaje con una infracción.

Williams se ató de nuevo. Sus movimientos eran innecesariamente enérgicos, y tenía los labios apretados uno contra el otro. Unas gotitas de sudor salieron de su frente y flotaron por el pasillo; el fluorescente del techo hizo que brillasen.

Charles Reymont habló al piloto por el intercomunicador. Aquel hombre no subiría a bordo de la nave, pero se iría en cuanto descendiese la carga humana.

—¿Le importa si abrimos las contraventanas? Para que los amigos puedan ver algo mientras esperan.

—Adelante —dijo la voz—. No hay peligro. Y... no volverán a ver la Tierra durante una temporada, ¿no?

Reymont anunció el permiso. Manos ansiosas se volvieron locas en la parte de la nave orientada al espacio, corriendo los paneles que cubrían las ventanas. Reymont se concentró en hacer de guía.

La cuarta era Chi-Yuen Ai-Ling. Se había girado por completo en su red de seguridad para orientarse hacia la portilla. Tenía los dedos apretados contra la superficie.

—Ahora usted, por favor —dijo Reymont. Ella no respondió—. Señorita Chi-Yuen. —Le tocó el hombro—. Usted es la siguiente.

—¡Oh! —Parecía como si la hubiesen sacado de un sueño. Tenía lágrimas en los ojos—. Yo, disculpe. Estaba perdida...

Las naves unidas se acercaban a otro amanecer. La luz se extendía sobre el inmenso horizonte de la Tierra, rompiéndose en miles de colores desde el escarlata de hojas de arce hasta el azul del pavo real. Momentáneamente pudo verse un ala de luz zodiacal, como un halo sobre el disco de fuego que se elevaba. Más allá estaban las estrellas y la luna creciente. Debajo estaba el planeta, brillando con sus océanos, sus nubes donde caminaban la lluvia y el trueno, sus continentes verdes-marrones-nevados y ciudades como joyas. Se veía, se sentía que aquel mundo vivía.

Chi-Yuen abrió torpemente las hebillas. Sus manos parecían demasiado finas para el trabajo.

—Odio tener que dejar de mirar —susurró en francés—. Descansa bien, Jacques.

—Podrá mirar por las pantallas de la nave, una vez que comencemos a acelerar —le dijo Reymont en la misma lengua.

La sorpresa de oírle hablar la devolvió a la vida ordinaria.

—Entonces nos estaremos yendo —dijo, pero con una sonrisa. Su estado de ánimo era, evidentemente, más de éxtasis que de tristeza.

Era pequeña, de huesos delicados. Su figura parecía la de un chico con la túnica de cuello alto y los pantalones de corte ancho de las nuevas modas orientales. Sin embargo, los hombres solían estar de acuerdo en que tenía el rostro más encantador de la nave, rodeado de pelo negro azulado que le llegaba hasta el hombro. Cuando hablaba en sueco, el rastro de entonación china que le daba lo convertía en una canción.

Reymont la ayudó a soltarse y pasó el brazo por su cintura. No se molestó en arrastrarse con los zapatos de enlace. En su lugar, puso un pie contra el asiento y voló por el pasillo. En la escotilla cogió una agarradera, hizo un arco, se dio otro empujón y quedó dentro de la nave espacial. En general, aquellos a los que escoltaba se relajaban; le era más fácil llevarlos pasivamente que luchar contra sus torpes esfuerzos por ayudar. Pero Chi-Yuen era diferente. Ella sabía cómo hacerlo. Sus movimientos conjuntos se convirtieron en una danza suave y grácil. Después de todo, como planetóloga tenía mucha experiencia en caída libre.

Su vuelo no fue menos estimulante por ser explicable.

La escalera que venía de la escotilla atravesaba varias capas concéntricas de cubiertas de almacenamiento: escudo extra y protección para el cilindro del eje de la nave en el que se alojaba el personal. Los ascensores podrían funcionar allí, para elevar cargas pesadas adelante o atrás contra la aceleración. Pero probablemente las escaleras que serpenteaban en el interior de pozos paralelos a los huecos de los ascensores serían más utilizadas. Reymont y Chi-Yuen usaron una de ellas para ir de la cubierta de centro de masa, dedicada a la maquinaria eléctrica y giroscópica, en dirección a la proa hasta la zona de personal. Ingrávidos, se empujaron por la escalera sin tocar un travesaño. A la velocidad que adquirieron, la fuerza centrífuga y de Coriolis les provocó un ligero mareo, como una borrachera ligera que les hiciese reír.

—Y ahí vamos otra vez... ¡uuuh!

Los camarotes de aquellos que no eran oficiales se dividían en dos corredores que bordeaban una fila de baños. Cada compartimento tenía dos metros de alto y cuatro metros cuadrados; había dos puertas, dos armarios, dos vestidores con estantes y dos camas plegables. Esas dos se podían unir para formar una cama mayor, o separarse. En el segundo caso, era posible bajar una pantalla del techo y así convertir la habitación doble en dos individuales.

—Éste fue un viaje para recordar en mi diario, condestable. —Chi-Yuen cogió una agarradera y pegó la frente al metal frío. La alegría todavía le temblaba en la boca.

—¿Con quién la comparte? —preguntó Reymont.

—Por el momento, con Jane Sadler. —Chi-Yuen abrió los ojos y los fijó en él—. A menos que tenga una idea diferente.

—¿Eh? Uh... Estoy con Ingrid Lindgren.

—¿Ya? —La alegría desapareció—. Perdóneme. No debería cotillear.

—No, yo soy el que le debe una disculpa —le dijo—. Por hacerla esperar sin nada que hacer, como si no pudiese manejarse en ingravidez.

—No puede haber excepciones. —Chi-Yuen volvía a estar seria. Extendió su cama, flotó sobre ella, y comenzó a atarse—. Quiero tenderme un rato a solas y pensar.

—¿En la Tierra?

—En muchas cosas. Estamos dejando más de lo que muchos todavía no han comprendido, Charles Reymont. Es una especie de muerte; quizá seguida por la resurrección, pero aun así muerte.

3

—...cero.

El motor iónico se encendió. Ningún hombre podría haber atravesado el grueso escudo para verlo y sobrevivir. Tampoco podría oírlo, o sentir la más mínima vibración de su poder. Era demasiado eficiente. En la llamada sala de motores, que era en realidad un centro nervioso electrónico, los hombres oían el pulso suave de las bombas que alimentaban la masa de reacción de los tanques. Pero apenas lo notaban, concentrados en los indicadores, pantallas y señales en código que controlaban el sistema. La mano de Boris Fedoroff nunca estaba muy lejos del interruptor principal. Entre él y el capitán Telander en el puente de mando fluía un murmullo de comentarios. No era necesario en el caso de la *Leonora Christine*. Naves mucho menos avanzadas podían operarse a sí mismas. Y eso exactamente era lo que hacía. Sus robots internos interconectados trabajaban con mayor velocidad y precisión —incluso con más flexibilidad, dentro de los límites de su programación— que cualquier esperanza de la carne mortal. Pero vigilar era una necesidad humana.

En el resto de la nave, la única prueba directa de movimiento que tuvieron aquellos que yacían en los camarotes fue el regreso a la gravedad. No era mucho, menos de un décimo de g, pero les daba un «arriba» y «abajo», cosa que agradecían sus cuerpos. Se soltaron de las camas. Reymont hizo un anuncio por el intercomunicador del salón:

—Condestable al personal libre. Pueden moverse *ad libitum*, es decir, hacia delante. —Su tono cambió a sarcástico—: Puede que recuerden que al mediodía de Greenwich se emitirá una ceremonia de adiós, con bendición y todo. La pondremos en la pantalla del gimnasio para aquellos que quieran verla.

La masa de reacción entró en la cámara de ignición. Los generadores termonucleares encendieron los furibundos arcos electrónicos que convertían esos átomos en iones; los campos magnéticos que separaban las partículas positivas y negativas; las fuerzas que los enfocaban en rayos; los pulsos que los impulsaban cada vez a mayor velocidad a medida que corrían por los anillos de los tubos de empuje, hasta que surgían apenas a menos velocidad que la misma luz. Su impulso era invisible. No había energía para malgastar en llamas. En su lugar, todo lo que las leyes de la física permitían se empleaba en empujar a la *Leonora Christine* hacia delante.

Una nave de su tamaño no podía acelerar por ese método como si fuese un crucero de vigilancia. Eso hubiese exigido más combustible del que podía llevar, cuando ya debía transportar medio centenar de personas, y atender sus necesidades durante diez o quince años y herramientas para satisfacer su curiosidad científica después de la llegada, y (si los datos enviados por los instrumentos de la sonda que la había precedido indicaban realmente que el tercer planeta de Beta Virginis era habitable) los suministros y máquinas con los que el hombre podría comenzar en un nuevo mundo. Realizó una espiral lenta fuera de la órbita terrestre. Los que la habitaban tuvieron amplias oportunidades para ir a las pantallas y observar cómo el hogar se perdía entre las estrellas.

No hay espacio para malgastar en el espacio. Cada centímetro cúbico en el interior del casco debía ser útil. Pero personas lo suficientemente inteligentes y sensibles como para aventurarse allá fuera se hubiesen vuelto locas en un ambiente «funcional». Por el momento los mamparos eran metal y plástico desnudo. Pero los que tenían talento artístico hacían planes. Reymont vio a Emma

Glassgold, bióloga molecular, en un comedor, dibujando un mural que representaría un bosque alrededor de un lago iluminado por el sol. Desde el comienzo, las secciones residenciales y de recreo estaban cubiertas por un material verde y elástico como la hierba. El aire que salía de los ventiladores estaba más que purificado por las plantas de la sección hidropónica y los coloides del equilibrador Darrell. El aire pasaba por cambios de temperatura, ionización, olor. En ese momento olía a tréboles frescos, con un rastro apetitoso añadido si pasabas por la cocina, ya que la comida de gourmet compensa muchas carencias.

Igualmente, las zonas comunes formaban un laberinto que ocupaba toda una cubierta. El gimnasio, que servía también de teatro y sala de reuniones, era la unidad mayor. Pero incluso el comedor era lo bastante grande para permitir que los comensales estirasen las piernas y se relajasen. Cerca había talleres para hobbies, cuartos para juegos sedentarios, una piscina, pequeños jardines y emparrados. Algunos de los diseñadores de la nave habían propuesto poner las cajas de sueño en ese nivel. ¿Debía recordarse a la gente que fuese allí que debían conformarse con fantasmagóricos sustitutos de la realidad que habían dejado atrás? Pero el proceso era en cierta forma un entretenimiento; ponerlas en la enfermería podía ser desagradable, y ésa era la única alternativa.

No había necesidad inmediata para esos aparatos. El viaje apenas había comenzado. Una alegría ligeramente histérica llenaba la atmósfera. Los hombres armaban escándalo, las mujeres hablaban, las risas eran desmesuradas a la hora de la comida y los frecuentes bailes eran ocasiones para flirtear. Reymont contempló un partido de balonmano. A baja gravedad, cuando de hecho se puede caminar por una pared, la acción se hacía espectacular.

Siguió hasta la piscina. Estaba situada en un hueco fuera del corredor principal y podía contener a varias personas sin apretujones; pero a aquella hora, 21.00, nadie la usaba.

Jane Sadler estaba en el borde, con el ceño fruncido. Era canadiense, una biotécnica del departamento de ciclos orgánicos. Físicamente era una rubia alta, con rasgos ordinarios pero el resto se apreciaba con gran facilidad en pantalones cortos y camiseta.

—¿Problemas? —preguntó Reymont.

—Oh, hola, condestable —respondió en inglés—. Nada malo, excepto que no puedo imaginar la mejor forma de decorar esto. Se supone que debo presentar algunas recomendaciones al comité.

—¿No tenían planeado un efecto de baño romano?

—¡Uh-uh! Sin embargo, eso es muy amplio. ¿Ninfas y sátiros, o álamos, o templos, o qué? —rió—. A la mierda. Propondré N y S. Si no queda bien, siempre podremos hacer algo encima, hasta que se nos acabe la pintura. Nos dará algo más en que entretenernos.

—¿Quién puede aguantar cinco años, y cinco más si tenemos que regresar, sólo en hobbies? —dijo Reymont lentamente.

Sadler rió de nuevo.

—Nadie. No se preocupe. Todos los de a bordo tienen un programa completo de trabajo ya preparado, ya sea la investigación teórica, escribir la gran novela de la era espacial o enseñar griego a cambio de cálculo tensorial.

—Por supuesto. He visto las propuestas. ¿Son adecuadas?

—Condestable, ¡relájese! Las otras expediciones lo consiguieron, más o menos cuerdas. ¿Por qué no nosotros? Dése un baño. —Su sonrisa se hizo más amplia—. Y ya que está, mójese la cabeza.

Reymont imitó una sonrisa, se quitó la ropa y la colgó de una percha. Ella silbó.

—¡Hey! —dijo—. No le había visto antes en nada más pequeño que un mono. Ésa es una buena colección de tríceps, bíceps y demás. ¿Calistenia?

—En mi trabajo, mejor me mantengo en forma —respondió incómodo.

—En algún turno libre que no tenga nada que hacer —propuso ella—, venga por mi camarote y ejercíteme a mí.

—Me gustaría —dijo él mirándola de arriba abajo—, pero por el momento Ingrid y yo...

—Sí, por supuesto. Bromeaba, más o menos. Parece que pronto yo también tendré una relación estable.

—¿Sí? ¿Quién?, si puede saberse.

—Elof Nilsson. —Levantó una mano—. No, no lo diga. No es exactamente Adonis. Sus modales no siempre son los más delicados. Pero tiene un cerebro maravilloso, creo que el mejor de la nave. No te cansas de escucharle. —Apartó la vista—. También se siente muy solo.

Reymont se quedó quieto durante un momento.

—Y usted es una buena persona, Jane —dijo—. Ingrid va a encontrarse conmigo aquí. ¿Por qué no se une a nosotros?

Ella inclinó la cabeza.

—Cáspita, tiene un ser humano escondido bajo ese policía. No se preocupe, no divulgaré su secreto. Y tampoco me quedaré. La intimidad es difícil de conseguir. Úsenla mientras la tengan.

Se despidió con la mano y se fue. Reymont desvió la mirada de ella al agua.

Así estaba cuando llegó Lindgren.

—Lo siento, llego tarde —dijo—. Una transmisión de Luna. Otra pregunta idiota sobre si todo iba bien. Vaya si me alegraré cuando estemos en el espacio profundo. —Lo besó. Él apenas respondió. Ella se echó atrás, con la cara preocupada—. ¿Qué pasa, cariño?

—¿Crees que soy demasiado serio? —dijo bruscamente.

Ella no respondió al instante. El fluorescente se reflejaba en su pelo rojizo, el aire del ventilador lo enredó un poco; el ruido del juego de pelota llegaba desde la entrada. Finalmente:

—¿Por qué lo preguntas?

—Un comentario. Bien intencionado, pero un ligero golpe de todas formas.

Lindgren frunció el ceño.

—Ya te lo he dicho antes, has sido más duro de lo que a mí me gustaría las pocas veces que alguien se ha pasado de la raya. Nadie a bordo es un tonto, un farsante o un saboteador.

—¿No debía haberle dicho a Norbert Williams que se callase el otro día, cuando empezó a atacar a Suecia durante la comida? Cosas así pueden tener consecuencias terribles. —Puso el puño cerrado sobre la palma de la otra mano—. Lo sé —dijo—. La disciplina militar no es necesaria, ni siquiera es deseable... todavía. Pero he visto tantas muertes, Ingrid. Llegará el momento en que no sobreviviremos a menos que podamos actuar unidos y saltar cuando nos lo ordenen.

—Bien, supuestamente en Beta 3 —admitió Ingrid Lindgren—. Aunque el robot no envió ningún dato que sugiriese vida inteligente. A lo peor, podemos encontrarnos con salvajes armados con lanzas, que probablemente no nos serían hostiles.

—Pensaba en peligros como tormentas, corrimientos de tierra, enfermedades, Dios sabe qué en un mundo que no es la Tierra. O un desastre antes de llegar allí. No estoy convencido de que el hombre moderno lo sepa todo sobre el universo.

—Hemos tratado este tema muy a menudo.

—Sí. Es tan viejo como el viaje espacial; más aún. Pero eso no lo hace menos real. —Reymont vaciló buscando las frases—. Lo que intento hacer es... no estoy seguro. Esta situación no se parece en nada a cualquier otra a la que me haya enfrentado. Intento... de alguna forma... mantener viva alguna idea de autoridad. Más allá de la simple obediencia a los reglamentos y a los oficiales. Autoridad que tenga derecho a ordenar cualquier cosa, ordenar que un hombre muera si eso es necesario para salvar al resto... —Miró la sorpresa de ella—. No —suspiró—, no entiendes. No puedes. Tu mundo siempre fue bueno.

—Es posible que puedas explicármelo si me lo dices de muchas formas diferentes —dijo con suavidad—. Y puede que yo sea capaz de aclararte algunas cosas a ti. No será fácil. Nunca te has quitado la armadura, Carl. Pero lo intentaremos, ¿no? —Sonrió y le dio un palmada en el muslo—. Ahora, sin embargo, idiota, se supone que estamos de descanso. ¿Qué hay del baño?

Ella se quitó la ropa. Él la observó mientras se le acercaba. A ella le gustaban los deportes duros para luego descansar bajo una lámpara solar. Era evidente en los senos y caderas firmes, en la cintura delgada, en los miembros flexibles y en un bronceado en el que destacaba su intenso pelo rubio.

—¡*Bozhe moi*, eres preciosa! —dijo él en voz baja.

Ella hizo una pirueta.

—A su servicio, amable señor... ¡si puedes cogerme! —Dio cuatro saltos de baja gravedad hasta el final del trampolín y saltó. Su descenso fue lento como un sueño, una oportunidad para un ballet aéreo. Su entrada en el agua dejó lentas formas ondulantes.

Reymont se metió directamente desde un lado de la piscina. Nadar no era muy diferente bajo aquella aceleración. El golpe de los músculos, el fluir frío y aterciopelado del agua, sería igual en el borde de la galaxia e incluso más allá. Ingrid Lindgren había dicho una vez que verdades como aquéllas le hacían dudar que algún día sintiese realmente nostalgia. El hogar del hombre era todo el cosmos.

Esa noche ella jugaba, zambulléndose, esquivando, escapándose de él una y otra vez. Sus risas se reflejaban en las paredes. Cuando finalmente él la atrapó, ella le abrazó el cuello, puso los labios en su oído y murmuró:

—Bien, me cogiste.

—Mmmm. —Reymont le besó la zona entre el hombro y la garganta. A pesar del agua olía a mujer—. Cojamos la ropa y vayámonos.

Él levantó fácilmente sus seis kilos con un brazo. Cuando estuvieron solos en la escalera, la acarició con su mano libre. Ella agitó los talones y rió.

—¡Sensualista!

—Pronto volveremos a estar a un g —le recordó, y comenzó a lanzarse hacia el nivel de oficiales a una velocidad que hubiese roto cuellos en la Tierra.

...Más tarde, ella se alzó sobre un codo y le miró fijamente a los ojos. Había bajado la intensidad de las luces. Las sombras se movían a su espalda, a su alrededor, dándole tonos dorados y ámbar. Con un dedo recorrió su perfil.

—Eres un amante maravilloso, Carl —murmuró—. Nunca he tenido uno mejor.

—Tú también me gustas —dijo él.

Un rastro de dolor tocó frente y voz.

—Pero ésa es la única ocasión en la que realmente te entregas. ¿E incluso entonces lo haces por completo? —dijo ella.

—¿Qué más hay que dar? —Su tono se hizo más rudo—. Te he contado cosas que me sucedieron en el pasado.

—Anécdotas. Episodios. No hay conexiones, no... En la piscina me ofreciste, por primera vez, una imagen de quien eres. La imagen más pequeña posible, y la escondiste inmediatamente. ¿Por qué? No utilizaría lo que supiese para hacerte daño, Carl.

Él se sentó ceñudo.

—No sé qué quieres decir. La gente se conoce al vivir juntos. Sabes que admiro a pintores clásicos como Rembrandt y Bonestell, y no me interesan ni las abstracciones y ni la cromodinámica. No soy muy musical. Tengo un sentido del humor de barracón. Mis ideas políticas son conservadoras. Prefiero un *tournedos* a un *filet mignon* pero me gustaría que los tanques de crecimiento pudiesen proveernos de cualquiera de ellos más a menudo. Juego al póquer de forma perversa, o lo haría si tuviese sentido a bordo de esta nave. Disfruto trabajando con las manos y soy bueno, así que ayudaré a construir los laboratorios una vez que el proyecto se organice. En estos momentos intento leer *Guerra y paz* pero me quedo dormido continuamente. —Golpeó el colchón—. ¿Qué más quieres saber?

—Todo —contestó ella triste. Señaló toda la habitación. Su armario estaba abierto, mostrando las vanidades inocentes de sus mejores galas. Los estantes estaban repletos de sus tesoros privados, hasta el límite de la masa permitida: una ajada copia de Bellman, un laúd, una docena de fotos esperando su turno para ser colgadas, retratos más pequeños de su familia, una muñeca kachina Hopi...—. Tú no trajiste nada personal.

—He tenido poco equipaje a lo largo de mi vida.

—Y parece que el camino fue difícil. Quizás algún día te atrevas a confiar en mí. —Se acercó a él—. Ahora no importa, Carl. No quiero acosarte. Te quiero dentro de mí otra vez. ¿Sabes?, esto ha dejado de ser una cuestión de amistad y conveniencia. Me he enamorado de ti.

Cuando alcanzaron la velocidad apropiada, en línea recta desde los dominios de la Tierra hacia el signo del zodiaco donde reinaba la Virgen, la *Leonora Christine* se liberó. Apagados los impulsores, se convirtió en un cometa más. Sólo la gravedad actuaba sobre ella, doblando su trayectoria y reduciendo su marcha.

Lo habían permitido. Pero el efecto debía mantenerse al mínimo. Las incertidumbres de la navegación interestelar eran demasiado grandes de por sí como para añadir factores extras. Así que la tripulación —los astronautas profesionales, para distinguirlos del personal científico y técnico— trabajaba con un límite de tiempo.

Boris Fedoroff guió un grupo fuera. Su trabajo era complejo. Se necesitaba habilidad para trabajar en condiciones de gravedad reducida y no agotarse intentando controlar las herramientas y el cuerpo. Aun al mejor hombre podían

soltársele sus suelas de agarre de la estructura de la nave. Flotaría entonces, maldiciendo, mareado por las fuerzas de giro, hasta que llegase al final de su línea de rescate y volviese a la nave. La iluminación era pobre: brillo directo al sol, negro tinta en la sombra rota sólo por la iluminación no difusa de las lámparas de los cascos. El oído no funcionaba mejor. Las palabras tenían problemas para superar los sonidos de la dura respiración y la corriente sanguínea cuando se les confinaba en un traje espacial, y el borboteo cósmico en los auriculares de radio. A falta de una purificación de aire comparable a la de la nave, los desechos gaseosos no se eliminaban por completo. Se acumulaban durante horas hasta que se trabajaba lleno de sudor, vapor de agua, dióxido de carbono, sulfuro de hidrógeno, acetona... y la empapada ropa interior se pegaba a la piel... y se miraba las estrellas por el visor con el dolor de cabeza formando una banda tras los ojos.

Aun así, el módulo Bussard, la empuñadura y el pomo de la daga, fue separado. Alejarlo de la nave fue un trabajo peligroso y difícil. Sin fricción o peso, conservaba cada gramo de su considerable masa inercial. Era tan difícil detenerlo como ponerlo en marcha.

Finalmente se desplazó a popa unido a un cable. Fedoroff comprobó él mismo la posición.

—Hecho —gruñó—. Eso espero.

Sus hombres unieron sus líneas de seguridad al cable.

Él hizo lo mismo, habló con Telander en el puente y se soltó. El cable fue arrastrado a bordo, llevando consigo a los ingenieros.

Debían apresurarse. Aunque el módulo seguiría al casco más o menos en la misma órbita, había influencias diferenciales. Pronto provocarían un desvío indeseado en el alineamiento relativo. Pero todos debían estar dentro antes de la siguiente fase del proyecto. Las fuerzas que iban a activarse no serían amables con los organismos vivos.

La *Leonora Christine* extendió las redes del campo de recogida. Brillaban al sol, con el color de la plata, frente al cielo estrellado. Desde lejos hubiese parecido una araña, uno de esos pequeños arácnidos valientes que se aventuran en cometas hechas de seda cubierta de rocío. No era, después de todo, nada grande o importante en el universo.

Aun así, lo que hacía era impresionante a escala humana. La planta de energía activó los generadores del campo de recogida. De sus redes de control surgía un campo de fuerzas magnetohidrodinámicas —invisible pero que se extendía por miles de kilómetros—; una combinación dinámica, no estática, pero mantenida y ajustada con absoluta precisión; enormemente fuerte pero aún más enormemente compleja.

Las fuerzas atraparon la unidad Bussard, la trajeron a una posición micrométricamente exacta con respecto al casco y la fijaron en su lugar. Los monitores verificaron que todo estaba en orden. El capitán Telander hizo una última comprobación con la Patrulla en Luna, recibió la señal de partida y dio una orden. En ese momento, los robots se hicieron cargo.

La baja aceleración del impulso iónico le había dado una modesta velocidad hacia delante, cuantificable en decenas de kilómetros por segundo. Era suficiente para activar el motor estelar. La potencia disponible se incrementó en varios órdenes de magnitud. A gravedad uno, la ¡*Leonora Christine* comenzó a moverse!

4

En una de las habitaciones jardín había una pantalla sintonizada con el exterior. Oscuridad y diamantes quedaban bordeados por helechos, orquídeas, fucsias arqueadas y buganvillas. Una fuente tintineaba y relucía. El aire era más cálido allí que en la mayor parte de los lugares de a bordo, húmedo, lleno de perfumes y verde.

Nada de eso eliminaba por completo el pulso subyacente de energías. Los sistemas Bussard no habían sido desarrollados hasta tener la fluidez de los cohetes eléctricos. Siempre, y también ahora, la nave suspiraba y temblaba. La vibración era ligera, en el mismo límite de la conciencia, pero se abría paso por entre el metal, los huesos y quizá los sueños.

Emma Glassgold y Chi-Yuen Ai-Ling estaban sentadas en un banco entre las flores. Habían estado paseando, forjando una amistad. Sin embargo, desde su llegada al jardín habían permanecido en silencio.

Abruptamente Glassgold hizo una mueca y apartó la vista de la pantalla.

—Fue un error venir aquí —dijo—. Vámonos.

—¿Por qué?, creo que es encantador —contestó sorprendida la planetóloga—. Una huida de paredes desnudas que necesitarán años para convertirse en agradables.

—No podemos huir de eso. —Glassgold señaló la pantalla. En aquel momento estaba dirigida a popa y mostraba una imagen del Sol, encogido hasta ser sólo la estrella más brillante.

Chi-Yuen la miró minuciosamente. La bióloga molecular era igualmente pequeña y morena, pero sus ojos eran redondos y azules, su rostro redondo y rosa, su cuerpo estaba un poco rellenito. Se vestía de forma sencilla estuviese trabajando o no; y sin rechazar por completo las actividades sociales era más una observadora que una participante.

—En... ¿cuánto tiempo?... un par de semanas —siguió— hemos alcanzado las fronteras del Sistema Solar. Cada día... no, cada veinticuatro horas; «día» y «noche» ya no significan nada... cada veinticuatro horas ganamos ochocientos cuarenta y cinco kilómetros por segundo de velocidad.

—Una persona pequeña como yo agradece tener el peso de la Tierra —dijo Chi-Yuen intentando sonar animada.

—No me malinterpretes —respondió Glassgold apresurada—. No gritaré: «¡Demos la vuelta! ¡Demos la vuelta!» —Intentó un chiste propio—. Eso decepcionaría al psicólogo que me examinó. —El chiste se disipó—. Es sólo... encuentro que necesito tiempo... para acostumbrarme, poco a poco, a esto.

Chi-Yuen asintió. Ella, en su más reciente y colorido cheong-sam —entre sus hobbies se encontraba el realizar sus propias ropas—, podía casi haber pertenecido a una especie diferente a la de Glassgold. Pero palmeó la mano de la otra mujer y dijo:

—No eres la única, Emma. Lo esperaban. La gente empieza a entender con algo más que el cerebro, con todo su ser, lo que significa un viaje como éste.

—A ti no parece que te moleste.

—No desde que el brillo del Sol se tragó a la Tierra. Y antes tampoco demasiado. Duele decir adiós. Pero tengo experiencia en eso. Una aprende a mirar hacia delante.

—Siento vergüenza —dijo Glassgold—. Cuando yo he tenido mucha más experiencia que tú. ¿O eso me ha hecho débil de espíritu?

—¿Realmente tuviste más que yo? —La pregunta de Chi-Yuen era apagada.

—¿Cómo?... sí. ¿No? ¿O no te acuerdas? Mis padres siempre fueron personas acomodadas. Mi padre es ingeniero en una planta de desalinización, y mi madre es agrónomo. El Negev es hermoso cuando crecen las cosechas, y es tranquilo y amable, no apresurado como Tel Aviv o Haifa. Aunque disfruté estudiando en la universidad. Tuve la oportunidad de viajar, con buenas compañías. Mi trabajo iba bien. Sí, era afortunada.

—¿Entonces por qué te alistaste para ir a Beta 3?

—Interés científico... una evolución planetaria completamente nueva...

—No, Emma. —Los mechones de ala de cuervo se agitaron cuando Chi-Yuen negó con la cabeza—. Las primeras naves trajeron datos para mantener la investigación durante cientos de años, en la misma Tierra. ¿De qué huyes?

Glassgold se mordió el labio.

—No debí curiosear —se disculpó Chi-Yuen—. Esperaba ayudarte.

—Te lo diré —dijo Glassgold—. Tengo la impresión de que podrías ayudarme. Eres más joven que yo, pero has visto más. —Los dedos se enredaban en su regazo—. Aunque yo misma no estoy muy segura. ¿Cómo empezaron las ciudades a parecer vulgares y vacías? Y cuando volvía a casa para visitar a mi gente, el campo me parecía pagado de sí mismo y vacío. Creí que podría encontrar... ¿un propósito?... ahí fuera. No sé. Me presenté por un impulso. Cuando me llamaron para las pruebas de verdad, mis padres montaron tal jaleo que ya no pude echarme atrás. Sin embargo, siempre fuimos una familia muy unida. Fue tan doloroso dejarlos. Mi padre, grande y seguro de sí mismo, pareció de pronto pequeño y viejo.

—¿Había también un hombre? —preguntó Chi-Yuen—. Lo hubo para mí. Te lo digo porque no es un secreto, él y yo estábamos prometidos, y todo lo que era público sobre esta tripulación acabó en los informes.

—Un compañero de estudios —dijo Glassgold humilde—. Le amaba. Todavía le amo. Él apenas sabía que yo existía.

—No es raro —contestó Chi-Yuen—. Una lo supera o se convierte en una enfermedad. Tienes buena salud en la cabeza, Emma. Lo que necesitas es salir de tu concha. Únete a tus compañeros. Preocúpate de ellos. Sal de tu camarote por un rato y métete en el de un hombre.

Glassgold enrojeció.

—No hago esas cosas.

Chi-Yuen arqueó las cejas.

—¿Eres virgen? No nos lo podemos permitir, no si queremos empezar una población en Beta 3. El material genético es escaso.

—Quiero un matrimonio decente —dijo Glassgold con algo de furia—, y tanto niños como Dios provea. Pero sabrán quién es su padre. No hago ningún daño si no juego al ridículo juego de ir cambiando de camas mientras viajamos. Ya tenemos a bordo suficientes chicas que lo hacen.

—Como yo. —Chi-Yuen no estaba enfadada—. Sin duda se desarrollarán relaciones estables. Mientras tanto, de vez en cuando, ¿por qué no dar y recibir unos pocos momentos de placer?

—Lo siento —dijo Glassgold—. No debería criticar asuntos privados. Especialmente cuando nuestras vidas han sido tan distintas.

—Verdad. No estoy de acuerdo en que tu vida fuese más afortunada que la mía. Al contrario.

—¿Qué? —A Glassgold se le abrió la boca—. ¡No puedes hablar en serio!

Chi-Yuen sonrió.

—Como mucho conoces la superficie de mi pasado. Adivino lo que piensas. Mi país dividido, empobrecido, paralizado por las consecuencias de las revoluciones y las guerras civiles. Mi familia culta y preocupada por la tradición pero pobre, con la pobreza desesperada que sólo los aristócratas caídos en tiempos terribles conocen. Sus sacrificios para mantenerme en la Sorbona, cuando llegó la oportunidad. Después de licenciarme, el trabajo duro y el sacrificio que realicé a cambio, ayudándoles a volver a ponerse en pie. —Volvió el rostro hacia la luz del sol y añadió con calma—: Sobre mi hombre. Nosotros también éramos estudiantes, en París. Más tarde, como ya te he dicho, tenía que alejarme de él a menudo por el trabajo. Finalmente fue a visitar a mis padres en Pekín. Yo iba a unirme a él lo antes posible, y nos hubiésemos casado, en ley y sacramento así como de hecho. Hubo disturbios. Lo mataron.

—¡Oh, Dios mío...! —empezó a decir Glassgold.

—Ésa es la superficie —la interrumpió Chi-Yuen—. La superficie. ¿No lo entiendes?, también tuve un hogar lleno de amor, quizá más que el tuyo, porque me entendían tan bien que no se resistieron a que los abandonase para siempre. Vi muchas partes del mundo, más de lo que puede verse viajando cuidadosamente en primera clase. Tuve a mi Jacques. Y a otros, antes y después, como él hubiese querido. Voy al exterior sin pesares ni heridas que no sanarán. La suerte es mía, Emma.

Glassgold no respondió con palabras.

Chi-Yuen la cogió de la mano y se levantó.

—Debes liberarte de ti misma —dijo la planetóloga—. Al final, sólo tú puedes enseñarte a ti misma cómo hacerlo. Pero quizá pueda ayudarte un poco. Ven a mi camarote. Te haremos un vestido que te haga justicia. La fiesta del Día de la Alianza está cerca, y pretendo que te lo pases bien.

Piense: un solo año luz es un abismo inconcebible. Numerable pero inconcebible. A velocidad ordinaria —digamos, el ritmo razonable de un coche en el tráfico metropolitano, dos kilómetros por minuto— se invertirían casi nueve millones de años en atravesarlo. Y en la vecindad del Sol las estrellas están a una media de nueve años luz de distancia. Beta Virginis estaba a treinta y dos.

Aun así, tales espacios podían conquistarse. Una nave acelerando continuamente a gravedad uno habría recorrido medio año luz en algo menos de un año de tiempo. Y estaría moviéndose a casi la velocidad límite: trescientos mil kilómetros por segundo.

Aparecieron problemas prácticos. ¿De dónde saldría la masa-energía para hacer algo así? Incluso en un universo newtoniano, la idea de un cohete que transportase tanto combustible desde el principio sería ridícula. Era aún más cierto en el verdadero cosmos einsteniano, en el que la masa de la nave y la carga aumentan con la velocidad, alcanzando el infinito a medida que la velocidad se acerca a la de la luz.

¡Pero el combustible y la masa de reacción estaban en el espacio! El universo estaba repleto de hidrógeno. Es cierto, las concentraciones no eran muy

grandes para los estándares terrestres: alrededor de un átomo por centímetro cúbico en la vecindad galáctica del Sol. Aun así, eso significaba treinta mil millones de átomos por segundo, golpeando cada centímetro cúbico de la sección transversal de la nave a medida que se aproximaba a la velocidad de la luz (la cifra era más o menos igual en las primeras fases del viaje, ya que el medio interestelar era más denso cerca de una estrella). Las energías eran increíbles. Se emitirían megaroentgens de radiación dura por el impacto: y menos de mil r en una hora es fatal. Ningún apantallamiento ayudaría. Aunque fuera imposiblemente grueso al empezar, acabaría erosionándose.

Aun así, en los días de la *Leonora Christine* había medios no materiales disponibles: campos magnetohidrodinámicos, cuyos pulsos se extendían por millones de kilómetros para atrapar átomos por los dipolos —sin necesidad de ionización— y controlar su flujo. Esos campos no servían pasivamente como simples armaduras. Desviaban el polvo, sí, y todos los gases menos el dominante hidrógeno. Pero éste era forzado a popa —en largas curvas que evitaban el casco por un margen razonable— hasta que entraba en un torbellino de electromagnetismo compresor y ardiente centrado en el motor Bussard.

La nave no era pequeña. Aun así no era sino un diminuto rastro de metal en esa vasta red de fuerzas que la rodeaba. Ella misma ya no la generaba. Había iniciado el proceso cuando había conseguido la velocidad mínima de ramjet; pero se hizo demasiado grande, demasiado rápida hasta que sólo podía ser creada y mantenida por sí misma. Los reactores termonucleares primarios (se usaría un sistema distinto para desacelerar), los tubos Venturi, todo el sistema que la impulsaba no estaba contenido a bordo. La mayoría ni siquiera era material, sino la resultante de vectores a escala cósmica. Los sistemas de control de la nave, controlados por ordenador, no eran análogos a pilotos automáticos. Eran como catalizadores que, usados juiciosamente, podían afectar el curso de aquellas monstruosas reacciones, podían incrementarlas, reducirlas o apagarlas... pero no con rapidez.

Como en las estrellas, el hidrógeno se fusionaba a popa del módulo Bussard que enfocaba el electromagnetismo que lo contenía. Un titánico efecto de láser de gas dirigía los fotones mismos en un rayo cuya reacción empujaba la nave hacia adelante, y que hubiese podido vaporizar cualquier cuerpo sólido que tocase. El proceso no era eficiente al cien por cien. Pero la mayor parte de la energía perdida se empleaba en ionizar el hidrógeno que escapaba a la combustión nuclear. Esos protones y electrones, junto con los productos de la fusión, también eran impulsados hacia atrás por los campos de fuerza, un vendaval de plasma que aportaba su propio incremento de impulso.

El proceso no era estable. Más bien, compartía la inestabilidad del metabolismo vivo y bailaba siempre al borde del desastre. Se producían variaciones impredecibles en el contenido de materia del espacio.

La extensión, intensidad y configuración de los campos de fuerza debía por tanto ajustarse continuamente: un problema con un número indeterminado de millones de factores que sólo un ordenador podía resolver con la suficiente rapidez. Los datos de entrada y las señales de salida viajaban a la velocidad de la luz: una velocidad finita que requería tres segundos y un tercio para recorrer un millón de kilómetros. La respuesta podría ser fatalmente lenta. Ese peligro se incrementaría a medida que la *Leonora Christine* se acercase tanto a la velocidad final que el tiempo cambiase de forma mesurable.

Aun así, semana tras semana, mes tras mes, la nave se movía hacia delante.

Los múltiples ciclos de materia que convertían de nuevo los desechos biológicos en aire respirable, agua potable, comida y fibras utilizables, llegaban tan lejos como para mantener un equilibrio del alcohol etílico a bordo. El vino y la cerveza se producían con moderación, principalmente para la mesa. Las raciones de licores fuertes eran escasas. Pero ciertas personas habían incluido botellas en sus equipajes personales. Más aún, podían negociar las partes de los amigos abstemios y guardar las suyas hasta que fuesen suficientes para una ocasión especial.

Ninguna regla oficial, pero sí la costumbre, decía que fuera de los camarotes sólo se podía beber en el comedor. Para estimular la vida social, esa habitación tenía varias mesas pequeñas en lugar de una sola mesa larga. Por tanto, entre comidas, servía de club. Algunos hombres construyeron un bar al fondo para servir hielo y productos para mezclar. Otros fabricaron cortinas para los mamparos, para que los murales decorosos pudiesen ocultarse durante las horas de bebida tras escenas un poco más verdes. Continuamente había música de fondo, cosas alegres, desde gallardas del siglo XVI hasta lo último de los asteroides llegado desde la Tierra.

En una fecha particular, alrededor de las 20.00, el club estaba vacío. Había un baile programado en el gimnasio. El personal libre que quería asistir —la mayoría— se estaba vistiendo. Las prendas, todas de gala, se estaban volviendo terriblemente importantes. El mecánico Johann Freiwald resplandecía dentro de una túnica dorada que una dama había cosido para él. Ella todavía no estaba lista, ni tampoco la orquesta, por lo que dejó que Elof Nilsson lo llevase al bar.

—¿No podemos hablar mañana de negocios? —preguntó. Era un joven grande y amigable, de rasgos rectos, con una calva que resplandecía rosa por entre un pelo rubio muy corto.

—Quiero hablarlo contigo ahora que lo tengo fresco en la cabeza —dijo la voz chillona de Nilsson—. Me vino de golpe mientras me cambiaba. —Su aspecto lo confirmaba—. Antes de pensarlo más quiero saber si es práctico.

—*Jawohl*, si tú pones las bebidas y no nos lleva mucho tiempo.

El astrónomo encontró su botella personal en el estante, cogió un par de vasos y se dirigió a la mesa.

—Yo tomaré agua... —comenzó a decir Freiwald. El otro hombre no lo oyó—. Ése es Nilsson —le dijo Freiwald al aire. Llenó una jarra de agua y se la llevó.

Nilsson se sentó, sacó una libreta de notas y comenzó a dibujar. Era bajo, gordo, cano y feo. Se sabía que un padre intelectualmente ambicioso, en una antigua ciudad universitaria de Upsala, le había obligado a convertirse en un prodigio a costa de todo lo demás. Se suponía que su matrimonio había sido el resultado de la desesperación mutua y se había convertido en una catástrofe prolongada, porque a pesar de tener un hijo la pareja se deshizo en el momento en que tuvo la oportunidad de ir en aquella nave. Aun así, cuando hablaba, no sobre las humanidades que no entendía y que por tanto despreciaba, sino sobre sus propios temas... entonces olvidaba su arrogancia y pomposidad, recordaba sus observaciones que habían probado finalmente el modelo del universo oscilante, y se le veía coronado de estrellas.

—...oportunidad única para conseguir datos valiosos. Piensa en la base que tenemos: diez parsecs. Además de la capacidad de examinar espectros de rayos gamma con menos incertidumbre, con mayor precisión, cuando se desplazan al rojo hacia fotones menos energéticos. Y más y más. Aun así, no estoy satisfecho.

»No creo que sea realmente necesario mirar una imagen electrónica del cielo, estrecha, borrosa y degradada por el ruido, por no mencionar los malditos cambios ópticos. Deberíamos montar espejos en el exterior del casco. Las imágenes

podrían dirigirse por conductores de luz a los oculares, fotomultiplicadores y cámaras a bordo.

»No, no lo digas. Sé que los intentos anteriores han fallado. Se podría construir una máquina que saliese por una esclusa, le diese forma al soporte de plástico de ese instrumento y lo aluminizara. Pero los efectos de inducción de los campos Bussard pronto harían que el espejo fuese algo más apropiado para una casa de la risa en Gróna Lund. Sí.

»Pero mi idea es grabar sensores y circuitos de retroalimentación en el plástico, flexores de control que automáticamente compensarían las distorsiones a medida que sucedan. Me gustaría conocer tu opinión sobre las posibilidades de diseñar, probar y producir esos flexores, señor Freiwald. Aquí tienes, éste es mi esquema rápido de lo que tengo en mente...

Nilsson fue interrumpido.

—Hola, ahí están, ¡amigos!

Él y el mecánico levantaron la vista. Williams se acercaba dando bandazos. El químico llevaba una botella en la mano derecha y un vaso medio lleno en la izquierda. Su cara estaba más roja que de costumbre y respiraba con pesadez.

—¿Was zum Teufel? —exclamó Freiwald.

—En inglés, chico —dijo Williams—. Habla inglés esta noche. Al estilo americano. —Llegó hasta la mesa y se sentó sobre ella con tal ímpetu que casi la tira. Un fuerte olor a whisky flotaba a su alrededor—. Especialmente tú, Nilsson. —Apuntó con un dedo vacilante—. Habla en americano esta noche, sueco. ¿Me oyes?

—Por favor, vete a otro sitio —dijo el astrónomo.

Williams se echó de golpe sobre la silla. Se inclinó hacia delante apoyándose en ambos codos.

—No sabes qué día es —dijo—. ¿Verdad?

—Dudo que tú lo sepas, en tus condiciones actuales —le respondió Nilsson en sueco—. La fecha es el Cuatro de julio.

—¡E-e-e-exacto! ¿Sabes qué significa? ¿No? —Williams se volvió hacia Freiwald—. ¿Lo sabes tú, Heinie?

—¿Un aniversario? —aventuró el mecánico.

—Eso es. Un aniversario. ¿Quién lo diría? —Williams levantó su brazo—. Bebed conmigo, vosotros dos. He estado reuniendo para hoy. ¡Bebed!

Freiwald lo miró con simpatía y brindó con él.

—*Prosit* —empezó a decir Nilsson—, *Skál*. —Pero volvió a poner el licor sobre la mesa y lo miró fijamente.

—Cuatro de julio —dijo Williams—. Día de la Independencia. Mi país. Quise dar una fiesta. A nadie le importaba. Una copa conmigo, quizá dos, luego a su maldita fiesta. —Miró a Nilsson durante un rato—. Sueco —dijo lentamente—, bebe conmigo o te romperé los dientes.

Freiwald puso una mano grande sobre el brazo de Williams. El químico intentó levantarse. Freiwald lo mantuvo donde estaba.

—Calma, doctor Williams —le pidió amablemente el mecánico—. Si quiere celebrar su día nacional, por supuesto que estaremos contentos de brindar con usted. ¿Verdad, señor? —añadió para Nilsson.

El astrónomo adoptó un tono adusto.

—Sé cuál es el problema. Me lo contó antes de partir un hombre que sabía lo que pasaba. Frustración. No podía aguantar los métodos modernos de administración.

—Maldita burocracia del estado del bienestar —dijo Williams con hipo.

—Comenzó a soñar con la era imperial y soberana de su país —siguió Nilsson—. Fantaseó sobre el sistema de libre empresa que no creo que existiese nunca. Expresaba ideas políticas reaccionarias. Cuando la Autoridad de Control tuvo que arrestar a varios oficiales americanos de alto rango por conspiración para violar la Alianza...

—Me harté. —El tono de Williams subió hasta convertirse en un grito—. Otra estrella. Un nuevo mundo. La oportunidad de ser libres. Incluso si tengo que viajar con un montón de suecos.

—¿Ves? —Nilsson le sonrió a Freiwald—. No es sino una víctima del nacionalismo romántico con el que nuestro mundo demasiado ordenado se ha estado consolando a sí mismo en la pasada generación. Es una pena que no quedase satisfecho con la ficción histórica o la mala poesía épica.

—¡Romántico! —gritó Williams. Luchó sin éxito para liberarse de Freiwald—. Tú, monstruo de ojos de búho, barriga caída y largo como un palo, ¿qué crees que te ha hecho? ¿Cómo te sentías al ser así, mientras los otros chicos jugaban a ser vikingos? ¡Tu matrimonio salió aún peor que el mío! Y yo aguanté, hijo de puta, yo tenía que ganarme la vida, algo que tú jamás has tenido que hacer... Suéltame y veremos quién es el hombre aquí.

—Por favor —dijo Freiwald—. *Bitte*. Caballeros. —Estaba de pie, para poder mantener a Williams en su silla. Clavó a Nilsson con la vista—. Y usted, señor —dijo fríamente—. No tiene derecho a hostigarle. Podía haber demostrado la cortesía mínima de brindar por el día de su país.

Nilsson parecía estar a punto de invocar su rango intelectual. Se detuvo al aparecer Jane Sadler. Había estado mirando desde la puerta durante unos minutos. Su expresión hacía que su traje formal pareciese patético.

—Johann te ha dicho la verdad, Elof —dijo—. Mejor vienes conmigo.

—¿A bailar? —escupió Nilsson—. ¿Después de esto?

—Especialmente después de esto. —Inclinó la cabeza—. Me he cansado de tus aires de superioridad, cariño. ¿Intentamos comenzar de nuevo o lo dejamos ahora mismo?

Nilsson murmuró algo pero se levantó y le ofreció el brazo. Ella era un poco más alta que él. Williams se quedó caído en la silla, intentando no llorar.

—Yo me quedaré aquí un rato, Jane, para ver si puedo animarle —le susurró Freiwald.

Ella le dedicó una sonrisa de preocupación.

—Lo harás, Johann. —Habían estados juntos un par de veces antes de que ella se fuese con Nilsson—. Gracias.

Mantuvieron las miradas un rato. Nilsson agitó los pies y tosió.

—Te veré más tarde —dijo ella y salió.

5

Cuando la *Leonora Christine* alcanzó una fracción sustancial de la velocidad de la luz, los efectos ópticos se hicieron evidentes al ojo desnudo. Su velocidad y la de los rayos de las estrellas se sumaban vectorialmente; el resultado era la aberración. Excepto para aquellos que estuviesen justo a proa o popa, la posición aparente cambiaba. Las constelaciones se torcían, se hacían grotescas y se fundían, a medida que sus miembros se arrastraban por la oscuridad. Más y más, las estrellas desaparecían de la parte posterior y se acumulaban delante de ella.

El efecto Doppler operaba simultáneamente. Como la nave huía de las ondas de luz que la alcanzaban por la popa, para ella su longitud se incrementaba y su frecuencia se reducía. De la misma forma, las ondas contra las que se encontraba se reducían y aumentaban de frecuencia. De esta forma, los soles a popa parecían más rojos, los de proa más azules.

En el puente había un visor de compensación: el único a bordo, debido a su elaborado diseño. Un ordenador calculaba continuamente el aspecto que tendría el cielo si la nave estuviese inmóvil en aquel punto del espacio, y proyectaba una simulación del mismo. El dispositivo no era para la diversión o el placer; era una valiosa ayuda para la navegación.

Sin embargo, claramente, el ordenador necesitaba datos de donde estaba realmente la nave y a qué velocidad se movía con respecto a los objetos en el cielo. No era fácil saber esas cosas. La velocidad —módulo exacto y dirección exacta— cambiaba con las variaciones en el medio interestelar y con la retroalimentación necesariamente imperfecta de los controles Bussard, así como con el tiempo bajo aceleración. Las desviaciones sobre la ruta calculada eran comparativamente pequeñas; pero en distancias astronómicas, cualquier imprecisión podría acabar añadiéndose a una suma fatal. Debían eliminarse cuando ocurrían.

Por tanto, aquel hombre de barba negra, regordete y esmerado, el oficial de navegación Auguste Boudreau, era uno de los pocos que tenía un trabajo a tiempo completo durante el viaje relacionado con la operación de la nave. No requería realmente que recorriese un círculo lógico: encuentra tu posición y velocidad para que puedas corregir los fenómenos ópticos, para que puedas comprobar tu posición y velocidad. Las galaxias distantes eran sus faros primarios; el análisis estadístico de las observaciones realizadas sobre estrellas individuales cercanas le daba datos adicionales; empleaba realmente la matemática de aproximaciones sucesivas.

Eso lo convertía en un colaborador del capitán Telander, que calculaba y ordenaba los cambios de rumbo necesarios, y del ingeniero jefe Fedoroff, que los ejecutaba. La tarea se realizaba con suavidad. Nadie sentía los ajustes, exceptuando algún diminuto incremento temporal del zumbido apenas perceptible de la nave, y un cambio igualmente pequeño y transitorio en el vector de aceleración, que se manifestaba como si las cubiertas se hubiesen inclinado unos pocos grados.

Además, Boudreau y Fedoroff intentaban mantener el contacto con la Tierra. La *Leonora Christine* era todavía detectable por instrumentos espaciales en el Sistema Solar. A pesar de las dificultades creadas por los campos, el máser lunar podía todavía alcanzarla para traer preguntas, entretenimientos, noticias y saludos personales. La nave todavía podía contestar con su propio transmisor. De hecho, se esperaba que tales conversaciones de un lado a otro fuesen regulares, una vez que se hubiesen establecido en Beta Virginis. Su precursora innominada no había tenido problemas para enviar información. Lo seguía haciendo justo en ese momento, aunque la nave no podía recibir esa comunicación y la tripulación tenía la intención de leer las cintas de la sonda cuando llegasen.

El problema en ese momento era éste: los planetas y los soles son objetos grandes y tranquilos. Se mueven por el espacio a velocidades razonables, rara vez por encima de los cincuenta kilómetros por segundo. Y no van en zigzag, por poco que sea. Es fácil predecir dónde estarán dentro de varios siglos, y dirigir un mensaje a esa posición. Una nave espacial es otra cosa. Los hombres no duran mucho; deben darse prisa. La aberración y el desplazamiento Doppler afectan también a la radio. Eventualmente la transmisión de Luna llegaría a frecuencias que nada en la nave podría recibir. Mucho antes, sin embargo, por algún factor impredecible, cuando el tiempo de viaje entre el proyector máser y la nave fuese de meses, era seguro que el rayo la perdería.

Fedoroff, que también era el oficial de comunicaciones, trasteaba con los detectores y amplificadores. Reforzaba la señal que enviaba al Sol, esperando que eso diese una pista de su posición futura. Aunque podían pasar días de silencio, perseveraba. El triunfo le recompensaba. Pero la calidad de la recepción era cada vez más pobre, los intervalos de duración más cortos, el tiempo hasta la siguiente más largo, a medida que la *Leonora Christine* penetraba en las grandes profundidades.

Ingrid Lindgren apretó el timbre. Los camarotes estaban tan a prueba de ruidos que un golpe en la puerta nunca se oiría. No hubo respuesta. Lo intentó de nuevo, obteniendo más silencio. Vaciló, frunciendo el ceño, cambiando de un pie a otro. Al final agarró el pestillo. La puerta no estaba cerrada con llave. Abrió una rendija. Sin mirar, llamó con suavidad:

—Boris. ¿Estás bien?

Le llegaron varios ruidos, un chirrido, un roce, pisadas fuertes y lentas.

Fedoroff abrió la puerta por completo.

—¡Oh! —dijo—. Buenos días.

Ella lo miró. Era un hombre fuerte de estatura media, de cara ancha y pómulos altos, y pelo marrón salpicado de gris aunque su edad biológica era de sólo cuarenta y dos. No se había afeitado durante varios turnos y no vestía sino una bata, evidentemente cogida en el último minuto.

—¿Puedo pasar? —pidió.

—Si quieres. —Le indicó que entrase con la mano y cerró la puerta.

Su mitad de la unidad había sido separada de la parte ocupada actualmente por el jefe de Biosistemas Pereira. La mayor parte estaba ocupada por una cama sin hacer. Había una botella de vodka en el aparador.

—Perdona el desorden —dijo indiferente. Pasó a su lado—: ¿Quieres una copa? No tengo vasos, pero no debes temer un trago de esto. Nadie tiene nada contagioso. —Rió o más bien se sacudió—. Aquí, ¿de dónde podrían venir los gérmenes?

Lindgren se sentó en el borde de la cama.

—No, gracias —contestó—. Estoy de servicio.

—Y se supone que yo también. Sí. —Fedoroff se acercó a ella inclinándose un poco—. Informé al puente de que me sentía indispuesto y que sería mejor que descansase.

—¿No debería verte el doctor Latvala?

—¿Para qué? Físicamente estoy bien. —Fedoroff hizo una pausa—. Viniste a asegurarte.

—Es parte de mi trabajo. Respetaré tu intimidad, pero eres un hombre clave.

Fedoroff sonrió. La expresión era tan forzada como los sonidos anteriores.

—No te preocupes —dijo—. Tampoco estoy mal del cerebro. —Fue a coger la botella, pero retiró el brazo—. Ni siquiera me estoy hundiendo a borbotones en un atontamiento alcohólico. No es nada sino... ¿cómo lo llaman los americanos?... un bajón.

—Los bajones son mejor en compañía —declaró Lindgren. Después de un rato añadió—: Creo que aceptaré esa copa.

Fedoroff le pasó la botella y se unió a ella en la cama. Ingrid levantó la botella hacia él.

—*Skál*.

Se echó un poco en la garganta. Le devolvió la botella.

—*Zdoroviye* —dijo él.

Se quedaron sentados en silencio. Fedoroff miró los mamparos hasta que se agitó y dijo:

—Muy bien. Ya que tienes que saberlo. No se lo diría a nadie más, especialmente no a una mujer. Pero he aprendido algo sobre ti, Ingrid... hija de Gunnar, ¿no es cierto?

—Sí, Boris Ilyitch.

La miró fijamente y sonrió con franqueza. Ella estaba relajada, con el mono curvado por el cuerpo y un rastro de calor y olor humano a su alrededor.

—Creo... —su lengua se trabó—, espero que lo entiendas, y que no repitas lo que voy a decirte.

—Te prometo el silencio. En lo de entender, puedo intentarlo.

Puso los codos en las rodillas, con las manos apretadas una contra la otra.

—Es personal, ¿sabes? —dijo lentamente y sin regularidad—. Aunque no es importante. Pronto se me pasará. Es simplemente... esa emisión última que recibimos... me alteró.

—¿La música?

—Sí. La música. La relación señal-ruido era demasiado baja para la televisión. Casi demasiado baja para el sonido. La última que recibimos, Ingrid hija de Gunnar, antes de que alcancemos nuestro destino y comencemos a recibir mensajes de una generación de antigüedad. Estoy seguro que será la última. Esos pocos minutos, vacilantes, temblorosos, apenas audibles a través de los ruidos de las estrellas y los rayos cósmicos... cuando perdimos esa música, supe que ya no recibiríamos más.

La voz de Fedoroff se fue apagando. Lindgren esperó.

Agitó la cabeza.

—Era una canción de cuna rusa —dijo—. La que mi madre me cantaba para que me durmiese.

Ella puso una mano sobre su hombro y la dejó allí con la suavidad de una pluma.

—No creas que estoy en una orgía de autocompasión —añadió rápidamente—. Durante un momento recordé demasiado bien a mis muertos. Se me pasará.

—Puede que lo entienda —murmuró ella.

Era el segundo viaje interestelar para él. Había ido a Delta Pavonis. Los datos de la sonda indicaban un planeta terrestre, y partió una expedición con grandes esperanzas. La realidad era tan de pesadilla que los supervivientes demostraron un raro heroísmo al permanecer el mínimo tiempo planeado para investigar. A su regreso, habían experimentado doce años; pero la Tierra había envejecido cuarenta y tres.

—Dudo que puedas, realmente. —Fedoroff se volvió para enfrentarse a ella—. Esperábamos que la gente hubiese muerto cuando regresamos. Esperábamos cambios. Me alegré al principio de poder reconocer parte de mi ciudad, la luna sobre los canales y los ríos, las cúpulas y torres en la Catedral de Kazan, Alejandro y Bucéfalo levantándose sobre el puente que lleva a Nevsky Prospect, los tesoros en el Hermitage. —Apartó la vista cansado—. Pero la vida misma. Eso era demasiado diferente. Encontrarse con ella era como ver una mujer que antes amabas convertida en una mujerzuela. —Sonrió con amargura—. ¡Eso exactamente! Trabajé en el espacio durante cinco años, todo lo que pude; investigación y desarrollo para mejorar el motor Bussard, como recordarás. Mi propósito principal era ganar el puesto que tengo ahora. Podemos esperar un nuevo comienzo en Beta 3.

Sus palabras se hicieron casi inaudibles.

—Entonces la pequeña canción de mi madre me llegó por última vez.

Se puso la botella en los labios.

Lindgren le concedió un minuto o dos de silencio.

—Ahora entiendo, Boris, al menos en parte, por qué te ha afectado tanto. He estudiado un poco de sociohistoria. En tu juventud, la gente era, bueno, menos relajada. Repararon los daños de la guerra en muchos paisajes y controlaron el crecimiento de la población y los desórdenes civiles. Se enfrentaban a cosas nuevas, proyectos inimaginables en la Tierra y en el espacio. Nada parecía imposible. En el centro de su *élan* había un espíritu de trabajo duro, patriotismo y dedicación.

»Supongo que tenías dos dioses a los que servías con todo tu corazón, el Padre Técnica y la Madre Rusia. —Deslizó la mano hasta ponerla sobre la suya—. Volviste —dijo— y a nadie le importó.

Él asintió, mordiéndose el labio inferior.

—¿Es por eso por lo que desprecias a las mujeres de hoy? —preguntó ella.

Se sobresaltó.

—¡No! ¡Nunca!

—¿Por qué entonces ninguna de tus uniones ha durado más allá de una semana o dos, a veces un solo turno? —le desafió ella—. ¿Por qué sólo estás relajado y alegre entre hombres? Creo que no te preocupas de conocer a la mitad de la especie humana más que como cuerpos. No crees que haya nada más que valga la pena conocer. Y lo que dijiste hace un minuto, sobre mujerzuelas...

—Volví de Delta Pavonis deseando una verdadera esposa —contestó él como si lo estrangulasen.

Lindgren suspiró.

—Boris, los modos cambian. Desde mi punto de vista, creciste en un período de puritanismo irracional. Pero fue una reacción a una facilidad anterior que quizás había sido excesiva; y antes... No importa. —Escogió las palabras con cuidado.

»El hecho es que el hombre nunca se ha guiado por un solo ideal. El entusiasmo de masas de cuando eras joven dio lugar a un clasicismo racionalista y frío. Hoy eso está quedando ahogado por un cierto tipo de neorromanticismo. Sólo Dios sabe adónde nos llevará. Seguramente no me gustará. No importa, surgen nuevas generaciones. No tenemos derecho a congelarlas en nuestro propio molde. El universo es demasiado amplio.

Fedoroff se quedó quieto tanto tiempo que ella empezó a levantarse para irse. De pronto se giró, le agarró la muñeca y la sentó de nuevo a su lado. Las palabras fueron difíciles.

—Me gustaría llegar a conocerte, Ingrid, como ser humano.

—Me alegro.

Él apretó la boca.

—Sin embargo, es mejor que te vayas ahora. —Se levantó—. Estás con Reymont. No quiero causar problemas.

—Yo también quiero que seas mi amigo, Boris —dijo ella—. Te admiro desde que te conocí. Coraje, competencia, amabilidad... ¿qué más puede admirarse en un hombre? Desearía que aprendieses a mostrar esas cualidades a tus compañeras.

Él la soltó.

—Mejor te vas.

Ella lo miró.

—Si lo hago —le preguntó—, y hablamos en otra ocasión, ¿estarás cómodo conmigo?

—No lo sé —dijo—. Espero que sí, pero no lo sé.

Ella pensó un poco.

—Intentemos asegurarnos —le sugirió finalmente con amabilidad—. No tengo adónde ir en lo que me queda de turno.

6

Cada uno de los científicos de a bordo había planeado al menos un proyecto de investigación para que le ayudase a llenar el lustro de viaje. Glassgold estudiaba la base química de la vida en Épsilon Eridani 2. Después de montar el equipo, comenzó a someter a sus protófitas y cultivos de tejidos al proceso experimental. En su momento obtenía productos de reacción y necesitaba saber exactamente qué eran. Norbert Williams realizaba análisis para varias personas diferentes.

Un día a finales del primer año, Williams llevó el informe sobre las últimas muestras a su laboratorio. Se había acostumbrado a hacerlo en persona.

Las moléculas eran extrañas, y él se emocionaba tanto como ella y los dos discutían los descubrimientos durante horas. Poco a poco, las conversaciones derivaban a otros temas.

Ella lo recibió con alegría cuando entró. El banco de trabajo tras el que se encontraba estaba barricado con tubos de ensayos, matrices, medidores de pH, agitadores, mezcladores y demás aparatos.

—Bien —dijo ella—, me muero por saber qué metabolitos han estado produciendo mis bichitos.

—La mayor confusión que he visto nunca. —Le pasó un par de páginas unidas—. Lo siento, Emma, pero vas a tener que repetirlo. Una y otra vez, me temo. No puedo trabajar con esas microcantidades. Esto requiere todos los tipos de cromatografía que tengo, más difracción de rayos X, además de las pruebas de enzimas que he puesto ahí, antes de aventurar ideas sobre las fórmulas estructurales.

—Ya veo —contestó Glassgold—. Lamento darte más trabajo.

—Nada, para eso estoy, hasta que lleguemos a Beta 3. Me volvería loco si no tuviese algo que hacer, y tu proyecto, sinceramente, es el más interesante de todos. —Williams se pasó una mano por el pelo; la camisa chillona se arrugó en el hombro—. Aunque, para serte franco, no entiendo lo que significa para ti además de un pasatiempo. Es decir, están estudiando los mismos problemas en la Tierra, con más personal y mejores equipos. Habrán resuelto tu acertijo antes de que nos detengamos.

—Sin duda —dijo ella—. ¿Pero nos enviarán los resultados?

—Supongo que no, a menos que preguntemos. Y si lo hacemos, seremos viejos o estaremos muertos antes de que llegue la respuesta. —Williams se inclinó hacia ella—. La cuestión es ¿por qué debería importarnos? Sabemos que la biología que encontremos en Beta 3 no se parecerá a esto. ¿Te mantienes en forma?

—En parte —admitió ella—. Creo que tendrá valor práctico. Cuanto mayor sea mi visión de la vida en el universo mejor podré estudiar el caso particular del lugar a donde vamos. Y de esa forma sabremos antes, con mayor seguridad, si podemos construir nuestro hogar allá y decirles a otros que nos sigan desde la Tierra.

Él se acarició la barbilla.

—Sí. Supongo que tienes razón. No había pensado en eso.

El asombro sobresalía bajo aquellas palabras prosaicas. La expedición no iba simplemente a mirar: no con aquellos costes en recursos, trabajo, habilidades, sueños y años. Ni tampoco podían esperar encontrar algo tan fácil de ocupar como América.

Como mínimo, aquella gente pasaría otro lustro en el sistema Beta Virginis, explorando sus mundos con los vehículos auxiliares de la nave, añadiendo lo poco que pudiesen a lo poco que la sonda orbital había recogido. Y si el tercer planeta era realmente habitable, nunca volverían a casa, ni siquiera los astronautas profesionales. Vivirían sus vidas, posiblemente también sus hijos y nietos, explorando sus múltiples misterios y enviando sus descubrimientos a las mentes ansiosas de la Tierra. Porque cualquier planeta es un mundo, infinitamente variado, infinitamente secreto. Y aquel mundo parecía ser tan terrestre que las cosas extrañas que contuviese serían aún más vívidas e interesantes.

La gente de la *Leonora Christine* era clara en su ambición por establecer ese tipo de base científica.

Sus esperanzas a largo plazo era que sus descendientes no encontrasen razones para volver: que Beta 3 pasase de ser una base a ser una colonia y a convertirse en Nueva Tierra, y en un punto de salto para el siguiente viaje a las estrellas. No había otra forma de que los hombres poseyesen la galaxia.

Como si le intimidasen un poco esas imágenes que la invadían, Glassgold habló, enrojeciendo un poco:

—Además, me importa la vida en Épsilon Eridani. Me fascina. Quiero saber... qué la hace funcionar. Y como dices, si nos quedamos es poco probable que recibamos las respuestas en el curso de nuestras vidas.

Él se quedó en silencio, jugueteó con un equipo de titulación, hasta que el motor y la respiración de ventilación, los penetrantes olores químicos, los colores vivos de los reactivos y colorantes se hicieron evidentes. Finalmente se aclaró la garganta.

—¡Uh!, Emma.

—¿Sí? —Ella parecía sentir la misma timidez.

—¿Qué tal si te divirtieras un rato? Ven conmigo al club para tomar algo antes de la cena. De mi ración.

Ella se retiró tras su instrumental.

—No, gracias —dijo confusa—. Yo... yo tengo mucho trabajo.

—Tienes tiempo para eso —dijo con más valor—. De acuerdo, si no quieres un cóctel, ¿qué tal una taza de café? Quizás un paseo por los jardines... Mira, no pretendo ligar. Sólo me gustaría que nos conociésemos mejor.

Ella tragó antes de contestar, pero le dedicó su mejor sonrisa.

—Muy bien, Norbert, eso sí que me gustaría.

Un año después de partir, la *Leonora Christine* estaba cerca de su velocidad final. Le llevaría treinta y un años cruzar el espacio interestelar, y un año más para desacelerar a medida que se acercase al sol de destino.

Pero ésa es una afirmación incompleta. No tiene en cuenta la relatividad. Justo porque hay una velocidad límite absoluta (a la que viaja la luz *in vacuo*; al igual que los neutrinos) hay una interdependencia del espacio, el tiempo, la materia y la energía. El factor tau entra en las ecuaciones; si *V* es la velocidad (uniforme) de la nave espacial, y *C* la velocidad de la luz, entonces tau es igual a la raíz cuadrada de $1-V^2/C^2$

Cuanto más cerca está *C* de *V*, más se acerca tau a cero.

Supongamos que un observador externo mide la masa de la nave. El resultado obtenido es la masa en reposo —es decir, la masa que tiene cuando no se

mueve con respecto al observador— dividida por tau. Por tanto, cuanto más rápido viaja más masa tiene para el resto del universo. Obtiene su masa extra de la energía cinética del movimiento; $e=mc^2$.

Más aún, si el observador «estacionario» pudiese comparar los relojes de la nave con el suyo, notaría que hay una diferencia. La separación entre dos sucesos (como el nacimiento y la muerte de un hombre) medida en la nave donde suceden, es igual al intervalo medido por el observador... multiplicada por tau. Se podría decir que el tiempo se mueve proporcionalmente más despacio en la nave.

Las longitudes se contraen; el observador ve la nave más corta en la dirección del movimiento en un factor tau.

Pero las medidas realizadas en la nave son tan válidas como las realizadas en otro sitio. Para un pasajero, que mira de frente el universo, las estrellas se comprimen y aumentan de masa; la distancia entre ellas se encoge; brillan y evolucionan a un ritmo extrañamente rápido.

Pero la situación es aún más compleja. Hay que recordar que la nave ha estado acelerando y desacelerando en relación con el fondo total del cosmos. Eso saca el problema del campo de la relatividad especial y lo traslada al territorio de la relatividad general. La relación estrellas-nave no es realmente simétrica. La paradoja de los gemelos no se produce. Cuando las velocidades se igualen de nuevo y se produzca la reunión, las estrellas habrán vivido mucho más tiempo que la nave.

Si tau fuese de una centésima y estuvieses en caída libre, atravesarías un siglo luz en un solo año de tu experiencia (aunque, por supuesto, jamás podrías recuperar el siglo que pasó en casa durante el que tus amigos se hicieron viejos y murieron). Eso inevitablemente implica un incremento de masa en un centenar. Un motor Bussard, que se alimenta del hidrógeno del espacio, podría hacerlo. De hecho, sería estúpido parar el motor y deslizarse cuesta abajo cuando se puede seguir reduciendo tau.

Por tanto, para alcanzar otros soles en una porción razonable de tu esperanza de vida, acelera continuamente, hasta llegar al punto interestelar medio, momento en el que se activa el sistema de desaceleración en el módulo Bussard y comienzas a reducir otra vez. Estás limitado por la velocidad de la luz, que no puede alcanzarse. Pero no estás limitado en lo cerca que puedas situarte a esa velocidad. Por lo que no hay límite a la inversa del factor tau.

Durante su año a gravedad uno, las diferencias entre la *Leonora Christine* y las lentas estrellas se habían acumulado imperceptiblemente. Ahora la curva entraba en la parte inclinada de su subida. Ahora, más y más, la gente medía cómo se reducía la distancia a su meta, no sólo porque viajaban, sino porque, para ellos, la geometría del espacio estaba cambiando. Más y más, percibían que los procesos naturales en el universo exterior se aceleraban.

Todavía no era espectacular. De hecho, el tau mínimo en su plan de vuelo, en el punto medio, estaría por encima de 0,015. Pero llegó un momento en el que un minuto a bordo correspondía a sesenta y un segundos en el resto de la galaxia. Un poco más tarde, correspondía a sesenta y dos. Luego sesenta y tres... sesenta y cuatro... el tiempo de la nave entre esos recuentos era gradualmente pero inexorablemente menor... sesenta y cinco... sesenta y seis... sesenta y siete...

La primera Navidad —Hanukah, Año Nuevo, Festival del Solsticio— que la tripulación pasó junta llegó pronto y fue un carnaval febril. La segunda fue más tranquila. La gente se acomodaba a su trabajo y sus compañeros. Aun así, adornos improvisados brillaban en todas las cubiertas. Los cuartos de hobby resonaban, las tijeras y las agujas chasqueaban, la cocina olía a especias, al intentar todos hacer

regalos para todos los demás. La división hidropónica descubrió que podía desprenderse de suficientes enredaderas y ramos para realizar un árbol de imitación en el gimnasio. De la inmensa biblioteca de microcintas llegaron películas de nieve y trineos, y grabaciones de villancicos. Los más inclinados al teatro ensayaron una obra. El jefe de cocina Carducci planeó banquetes. Las áreas comunes y los camarotes se llenaron de fiestas. Por acuerdo tácito, nadie mencionó que cada segundo que pasaba alejaba la Tierra trescientos mil kilómetros más.

Reymont se abrió paso por un abarrotado nivel recreativo. Algunos grupos estaban colgando los adornos recién terminados. Nada podía desperdiciarse, pero las guirnaldas de papel de aluminio, los globos de vidrio, las espirales colgadas hechas con piezas de ropa, eran reciclables. Otros jugaban, charlaban, ofrecían bebidas, flirteaban y armaban estrépito. A pesar de las charlas, risas y alborotos, zumbidos y crujidos y susurros, la música llegaba flotando desde un altavoz:

Adeste, fideles,

Laeti, triumphantes,

Venite, venite, in Bethlehem.

Iwamoto Tetsuo, Hussein Sadek, Yeshu ben-Zvi, Mohandas Chidambaran, Phra Takh o Kato M'Botu parecían estar tan metidos en la fiesta como Olga Sobieski o Johann Freiwald.

El ingeniero le bramó a Reymont:

—*¡Guten Tag, mein lieber Schutzmann!* ¡Ven a compartir mi botella! —La agitó en el aire. Tenía el otro brazo alrededor de Margarita Jimenes. Sobre ellos colgaba un trozo de papel en el que habían escrito MUÉRDAGO.

Reymont se detuvo. Se llevaba bien con Freiwald.

—No, gracias —dijo—. ¿Has visto a Fedoroff? Esperaba que viniese aquí al terminar su turno.

—N-no. Yo también le esperaba, las cosas están animadas esta noche. Por alguna razón ahora es más feliz, ¿no? ¿Por qué lo buscas?

—Negocios.

—Negocios, siempre negocios —dijo Freiwald—. Juro que tus diversiones son cada vez peores. Yo, tengo algo mejor. —Abrazó a Jimenes. Ella se acurrucó—. ¿Has llamado a su camarote?

—Por supuesto. No responde. Aun así, puede... —Reymont se volvió—. Lo intentaré. Volveré más tarde a por el licor —añadió cuando se alejaba.

Atravesó por las escaleras el nivel de tripulación hasta la cubierta de oficiales. La música le seguía: «*...Iesu, tibi sit gloria.*» Los pasillos estaban desiertos. Pulsó el timbre de Fedoroff.

El ingeniero abrió la puerta. Vestía un pijama cómodo. A su espalda había una botella de vino francés, dos copas y algunos bocadillos al estilo danés que aguardaban sobre el aparador. Demostró sorpresa. Dio un paso atrás.

—*Chto*... ¿tú?

—¿Puedo hablar contigo?

—M-m-m. —La mirada de Fedoroff parpadeó—. Espero una invitada.

Reymont sonrió.

—Eso está claro. No te preocupes, no me llevará mucho tiempo. Pero es urgente.

Fedoroff se refrenó.

—¿No puedes esperar a que comience mi turno?

—Bueno, es mejor discutirlo confidencialmente —dijo Reymont—. El capitán Telander está de acuerdo. —Bordeó a Fedoroff para meterse en el camarote—. Se olvidaron de algo en los planes —siguió, hablando rápido—. Según el plan de vuelo deberemos cambiar a modo de alta aceleración el 7 de enero. Sabes mejor que yo que se necesitan dos o tres días de trabajo preliminar de tu grupo y es bastante perturbador para la rutina de los demás. Bien, de alguna forma los que establecieron el plan de vuelo olvidaron que el 6 es importante en la tradición del oeste de Europa. El día de Reyes, la Epifanía, llámalo como quieras, da final a la parte alegre de la fiesta. Las celebraciones del año anterior fueron tan alborotadas que nadie se dio cuenta. Pero este año se habla de una fiesta y un baile con el viejo ritual, algo que sería agradable si fuese posible. Piensa en lo que ese recuerdo de nuestros orígenes podría hacer por la moral. El capitán y yo quisiéramos que estudiaras las posibilidades de retrasar la alta aceleración unos pocos días.

—Sí, sí, lo miraré. —Fedoroff empujaba a Reymont hacia la puerta abierta—. Mañana, por favor...

Demasiado tarde. Ingrid Lindgren entró. Todavía vestía de uniforme, habiendo venido directamente del puente al acabar su turno.

—*¡Gud!* —exclamó ella. Se detuvo inmediatamente.

—Vaya, vaya, Lindgren —dijo Fedoroff frenético—, ¿qué te trae por aquí?

Reymont había dejado de respirar. Su cara estaba desprovista de toda expresión. Se quedó inmóvil, exceptuando los puños que se cerraron hasta que las uñas se hundieron en las palmas y la piel se quedó blanca y tirante sobre los nudillos.

Comenzó un nuevo villancico.

La mirada de Lindgren iba de un hombre al otro. Su rostro había perdido la sangre. Sin embargo, abruptamente se enderezó y dijo:

—No, Boris. No mentiremos.

—No ayudaría —dijo Reymont sin énfasis.

Fedoroff se enfrentó a él.

—Bien, bien —gritó—. ¡Está bien! Hemos estado juntos un par de veces. No es tu esposa.

—Nunca dije que lo fuese —contestó Reymont, con lo ojos fijos en los de ella—. Tenía intención de pedírselo, cuando llegásemos.

—Carl —susurró ella—. Te quiero.

—Sin duda un solo compañero acaba siendo aburrido —dijo Reymont, frío como el invierno—. Te apetece un cambio. Estás en tu derecho, por supuesto. Simplemente pensé que estabas por encima de hacerlo a mis espaldas.

—¡Déjala en paz! —Fedoroff lo agarró sin pensar.

El condestable se echó a un lado. Le golpeó con el borde de las manos. El ingeniero gritó de dolor, se derrumbó sobre la cama y se agarró la muñeca herida con la otra mano.

—No está rota —le dijo Reymont—. Sin embargo, si no te quedas donde estás hasta que me marche te incapacitaré. —Hizo una pausa. Recuperó el juicio—:

No es un desafío a tu hombría. Sé tanto de combate personal como tú de nucleónica. Seamos personas civilizadas. Supongo que de todas formas ella es tuya.

—Carl. —Lindgren dio un paso hacia él. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

Él hizo una reverencia.

—Retiraré mis cosas de tu camarote tan pronto como encuentre uno libre.

—No, Carl, Carl. —Ella agarró su túnica—. Nunca pensé... Escucha, Boris me necesitaba. Sí, lo admito, disfrutaba estando con él, pero nunca fue nada más que amistad... ayuda... mientras que contigo...

—¿Por qué no me dijiste lo que hacías? ¿No tenía derecho a saberlo?

—Lo tenías, lo tenías, pero sentía miedo... algunos comentarios que has hecho... eres celoso... y es innecesario, tú eres el único importante.

—He sido pobre toda mi vida —le dijo—, y tengo el sentido primitivo de la moral de un hombre pobre, además de cierto respeto por la intimidad. En la Tierra puede que haya formas de hacer que la situación... no esté exactamente bien, pero que al menos sea tolerable. Podría luchar como mi rival, o partir en un largo viaje, o tú y yo podríamos mudarnos a otro sitio. Esas opciones no son posibles aquí.

—¿No lo entiendes? —imploró ella.

—¿Lo entiendes tú? —Cerró nuevamente los puños—. No —dijo—, tú honestamente, asumo que honestamente, no crees haberme hecho ningún daño. Los años que nos quedan ya serán lo bastante duros sin tener que mantener ese tipo de relación.

Se soltó.

—Deja de gimotear —dijo él.

Ella tembló y se quedó rígida. Fedoroff gruñó. Empezó a levantarse. Ingrid le indicó que no lo hiciese.

—Así es mejor. —Reymont se acercó a la puerta. Se paró allí y les miró—. No habrá escenas, ni intrigas, ni rencores —afirmó—. Cuando hay cincuenta personas encerradas en un casco, todos se portan bien o todos mueren. Ingeniero Fedoroff, al capitán Telander y a mí nos gustaría ver su informe sobre el tema que vine a discutir tan pronto como pueda. Puede pedir la opinión de la primer oficial Lindgren, teniendo en cuenta que el secreto es preferible hasta que estemos listos para anunciar la decisión. —Durante un instante, el dolor y la furia le dominaron—. Nuestro deber es para con la nave, ¡que el infierno os maldiga! —Volvió a recuperar el control. Golpeó los tacones—. Mis disculpas. Buenas noches.

Se fue. Fedoroff se acercó a Ingrid por la espalda y la rodeó con los brazos.

—Lo siento —dijo embarazado—. Si hubiese imaginado que esto pudiese suceder, nunca...

—No es culpa tuya, Boris. —No se movió.

—Si compartes el camarote conmigo, estaría encantado.

—No, gracias —contestó ella lentamente—. Dejo ese juego por el momento. —Se liberó—. Es mejor que me vaya. Buenas noches.

Él se quedó solo con los bocadillos y el vino.

Santo Niño de Belén,

Rogamos que desciendas sobre nosotros.

Una vez realizados los ajustes necesarios, la *Leonora Christine* incrementó su aceleración pocos días después de la Epifanía.

No produciría ninguna diferencia importante en la duración cósmica del viaje. En cualquier caso, corría en los talones de la luz. Pero al reducir tau con mayor rapidez, alcanzando así valores más bajos en el punto medio, el mayor empuje reduciría apreciablemente el tiempo a bordo.

Extendiendo los campos de recogida con mayor amplitud, intensificando la bola de fuego termonuclear que encendía el motor Bussard, la nave se desplazaba a más de tres gravedades. Eso hubiese añadido casi treinta metros por segundo a baja velocidad. A su velocidad actual, añadía pequeños incrementos que se hacían cada vez más pequeños. Eso desde el punto de vista externo. A bordo, se desplazaba a tres g; y esa medida era igualmente real.

La carga humana no podría soportarlo y vivir mucho tiempo. La tensión sobre el corazón, los pulmones y especialmente en el equilibrio de los fluidos corporales hubiese sido demasiado grande. Las drogas hubiesen ayudado. Afortunadamente, había métodos mejores.

Las fuerzas que acercaban la nave cada vez más a *C* no sólo eran enormes. Eran precisas por necesidad. Eran, de hecho, tan precisas que su interacción con el universo externo —la materia y sus campos de fuerza— podía mantenerse en una resultante casi constante a pesar de los cambios en las condiciones exteriores. De la misma forma, la energía de impulsión podía acoplarse con toda seguridad a campos similares mucho más débiles cuando estos últimos se creasen en el interior del casco.

Esa unión podía entonces operar sobre las asimetrías de los átomos y moléculas para producir una aceleración uniforme con respecto a la del generador interno. En la práctica, sin embargo, el efecto se dejaba incompleto. Una gravedad no se compensaba.

Por tanto el peso a bordo permanecía en un valor terrestre, sin que importase lo alta que fuese la tasa a la que la nave ganaba velocidad.

Ese amortiguamiento sólo era posible a velocidades relativistas. A un ritmo ordinario, una tau grande, los átomos no tenían masa suficiente, eran demasiado caprichosos para agarrarlos bien. A medida que se acercaban a *C*, se hacían más pesados —no para ellos, pero sí para todo fuera de la nave— hasta que la interacción de campos entre la carga y el cosmos podía establecer una configuración estable.

Tres gravedades no era el límite. Con los campos de recogida extendidos por completo, y en regiones donde la materia fuese más densa que allí, como en una nebulosa, podían haber acelerado mucho más. En ese lugar en particular, considerando lo tenue del hidrógeno local, cualquier ganancia posible en tiempo no era suficiente —ya que la fórmula contiene una función hiperbólica— para que valiese la pena reducir los límites de seguridad. Otras consideraciones, por ejemplo la optimización de la masa entrante frente a la minimización de la longitud del camino, también se consideraban en el cálculo del plan de vuelo.

Por tanto, tau no era un factor multiplicado estático. Era dinámico. Su influencia en la masa, el espacio y el tiempo podía observarse como algo fundamental, creando una relación continuamente nueva entre los hombres y el universo por el que viajaban.

En una hora de a bordo, que el calendario decía que correspondía a abril y que el reloj decía que pertenecía a la mañana, Reymont despertó. No se movió, ni parpadeó, ni bostezó o se estiró como la mayoría de los hombres. Se sentó, inmediatamente en alerta.

Chi-Yuen Ai-Ling se había despertado antes. La rapidez de Reymont la cogió arrodillada al estilo asiático al pie de la cama, mirándolo con una seriedad que contrastaba con su ánimo juguetón la noche anterior.

—¿Te pasa algo? —preguntó él.

Ella sólo había demostrado su sorpresa abriendo los ojos. Después de un momento, su sonrisa volvió lentamente a la vida.

—Una vez conocí a un halcón amaestrado —dijo—. Es decir, no estaba domesticado igual que un perro, pero cazaba con su hombre y se dignaba posarse en su muñeca. Tú te despiertas de la misma forma.

—Mm —dijo—. Me refería a ese aire preocupado de tu cara.

—Preocupado no, Charles. Pensativo.

Él admiró su figura. Desvestida no parecía un muchacho. Las curvas de los pechos y caderas eran más sutiles de lo normal, pero eran parte integral del resto de su cuerpo —no pegadas a él como en demasiadas mujeres— y cuando se movía, fluían. También lo hacía la luz por su piel, que tenía el matiz de las colinas alrededor de la Bahía de San Francisco en verano, y la luz en su pelo, que tenía el aroma de todo día de verano en la Tierra.

Estaban en su camarote en el nivel de tripulación, dividido por una pantalla del lado perteneciente a su compañero Foxe-Jameson. Era demasiado monótono para ella. Su propio camarote estaba repleto de belleza.

—¿En qué pensabas? —preguntó él.

—En ti. En nosotros.

—Fue una noche magnífica. —Estiró la mano para acariciarla bajo la barbilla. Ella ronroneó—. ¿Más? Ella volvió a ponerse seria.

—En eso pensaba. —Él arqueó las cejas—. En un acuerdo entre nosotros. Hemos tenido nuestros períodos extravagantes. Al menos, tú los has tenido en los últimos meses. —El rostro de él se ensombreció. Ella continuó—: Para mí, no era tan importante; algo ocasional. No quiero seguir así. Aunque no sea por otra cosa, esos flirteos e intentos, todo el rito del cortejo, una y otra vez... interfiere en mi trabajo. Estoy desarrollando algunas ideas sobre núcleos planetarios. Necesito concentración. Una unión duradera me ayudaría.

—No quiero firmar un contrato —dijo él sombrío.

Ella se agarró los hombros.

—Lo entiendo. No te lo pido. Tampoco te lo ofrezco. Simplemente me gustas más cada vez que hablamos, o bailamos, o pasamos una noche juntos. Eres un hombre tranquilo, casi siempre; fuerte; cortés, conmigo en cualquier caso. Podría ser feliz contigo... nada exclusivo para ninguno de los dos, sólo una alianza, para que toda la nave lo sepa... mientras los dos queramos.

—¡Hecho! —exclamó él y la besó.

—¿Así de rápido? —preguntó, sorprendida.

—Yo también he estado pensando. Estoy tan cansado de buscar. Debería ser fácil vivir contigo. —El recorrió sus caderas con una mano—. Muy fácil.

—¿Qué parte juega tu corazón en esto? —Inmediatamente ella se echó a reír—. No, disculpa, esas preguntas quedan fuera... ¿Nos mudamos a mi camarote?

Sé que a María Toomajian no le importará intercambiar su sitio contigo. De todas formas mantiene su parte cerrada.

—Bien —dijo—. Cariño, todavía nos queda casi una hora antes del desayuno...

La *Leonora Christine* se acercaba a su tercer año de viaje, o al décimo por el cómputo de tiempo de las estrellas, cuando la tragedia cayó sobre ella.

7

Un observador externo, en reposo con respecto a las estrellas, podría haberlo visto antes que la nave porque ésta, a su velocidad, viajaba medio ciega. Incluso sin mejores sensores que los suyos, él hubiese sabido del desastre con unas pocas semanas de antelación. Pero no hubiese tenido forma de gritar una advertencia.

Y de cualquier forma no había ningún observador: sólo la noche, sembrada de una multitud de soles remotos, la catarata helada de la Vía Láctea y el extraño reflejo fantasmagórico de una nebulosa o una galaxia hermana. A nueve años luz del Sol, la nave estaba infinitamente sola.

Una alarma automática despertó al capitán Telander. Mientras intentaba despejarse, la voz de Lindgren llegó por el intercomunicador:

—*¡Kors! ¡Herrens namn!*

El terror lo despertó por completo. Sin detenerse a contestar, salió corriendo de su camarote. Tampoco se habría parado a vestirse si hubiese estado en la cama.

Tal como sucedió, estaba vestido. Tranquilizado por la monotonía del tiempo, había estado leyendo una novela proyectada desde la biblioteca y se había quedado dormido en la silla. Entonces las mandíbulas del universo se cerraron de golpe.

No notó la animación que cubría ahora los mamparos de los corredores, o la elasticidad bajo los pies o el aroma a rosas y lluvia. Oía claramente las vibraciones del motor. Los escalones producían un ruido metálico bajo su paso apresurado, que el pozo repetía.

Apareció en el siguiente nivel y entró en el puente. Ingrid Lindgren estaba al lado del visor. No era muy útil; en aquel momento, era casi un juguete. Cualquier verdad que la nave pudiese comunicar estaba en los instrumentos que parpadeaban por todo el panel frontal. Pero sus ojos no se apartaban del visor.

El capitán pasó a su lado. La alarma que le había llamado todavía destacaba en una pantalla conectada al ordenador astronómico. Leyó. El aire se le escapó por entre los dientes. Desplazó la vista por los otros medidores e indicadores. Una ranura emitió un chasquido y expulsó una hoja impresa. Las letras y cifras representaban una cuantificación: detalles hasta los decimales, después de que llegasen más datos y se hubiesen hecho más cálculos. El Mené, Mené básico permanecía inmutable en la pantalla.

Presionó el botón de alerta general. Las sirenas aullaron, y los ecos resonaron en los corredores. Por el intercomunicador ordenó que todos aquellos que no estuviesen en turnos de trabajo se presentasen en las áreas comunes con el resto de los pasajeros. Después de un momento, con dureza, añadió que los canales permanecerían abiertos para que aquellas personas que seguían en su puesto pudiesen tomar parte en la reunión.

—¿Qué vamos a hacer? —gritó Lindgren de pronto.

—Me temo que muy poco. —Telander se acercó al visor—. ¿Se puede ver algo por aquí?

—Apenas. Creo. El cuarto cuadrante. —Ella cerró los ojos y se volvió.

Él asumió que se refería a la proyección justo al frente y miró hacia allí. Con un gran aumento, el espacio saltó sobre él. La escena estaba algo borrosa y distorsionada. Los circuitos ópticos no podían compensar exactamente esas

velocidades. Pero vio estrellas, diamantes, amatistas, rubí, topacios, esmeraldas, el tesoro de Fafnir. Cerca del centro ardía Beta Virginis. Debería haber tenido el aspecto del Sol, pero el desplazamiento espectral la teñía de azul. Y, sí, en el borde de la percepción... ¿ese hálito? Esa nubecilla de humo, ¿podía destruir a la nave y sus cincuenta vidas humanas?

El ruido lo sacó de su concentración: gritos, patadas, los sonidos del miedo. Se enderezó.

—Mejor voy a popa —dijo con voz plana—. Debo hablar con Boris Fedoroff antes de dirigirme a los demás. —Lindgren se movió para unirse a él—. No, vigile el puente.

—¿Por qué? —Su estado de ánimo le sorprendió—. ¿Ordenanzas?

Él asintió.

—Sí. No ha sido relevada. —Parte de una sonrisa tocó su rostro delgado—. A menos que crea en Dios, las ordenanzas son todo el consuelo que nos queda.

En aquel momento, los adornos y murales del gimnasio-auditorio no tenían más sentido que los resultados del baloncesto o que las ropas brillantes de la gente. No habían tenido tiempo de sacar sillas. Todos estaban de pie. Todas las miradas se fijaron en Telander mientras subía al escenario. Nadie se movió sino para respirar. El sudor brillaba en los rostros y podía olerse. La nave murmuraba alrededor.

Telander puso los dedos sobre el atril.

—Damas y caballeros —dijo al silencio—, tengo malas noticias. —Habló con más rapidez—: Déjenme decirles que nuestras expectativas de supervivencia están lejos de ser desesperadas, según la información actual. Aun así, tenemos problemas. El riesgo se había previsto, pero por su propia naturaleza no podemos prevenirlo, en cualquier caso no en este momento todavía temprano de la tecnología Bussard...

—Al grano, ¡maldita sea! —gritó Norbert Williams.

—Tranquilo —dijo Reymont. Al contrario que la mayoría, que permanecía de pie agarrando manos masculinas y femeninas, él estaba alejado, cerca del escenario. Sobre el mono se había puesto la insignia de autoridad.

—No puede... —Alguien debió golpear a Williams, porque se calló de pronto.

La figura de Telander se puso más tensa.

—Los instrumentos han detectado... han detectado un obstáculo. Una pequeña nebulosa. Extremadamente pequeña, un montón de polvo y gas de no más de unos miles de millones de kilómetros de ancho. Se mueve a una velocidad anormal. Puede que sea el resto de algo mayor expulsado por una supernova, un resto que todavía se mantiene unido por fuerzas hidromagnéticas. O puede que sea una protoestrella. No lo sé.

»El hecho es que vamos a chocar con ella. En unas veinticuatro horas en tiempo de la nave. No sé tampoco lo qué sucederá entonces. Con suerte, puede que superemos el impacto sin sufrir daños serios. De otra forma... si los campos se sobrecargan demasiado y no pueden protegernos... bien, sabíamos que este viaje tenía sus peligros.

Oyó cómo la gente tragaba aire, al igual que él en el puente, y vio cómo los ojos se volvían blancos, los labios temblaban y los dedos dibujaban símbolos en el aire. Continuó:

—No podemos hacer mucho para prepararnos. Reforzar un poco, sí; pero en general, la nave ya es tan resistente como puede serlo. Cuando se acerque el momento, nos protegeremos con arneses de tensión o trajes espaciales. Así... ¿alguna pregunta? —La mano de Williams pasó disparada cerca del hombro del alto M'Botu—. ¿Sí?

La descortesía del químico mostraba más indignación que miedo.

—¡Capitán! La sonda robótica no encontró ningún peligro en esta ruta. Al menos, no envió ninguna información al respecto. ¿No? ¿Quién es el responsable de que nos encontremos en esta situación?

Las voces se elevaron hasta la confusión.

—¡Silencio! —gritó Charles Reymont. Aunque no lo dijo muy alto, expulsó el aire de los pulmones de tal forma que causó impresión. Le dedicaron varias miradas resentidas, pero se restableció el orden.

—Creí haberlo explicado —dijo Telander—. La nube es diminuta para estándares cósmicos, no emite luz y es indetectable a grandes distancias. Posee una gran velocidad, cientos de kilómetros por segundo. Por tanto, aún suponiendo que la sonda siguiese una ruta idéntica a la nuestra, la nebulosa hubiese estado lejos de su camino en aquel momento. Recuerden que eso fue hace más de cincuenta años. Más aún... podemos estar seguros de que la sonda no siguió exactamente nuestra trayectoria. Además de los movimientos relativos del Sol y Beta Virginis, hay que considerar la distancia intermedia. Treinta y dos años luz es más de lo que nuestras pobres mentes pueden imaginar. La mínima variación en la curva que se toma entre estrella y estrella significa una diferencia de muchas unidades astronómicas en el medio.

—No se podía haber predicho —añadió Reymont—. Las probabilidades de encontrarnos con algo así eran muy pequeñas. Pero a alguien tiene que tocarle de vez en cuando.

Telander se enderezó.

—No le di permiso para hablar, condestable —dijo.

Reymont se puso rojo.

—Capitán, intentaba agilizar la reunión, para que ningún idiota le tenga aquí explicándonos lo obvio hasta que choquemos.

—No insulte a sus compañeros, condestable. Y espere a que se le dé permiso antes de hablar.

—Pido el perdón del capitán. —Reymont cruzó los brazos y adoptó una expresión neutra.

Telander habló con cuidado.

—Por favor, no teman hacer preguntas, no importa lo elementales que parezcan. Todos conocen la teoría de la astronáutica interestelar. Pero yo, que la ejerzo como profesión, sé cuán extrañas son las paradojas, lo difícil que es meterlas en la cabeza. Es mejor si todos entienden a qué nos enfrentamos... ¿Doctora Glassgold?

La bióloga molecular bajó la mano y habló con timidez.

—No podemos... es decir... objetos nebulares como ése serían considerados alto vacío en la Tierra. ¿No? Y nosotros... nosotros nos movemos algo por debajo de la velocidad de la luz y vamos más rápidos cada segundo. Por tanto tenemos más masa. Nuestra tau inversa es de quince en estos momentos, creo. Eso quiere decir que nuestra masa es enorme. ¿Cómo puede detenernos un poco de polvo y gas?

—Buena observación —contestó Telander—. Si tenemos suerte, la atravesaremos sin sufrir daños muy grandes. No por completo. Recuerden, el polvo y el gas se mueven a igual velocidad con respecto a nosotros, con el correspondiente incremento en su masa.

»Los campos de fuerza deben actuar sobre ellos, dirigiendo el hidrógeno al sistema de impulsión y desviando la materia lejos del casco. Esa acción ejerce una reacción sobre nosotros. Más aún, se realiza con mucha rapidez. Lo que los campos pueden hacer en, digamos, una hora, pueden no ser capaces de hacerlo en minutos. Debemos esperar que sean capaces, y que los componentes materiales de la nave puedan soportar la tensión.

»He hablado con el ingeniero jefe Fedoroff en su puesto. Cree que es probable que no suframos grandes daños. Admite que su opinión es simple extrapolación. En la era de los pioneros se aprende principalmente por experiencia. ¿Señor Iwamoto?

—¡Chsss! Doy por supuesto que no hay posibilidades de evitarla. Un día a bordo es equivalente a dos semanas en tiempo cósmico, ¿no? ¿No tenemos oportunidades de bordear esta nebu-nebulosa?

—No, me temo que no. En nuestro propio sistema de referencia, estamos acelerando a unas tres gravedades. En términos del universo externo, sin embargo, esa aceleración no es constante, sino decreciente. Por tanto no podemos variar el curso con rapidez. Incluso un vector normal a nuestra velocidad no nos apartaría lo suficiente para evitar el encuentro. Además, no hemos tenido tiempo para preparar un cambio tan drástico del plan de vuelo. ¡Ah!, ¿segundo ingeniero M'Botu?

—¿Ayudaría si desaceleramos? Debemos mantener uno u otro modo operativo en todo momento, ya sea un impulso frontal o trasero. Pero creo que desacelerar ahora aliviaría la colisión.

—Los ordenadores no han hecho ninguna recomendación sobre eso. Probablemente la información es insuficiente. En el mejor caso, el porcentaje de diferencia en velocidad no sería muy grande. Me temo... creo que no tenemos otra elección que... ah...

—Taladrarla —dijo Reymont en inglés. Telander le lanzó una mirada de enfado. A Reymont no pareció importarle.

A medida que avanzaba la discusión, sin embargo, su mirada iba de orador a orador y las líneas entre boca y nariz se hicieron más profundas. Cuando finalmente Telander dijo: «Se levanta la sesión», el condestable no volvió con Chi-Yuen. Se abrió camino casi brutalmente entre los demás y tiró de la manga del capitán.

—Creo que es mejor que tengamos una charla privada, señor —declaró. El borde cortante de su voz, una entonación que había ido perdiendo, volvía a manifestarse.

Telander respondió con frialdad:

—Ahora no es el momento de negarle a los demás el acceso a los hechos, condestable.

—Oh, digamos que es amabilidad, que nos vamos a trabajar a solas en lugar de molestar a los demás —respondió Reymont impaciente.

Telander suspiró.

—Entonces, venga conmigo al puente. Estoy demasiado ocupado para mantener conferencias especiales.

Un par de personas parecían tener otra opinión, pero Reymont los ahuyentó con una mirada y un ladrido. Telander rió forzosamente un poco al cruzar la puerta.

—Usted puede ser útil —admitió.

—¿Como alguien que hace el trabajo sucio en un parlamento? —dijo Reymont—. Me temo que tendré otras ocupaciones además de ésa.

—Posiblemente en Beta 3. Un especialista en rescate y control de desastres será necesario cuando lleguemos allí.

—Es usted el que oculta hechos, capitán. Está muy afectado por eso a lo que nos enfrentamos. Sospecho que nuestras posibilidades no son tan buenas como pretende. ¿Tengo razón?

Telander miró a su alrededor y no contestó hasta que estuvieron solos en la escalera. Bajó el volumen de su voz.

—Simplemente no lo sé. Tampoco lo sabe Fedoroff. Ninguna nave Bussard ha sido probada bajo las condiciones que se avecinan. ¡Evidentemente! O las superamos en buena forma o moriremos. En ese último caso, no creo que sea por enfermedad de radiación. Si ese material penetra las defensas y nos golpea, acabará con todos, una muerte rápida y limpia. No vi razón para hacer que las horas que se avecinan sean peores extendiéndome sobre esa posibilidad.

Reymont frunció el ceño.

—No ha considerado una tercera posibilidad. Podemos sobrevivir, pero en malas condiciones.

—¿Cómo podríamos?

—Es difícil decirlo. Quizá tengamos mala suerte y muera personal. Personal clave, que no nos podemos permitir perder... y no es que cincuenta sea un gran número —dijo Reymont. Las pisadas resonaban sordas frente al murmullo de las energías—. En general reaccionaron bien —añadió—. Se les eligió por su coraje y frialdad, además de salud e inteligencia. En unos pocos casos, la elección puede que no fuese del todo acertada. Supongamos que nos encontramos, digamos, impedidos. ¿Entonces? ¿Cuánto tiempo durará la moral o la cordura? Quiero estar preparado para mantener la disciplina.

—En ese asunto —respondió Telander, frío una vez más—, recuerde por favor que actúa bajo mis órdenes y sujeto a los reglamentos de la expedición.

—Maldita sea —estalló Reymont—. ¿Por quién me toma? ¿Por un futuro Mao? Le pido autorización para delegar en algunos hombres de confianza y prepararles con sigilo para las emergencias. Les daré armas, pero sólo aturdidores. Si nada va mal, o si algo va mal pero la gente se comporta, ¿qué podemos perder?

—La confianza mutua —dijo el capitán.

Llegaron al puente. Reymont entró con su acompañante, todavía discutiendo. Telander hizo un gesto para acallarle y fue hacia la consola de control.

—¿Algo nuevo? —preguntó.

—Sí. Los instrumentos han comenzado a dibujar un mapa de densidad —contestó Lindgren. Se había sorprendido al ver a Reymont y habló mecánicamente, sin mirarle—. Está recomendado... —Señaló la pantalla y las últimas impresiones.

Telander las estudió.

—Hmm. Parece que podemos pasar a través de una región ligeramente menos gruesa de la nebulosa, si generamos un vector lateral activando los desaceleradores números tres y cuatro junto con todo el sistema de aceleración... un procedimiento que tiene sus propios peligros. Esto exige una discusión. —Activó los controles del intercomunicador y habló brevemente con Fedoroff y Boudreau—. En la sala de ruta. ¡Deprisa!

Se volvió para salir.

—Capitán... —intentó Reymont.

—Ahora no —dijo Telander. Sus piernas recorrieron la cubierta.

—Pero...

—La respuesta es no. —Telander desapareció por la puerta.

Reymont se quedó donde estaba, con la cabeza gacha y encorvado de hombros, como dispuesto a cargar. Pero no tenía a donde ir. Ingrid Lindgren lo miró durante un tiempo —un minuto o más, en la cronología de la nave, que fue un cuarto de hora en la vida de los planetas y las estrellas— antes de hablar, con mucha suavidad.

—¿Qué querías de él?

—¡Oh! —Reymont adoptó su postura normal—. Su orden para reclutar una reserva policial. Me respondió con algo estúpido sobre no confiar en mis compañeros.

Sus ojos se enfrentaron.

—Y no dejarles en paz en las que podrían ser sus últimas horas —dijo ella. Era la primera ocasión desde la ruptura en que habían dejado de hablarse con perfecta corrección.

—Lo sé. —Reymont escupió las palabras—. Creen que tienen poco que hacer excepto esperar. Así que emplearán el tiempo... hablando; leyendo sus poemas favoritos; comiendo sus comidas favoritas, con mucho vino, botellas terrestres; oyendo música, ópera y viendo ballet y cintas de teatro, o en algunos caso algo más animado, incluso algo más obsceno; hacer el amor. Especialmente hacer el amor.

—¿Eso es malo? —preguntó ella—. Si debemos morir, ¿no deberíamos hacerlo en una forma civilizada, decente y exaltando la vida?

—Siendo algo menos civilizados, etcétera, podríamos incrementar nuestras oportunidades de no morir.

—¿Temes morir?

—No, simplemente me gusta vivir.

—Lo dudo —dijo ella—. Supongo que no puedes evitar ser tosco. Un resultado de tu pasado. ¿Qué hay, sin embargo, de tu falta de ganas de superarlo?

—Sinceramente —contestó—, viendo en qué convierte la educación y la cultura a la gente, cada vez estoy menos interesado en adquirirlas.

La emoción se apoderó de ella. Se le empañaron los ojos, y acercó a él y dijo:

—Oh, Carl, ¿vamos a pelearnos por lo mismo otra vez, ahora que posiblemente sea nuestro último día con vida? —Él estaba rígido. Ella siguió hablando con rapidez—: Te amaba. Te quería como mi compañero de por vida, el padre de mis hijos, ya fuese en Beta 3 o en la Tierra. Pero estamos tan solos, todos nosotros, aquí entre las estrellas. Debemos dar todo el cariño que podamos, y aceptarlo, o estaríamos peor que muertos.

—A menos que podamos controlar nuestras emociones.

—¿Crees que con Boris sentía alguna emoción... algo más que amistad, deseos de ayudarle a superar su herida, y el deseo de asegurarme de que no se enamorase en serio de mí? Y los reglamentos dicen, en muchas palabras, que no

podemos tener matrimonios formales durante el viaje, porque ya de por sí estamos muy restringidos y limitados...

—Por tanto tú y yo terminamos una relación que era insatisfactoria.

—¡Tú has formado otras muchas! —le reprochó ella.

—Durante un tiempo. Hasta que encontré a Ai-Ling. Tú te has dedicado a dormir por ahí otra vez.

—Tengo necesidades normales. No me he establecido... no me he comprometido —tragó saliva— como tú.

—Ni yo tampoco, excepto que uno no abandona a un compañero cuando las cosas se ponen difíciles. —Reymont se encogió de hombros—. No importa. Como das a entender, ambos somos individuos libres. No fue fácil, pero finalmente me he convencido de que no es razonable ni positivo que mantenga una enemistad sólo porque tú y Fedoroff ejercisteis esa libertad. No dejes que yo estropee tu diversión cuando termines tu turno.

—Ni yo la tuya. —Se frotó violentamente los ojos.

—De hecho, estaré ocupado casi hasta el último minuto. Ya que no se me permite reclutar a nadie, voy a pedir voluntarios.

—¡No puedes!

—No se me prohibió estrictamente. Prepararé, en privado, a algunos pocos hombres que tal vez estén de acuerdo conmigo. Nos convertiremos en una fuerza de espera, alerta para hacer aquello que podamos. ¿Vas a decírselo al capitán?

Ella se volvió dándole la espalda.

—No —dijo—. Por favor, vete.

Él se fue haciendo resonar las botas en el corredor.

Todo lo que podía hacerse se había hecho. Ahora, embutidos en trajes espaciales y metidos en arneses de seguridad anclados a las camas, la tripulación de la *Leonora Christine* esperaba el impacto. Algunos dejaron conectadas las radios de los cascos para poder hablar con sus compañeros de habitación; otros preferían la soledad. Con la cabeza inmóvil, ninguno podía ver al otro, nada excepto la desnudez del techo.

El camarote de Reymont y Chi-Yuen parecía menos alegre que la mayoría. Ella había guardado los tapices de seda que habían suavizado los mamparos y techos, la mesa de patas cortas que había hecho para sostener un cuenco de la dinastía Han, con agua y una piedra, los rollos con un sereno paisaje montañoso y la caligrafía de su abuelo, las ropas, el juego de costura, la flauta de bambú. La luz fluorescente caía desoladora sobre superficies sin pintar.

Aunque tenían conectadas las radios, habían permanecido un rato en silencio. Él escuchaba el sonido lento de su corazón y la respiración de ella.

—Charles —dijo Chi-Yuen finalmente.

—¿Sí? —Él habló con la misma tranquilidad.

—Lo he pasado bien contigo. Desearía poder tocarte.

—Lo mismo digo.

—Hay una forma. Déjame tocar tu ser.

Sorprendido, no supo qué responder. Ella siguió hablando.

—Siempre has mantenido gran parte de ti escondida. No creo que sea la primera mujer que te lo dice.

—No lo eres. —Ella podía sentir lo difícil que le era decirlo.

—¿Estás seguro de que no cometías un error?

—¿Qué hay que explicar? No me importan esos tipos cuyos intereses son sus pequeñas y tontas neurosis personales. No en un universo tan rico como éste.

—Nunca me has hablado de tu infancia, por ejemplo —dijo—. Yo he compartido la mía contigo.

La respuesta sonó casi alegre.

—Considérate afortunada. Los niveles bajos de Polyugorsk no eran agradables.

—He oído hablar de las condiciones en ese lugar. Nunca he entendido cómo pudo producirse esa situación.

—La Autoridad de Control no podía hacer nada. No había peligro para la paz mundial. Los jefes locales eran demasiado útiles, de demasiadas formas distintas, para las grandes figuras internacionales como para deshacerse de ellos. Como algunos de los señores de la guerra de tu país, supongo, o los Leopardos de Marte antes de que estallase la lucha. Se podía sacar mucho dinero en la Antártida, por aquellos a los que no les importaba agotar los últimos recursos, matar la última vida salvaje, violar la última frontera blanca... —Se detuvo. Había estado alzando la voz—. Bien, eso quedó atrás. Me pregunto si la especie humana lo hará mejor en Beta 3. Lo dudo mucho.

—¿Cómo aprendiste a preocuparte por esas cosas? —preguntó ella en voz baja.

—Para empezar, un profesor. Mi padre fue asesinado cuando yo era muy joven, y cuando cumplí los doce años mi madre casi había caído a lo más bajo. Sin embargo, teníamos a ese hombre, Melikot, un abisinio, no sé cómo acabó en aquel infierno de escuela, pero vivía para nosotros y para lo que enseñaba, lo sentíamos y nuestros cerebros se despertaron... No estoy seguro si me hizo un favor. Empecé a pensar y leer; ello me llevó a hablar y hacer, y eso me trajo problemas hasta que tuve que huir a Marte, no importa cómo... Sí, supongo que a la larga fue un favor.

—¿Ves? —dijo ella sonriendo en su casco—, no es tan difícil quitarse la máscara.

—¿Qué quieres decir? —exigió él—. Intento complacerte, no más.

—Porque puede que pronto estés muerto. Eso también me enseña algo sobre ti, Charles. Empiezo a ver el porqué de las cosas, el hombre tras ellas. Por qué en el Sistema Solar decían que eras honesto pero tacaño, por mencionar un detalle trivial. Por qué eres a menudo brusco y nunca intentas vestirte con elegancia aunque te sentaría bien, y escondes ese carácter posesivo tuyo tras un «Ve por tu propio camino si no quieres seguir el mío» que puede ser muy frío, y...

—¡Un momento! ¿Un psicoanálisis a partir de unos pocos hechos elementales de cuando era niño?

—Oh no, no. Eso sería ridículo, estoy de acuerdo. Pero un poco de comprensión, por la forma en que lo contaste. Un lobo en busca de una guarida.

—Ya basta.

—Por supuesto. Estoy contenta de que tú... No más, nunca más, a menos que quieras. —El estado de ánimo de Chi-Yuen permaneció evidentemente en su conciencia porque comentó—: Echo de menos los animales. Más de lo que esperaba.

»Teníamos carpas y pájaros cantores en la casa de mis padres. Jacques y yo teníamos un gato en París. Hasta que hemos viajado tanto, nunca había entendido que gran parte del mundo son el resto de los animales de la creación. Los grillos en las noches de verano, una mariposa, un colibrí, un pez saltando en el agua, gorriones en las calles, caballos con morros de terciopelo y olor cálido... ¿Crees que encontraremos algo parecido a animales terrestres en Beta 3?

La nave chocó.

Fue un cambio demasiado rápido con una pauta de asalto demasiado grande. El delicado baile de energías que equilibraba las presiones de la aceleración no podía continuar. Los coreógrafos informáticos rompieron un circuito, cerrando ese sistema en particular, antes de que la retroalimentación positiva lo destruyese.

Los pasajeros sintieron su peso desplazarse y cambiar. Un gigante se sentó en cada pecho y apretó cada garganta. La oscuridad cubrió los ojos. El sudor corría, los corazones martilleaban, los pulsos saltaban. Ese ruido fue contestado por la nave, un rugido metálico, un desgarrón y una rotura. No había sido diseñada para tensiones como aquélla. Sus factores de seguridad eran pequeños; la masa era demasiado preciosa. Y tragaba átomos de hidrógeno hinchados hasta tener el peso del nitrógeno o el oxígeno, partículas de polvo convertidas en meteoritos. La velocidad redujo longitudinalmente la nube, era delgada y la atravesó en minutos. Pero por la misma razón, para ella la nebulosa ya no era una nube. Era una pared casi sólida.

Las pantallas de fuerza exteriores absorbieron los golpes, desviaron la materia a los lados en chorros turbulentos y protegieron el casco contra todo excepto la reducción de velocidad. La reacción era inevitable en los campos mismos y por tanto en los dispositivos exteriores que los producían y controlaban. Se deshicieron estructuras. Se fundieron componentes electrónicos. Líquidos criogénicos hirvieron en contenedores fracturados.

De esa forma uno de los fuegos termonucleares se apagó.

Las estrellas vieron el suceso de otra forma. Vieron una masa tenue y oscura golpeada por un objeto increíblemente rápido y denso. Las fuerzas hidromagnéticas atraparon átomos, los retorcieron, los ionizaron y los unieron. La radiación brilló. El objeto quedó rodeado de un resplandor meteórico. Durante la hora de su paso, horadó un túnel a través de la nebulosa. El túnel era más ancho que la nave, porque la onda de choque se extendía hacia fuera, y hacia fuera y hacia fuera, destruyendo la estabilidad que hubiese podido haber allí, expulsando sustancia al exterior en chorros y jirones.

Si allí había habido soles y planetas en embrión, ya no se formarían jamás.

El invasor pasó. No había perdido demasiada velocidad. Acelerando una vez más, se alejó hacia estrellas aún más lejanas.

9

Reymont luchó por recuperar la conciencia. No podía haber estado inconsciente mucho tiempo, ¿no? Los sonidos habían cesado. ¿Estaba sordo? ¿Se había escapado el aire por algún agujero? ¿Estaban apagados los escudos, le había atravesado la muerte gamma?

No. Cuando puso atención pudo distinguir el ritmo débil de la potencia. El fluoropanel brillaba constante frente a su campo de visión. La sombra de su arnés caía sobre el mamparo y tenía los bordes borrosos que indicaban la presencia de atmósfera. El peso había vuelto a un solo g. La mayor parte de los sistemas automáticos de la nave, al menos, debía estar funcionando.

—Al infierno con el melodrama —se oyó decir. Su voz le llegó como de lejos, como si fuese la de un extraño—. Tenemos que trabajar.

Luchó con las correas. Los músculos le palpitaban y le dolían. Un hilillo de sangre, con sabor a sal, le salía de la boca. ¿O era sudor? *Nichevo*. Estaba operacional. Se arrastró para liberarse, abrió el casco, olió —un ligero olor a quemadura y ozono, nada serio— y emitió un profundo suspiro de alivio.

El camarote era una cuadra. Los cajones se habían abierto y habían desperdigado el contenido. No le importó demasiado. Chi-Yuen no había contestado a sus llamadas. Se abrió paso a través de las ropas esparcidas hasta la forma menuda. Quitándose los guantes, abrió el visor de la mujer. Su respiración parecía normal, ningún resuello o borboteo que indicase heridas internas. Cuando levantó un párpado, la pupila estaba dilatada. Probablemente sólo se había desmayado.

Se liberó de su traje, localizó la pistola aturdidora y se la colocó. Otros podrían necesitar ayuda con más urgencia. Salió.

Boris Fedoroff bajaba ruidosamente las escaleras.

—¿Cómo va? —te saludó Reymont.

—Voy a ver —le respondió el ingeniero y desapareció.

Reymont forzó una sonrisa agria y se metió en la mitad de camarote de Johann Freiwald. El alemán también se había quitado el traje espacial y estaba sentado en la cama.

—*Raus mit dir* —dijo Reymont.

—Tengo un dolor de cabeza como si la tuviese llena de carpinteros —protestó Freiwald.

—Te ofreciste a estar en nuestro equipo. Creí que eras un hombre.

Freiwald le dirigió a Reymont una mirada airada pero se movió.

Los reclutas del condestable estuvieron ocupados durante la hora siguiente. Los astronautas de verdad estuvieron aún más ocupados, inspeccionando, midiendo y conferenciando en tonos callados. Eso les daba muy pocas oportunidades de sentir dolor o dejar que el terror creciese. Los científicos y técnicos no tenían ese calmante. Del hecho de estar vivos y de que la nave parecía funcionar como antes podían haberse sentido felices... sólo que ¿por qué no hacía Telander una declaración? Reymont los llevó a las áreas comunes, hizo que algunos preparasen café y que otros cuidasen de los más heridos. Al final se sintió con libertad de dirigirse al puente.

Se detuvo para ver a Chi-Yuen, como había hecho a intervalos. Por fin estaba despierta, se había liberado pero había caído en la cama antes de poder quitarse todo el traje. Una pequeña luz brilló en ella cuando le vio.

—Charles —susurró.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Me duele, y parece que no tengo fuerzas, pero...

Le quitó el resto del traje. Ella hizo una mueca de dolor ante su brusquedad.

—Sin esta carga, deberías ser capaz de ir al gimnasio —dijo—. El doctor Latvala te examinará. Nadie está demasiado herido, así que no es probable que tú lo estés. —La besó, un breve roce de labios sin sentido—. Siento ser tan poco caballeroso. Tengo prisa.

Se fue. La puerta del puente estaba cerrada. Llamó. Fedoroff gritó desde el interior.

—No se puede entrar. Espere a que el capitán se dirija a ustedes.

—Soy el condestable —respondió Reymont.

—Bien, vaya a realizar sus funciones.

—He reunido a los pasajeros. Se les está pasando la conmoción. Empiezan a comprender que algo no está bien. No saber qué, en su condición actual, los destrozará. Puede que no podamos volver a pegar los trozos.

—Dígales que se les informará pronto —dijo Telander sin confianza.

—¿No debería decírselo usted, señor? El intercomunicador funciona, ¿no? Dígales que está evaluando los daños para poder establecer un programa urgente de reparaciones. Pero le sugiero, capitán, que primero me deje escoger las palabras justas para explicar el desastre.

La puerta se abrió. Fedoroff agarró a Reymont por el brazo e intentó meterlo dentro. Reymont se liberó de un golpe, una llave de judo. Levantó la mano lista para golpear.

—No vuelva a hacer eso —dijo. Entró en el puente y cerró la puerta él mismo.

Fedoroff gruñó y cerró los puños. Lindgren corrió presurosa a su lado.

—No, Boris —le pidió—. Por favor.

El ruso se apaciguó, todavía tenso. Miraron a Reymont en la quietud acompasada: capitán, primer oficial, ingeniero jefe, oficial de navegación, director de biosistemas. Miró más allá de ellos. Los paneles habían sufrido daños; varios indicadores tenían agujas torcidas, pantallas rotas y cables sueltos.

—¿Es ése el problema? —preguntó señalando.

—No —dijo Boudreau, el navegante—. Tenemos repuestos.

Reymont buscó el visor. Los circuitos compensadores también estaban muertos. Fue hasta el periscopio electrónico y puso la cara dentro del visor.

Un simulacro hemisférico apareció ante él en la oscuridad, la escena distorsionada que hubiese presenciado fuera de la nave. Las estrellas se apiñaban al frente, y eran menos frecuentes en dirección a la nave; brillaban con un color azul acero, violeta y rayos X. A popa la disposición se aproximaba a la que había sido familiar —pero no demasiado—, y aquellos soles estaban rojizos, como ascuas avivadas por el tiempo. Reymont se estremeció un poco y volvió a sacar la cabeza a la cómoda pequeñez del puente.

—¿Bien? —dijo.

—El sistema de desaceleración... —Telander cruzó los brazos—. No podemos detenernos.

Reymont permaneció impasible.

—Siga.

Habló Fedoroff. Sus palabras parecían desdeñosas.

—Recordará, supongo, que activamos la parte de desaceleración del módulo Bussard para producir y operar dos unidades. Su sistema es diferente del de aceleración, ya que para reducir la velocidad no empujamos gas a través de un ramjet sino que invertimos su impulso.

Reymont no se inmutó por el insulto. Lindgren aguantó la respiración. Después de un momento Fedoroff perdió fuerza.

—Bien —dijo cansado—, los aceleradores también estaban utilizándose, a una potencia mucho mayor. Sin duda por esa razón la intensidad de sus campos los protegieron. Los desaceleradores... Están estropeados. Destrozados.

—¿Cómo?

—Sólo podemos determinar que hubo daños materiales en los controles exteriores y en los generadores, y que la reacción termonuclear que los alimenta se ha apagado. Como los indicadores del sistema no dicen nada, deben estar destruidos, no sabemos exactamente qué va mal.

Fedoroff miró al suelo. Siguió hablando, más un soliloquio que un informe.

Un hombre desesperado repite hechos evidentes una y otra vez.

—Por la naturaleza de este caso, los desaceleradores deben haber sido sometidos a mayores tensiones que los aceleradores. Supongo que esas fuerzas, reaccionando a través de los campos hidromagnéticos, rompieron la estructura material en esa parte del módulo Bussard.

»Podríamos repararlo, sin duda, si pudiésemos salir al exterior. Pero tendríamos que acercarnos demasiado a la bola de fuego del núcleo de potencia de los aceleradores en la botella magnética. La radiación nos mataría antes de que pudiésemos hacer nada útil. Lo mismo se aplica a cualquier robot de control remoto que pudiésemos construir. Por ejemplo, ya sabe lo que la radiación a esos niveles puede hacerle a los transistores. Por no mencionar los efectos inductivos de los campos de fuerza.

»Y, por supuesto, no podemos apagar los aceleradores. Eso significaría desconectar todos los campos, incluyendo los escudos, que sólo el núcleo de potencia exterior puede mantener. A nuestra velocidad, el bombardeo de hidrógeno produciría suficientes rayos gamma e iones como para freírnos a todos en unos minutos.

Se quedó en silencio, menos como un hombre que ha terminado de hablar que como una máquina que se apaga.

—¿No tenemos ningún control direccional? —preguntó Reymont, todavía sin ninguna emoción.

—Sí, sí, eso sí lo tenemos —dijo Boudreau—. La forma de aceleración puede cambiarse. Podemos reducir cualquiera de los tubos Venturi y potenciar los demás... podemos producir un vector lateral tanto como frontal. Pero no lo entiende, no importa qué camino tomemos, debemos seguir acelerando o moriremos.

—Acelerando para siempre —dijo Telander.

—Al menos —susurró Lindgren—, podemos permanecer en la galaxia. Dando vueltas y vueltas alrededor del núcleo. —Dirigió la vista hacia el periscopio, y supieron lo que pensaba: tras esa cortina de extrañas estrellas azules estaba la oscuridad, el vacío intergaláctico, el exilio definitivo—. Al menos... podremos envejecer... con soles a nuestro alrededor. Incluso si no podemos volver a tocar un planeta.

Los rasgos de Telander se contrajeron.

—¿Cómo se lo digo a nuestra gente? —gruñó.

—No tenemos ninguna esperanza —dijo Reymont. No era realmente una pregunta.

—Ninguna —contestó Fedoroff.

—Oh, podemos vivir nuestra vida aquí... llegar a una edad razonable, aunque no la misma que permitiría normalmente el tratamiento antisenectud —le dijo Pereira—. Los biosistemas y los sistemas de ciclo orgánico están intactos. Podríamos incluso aumentar la productividad. No hay que temer al hambre inmediata, o a la sed o a la asfixia. Es verdad que la ecología cerrada, el reciclado, no es eficiente al cien por cien. Sufriremos pérdidas lentas, un lento deterioro. Una nave espacial no es un mundo. El hombre no es un diseñador tan inteligente ni un diseñador a gran escala tan bueno como Dios. —Su sonrisa era cadavérica—. No aconsejo que tengamos hijos. Intentarían respirar cosas como acetona, mientras sobrevivirían sin cosas como fósforo y nos sofocarían en cerumen y pelusa de ombligo. Creo que podremos sacarle unos cincuenta años más de vida a nuestros aparatos. En estas circunstancias, pienso que es mucho tiempo.

Lindgren habló mirando a los mamparos como si pudiese ver a través de ellos:

—Cuando el último de nosotros muera... Debemos establecer una desconexión automática. La nave no debe seguir funcionando después de nuestra muerte. Que la radiación haga lo que debe, que la fricción cósmica la rompa en trozos y que los fragmentos vaguen por el infinito.

—¿Por qué? —preguntó Reymont.

—¿No es evidente? Si establecemos una ruta circular... consumiendo hidrógeno, viajando cada vez más rápido, haciendo que tau sea cada vez más pequeña a medida que pasan los milenios... nos haremos más masivos. Podríamos acabar devorando la galaxia.

—No, eso no —dijo Telander. Se refugió en la pedantería—. He visto los cálculos. Alguien se preocupó una vez de lo que podría hacer una nave Bussard fuera de control. Pero como ha dicho el señor Pereira, cualquier obra humana es insignificante allá fuera. Tau tendría que ser del orden de, digamos, diez a la menos veinte antes de que la masa de la nave fuese igual a la de una estrella pequeña. Y las probabilidades de chocar contra algo más importante que una nebulosa son astronómicamente minúsculas. Además, sabemos que el universo es finito en el espacio y el tiempo. Dejaría de expandirse y se colapsaría antes de que tau se hiciese tan pequeña. Vamos a morir. Pero el cosmos está a salvo de nosotros.

—¿Cuánto tiempo podremos vivir? —se preguntó Lindgren. Interrumpió a Pereira—. Quiero decir potencialmente. Si dice medio siglo, le creo. Pero creo que en un año o dos dejaremos de comer, o nos cortaremos la garganta, o decidiremos apagar los aceleradores.

—No si puedo evitarlo —le respondió inmediatamente Reymont.

Le lanzó una mirada triste.

—¿Quieres decir que continuarías... no sólo aislado de la humanidad, sin vivir en la Tierra, sino de toda la creación?

Él a su vez la miró con firmeza. Su mano derecha descansaba sobre la culata de la pistola.

—¿No tienen tantas agallas? —contestó.

—¡Cincuenta años dentro de este ataúd volador! —casi gritó—. ¿Cuántos años serán fuera?

—Calma —la advirtió Fedoroff, y la agarró por la cintura. Ella se agarró a él y respiró profundamente.

Boudreau habló tan cuidadosamente tranquilo como Telander:

—La relación temporal parece algo académica en nuestra situación, ¿*n'est-cepas*? Depende de lo que hagamos. Si seguimos en línea recta, naturalmente nos encontraremos con un medio menos denso. El ritmo de decrecimiento de tau se hará proporcionalmente más lento al entrar en el espacio intergaláctico. Al contrario, si intentamos una ruta circular que nos lleve a través de concentraciones más densas de hidrógeno, podríamos obtener una tau inversa muy grande. Podríamos ver pasar miles de millones de años. Podría ser maravilloso. —Sonrió forzadamente, un resplandor en la barba larga—. También nos tenemos los unos a los otros. Buena compañía. Estoy con Charles. Hay mejores formas de vivir, pero también peores.

Lindgren se refugió en el pecho de Fedoroff. Él la sostuvo y la acarició torpemente con una mano. Después de un rato (una hora o así en la historia de las estrellas) volvió a levantar la cara.

—Lo siento —aceptó ella—. Tienes razón. Nos tenemos unos a otros. —Paseó la mirada por ellos, acabando en Reymont.

—¿Cómo voy a decírselo? —suplicó el capitán.

—Le sugiero que no lo haga —contestó Reymont—. Que la primer oficial dé la noticia.

—¿Qué?—dijo Lindgren.

—Eres *nice* —contestó él—. Lo recuerdo.

Se liberó del abrazo de Fedoroff y dio un paso hacia Reymont.

De pronto el condestable se tensó. Permaneció un segundo como si estuviese ciego, antes de darse la vuelta y encararse con el navegante.

—¡Eh! —exclamó—. Tengo una idea. ¿Sabe...?

—Si crees que yo debería... —había empezado a decir Lindgren.

—Ahora no —le dijo Reymont—. Auguste, vamos a la mesa. Tenemos cosas en que pensar... ¡rápido!

10

El silencio seguía y seguía. Desde la tarima, donde se encontraba con Lars Telander, Ingrid Lindgren miraba al grupo. Ellos le devolvían la mirada. Y nadie en aquella habitación podía encontrar palabras.

Las suyas habían sido elegidas con cuidado. La verdad era menos terrible en su garganta que en la de ningún hombre. Pero cuando llegó al punto medio previsto...

—Hemos perdido la Tierra, hemos perdido Beta 3, hemos perdido la humanidad a la que pertenecíamos. Nos queda el coraje, el amor, y, sí, esperanza. —No pudo continuar. Se quedó con los labios atrapados entre los dientes, con los dedos entrelazados y lentas lágrimas que le salían de los ojos.

Telander se movió.

—Ah... si pudiesen —intentó—. Por favor, presten atención. Existen medios... —La nave se burló de él con gritos de truenos lejanos.

Glassgold no aguantó más. No lloró con estrépito, pero al intentar detenerse hizo que el sonido fuese más patético. M'Botu, a su lado, intentó consolarla. Él, sin embargo, se había refugiado en tal estoicismo que podía haber sido un robot. Iwamoto se alejó de ellos, de todos ellos; podía verse cómo llevaba su alma a algún nirvana con una cerradura en la puerta. Williams agitó los puños en alto y blasfemó. Otra voz, femenina, empezó a gemir. Una mujer miró al hombre con el que formaba pareja y dijo:

—¿Tú, para toda la vida? —Y se alejó. El intentó seguirla y chocó con un pasajero que le lanzó un gruñido y se ofreció a pelear si no se disculpaba.

Un hormigueo recorrió toda la masa humana.

—Escúchenme —dijo Telander—. Por favor, escuchen.

Reymont se liberó del brazo con que Chi-Yuen Ai-Ling lo agarraba, en la primera fila, y subió de un salto a la tarima.

—Nunca los convencerá de esa forma —dijo *sotto voce*—. Está usted acostumbrado a profesionales disciplinados. Déjeme que maneje a estos civiles. —Se volvió a ellos—. ¡Calma! —Su grito se repitió en los ecos—. Cerrad la boca. Actuad como adultos por una vez. No tenemos personal para cambiaros los pañales.

Williams gritó resentido. M'Botu enseñó los dientes. Reymont desenfundó el aturdidor.

—¡Quedaos quietos! —Bajó el volumen de su voz, pero todos lo oyeron—. El primero que se mueva queda fuera de combate. Después lo someteremos a una corte marcial. Soy el condestable de esta expedición, y tengo la intención de mantener el orden y la cooperación efectiva. —Cambió a un tono malicioso—. Si creen que me excedo en mi autoridad, pueden presentar una queja en la oficina apropiada de Estocolmo. Pero ahora, ¡me escucharán!

Su abuso verbal activó la adrenalina de todos. El autocontrol regresó con mayor vigor. Estaban enfadados pero esperaron alerta.

—Bien. —Reymont se volvió amable y enfundó el arma—. No hablaremos más de esto. Comprendo que han recibido un golpe que nadie estaba preparado psicológicamente para sufrir. Aun así, tenemos un problema. Y tiene una solución, si podemos trabajar juntos. Repito: si.

Lindgren se había tragado el llanto.

—Creía que se suponía que yo... —dijo.

Él agitó la cabeza hacia ella y continuó:

—No podemos reparar los desaceleradores porque no podemos desconectar los aceleradores. La razón es, como se les ha dicho, que a grandes velocidades debemos tener activados los campos de fuerza de uno u otro sistema para protegernos del gas interestelar. Por tanto, parece que estamos atrapados en esta nave. Bien, a mí tampoco me gusta la idea, aunque creo que podríamos soportarlo. Los monjes medievales vivían peor.

»Sin embargo, hablando en el puente se nos ocurrió una idea. Una posibilidad de escapar, si mantenemos la calma y la determinación. El oficial de navegación Boudreau hizo unos cálculos preliminares para mí. Después llamamos al profesor Nilsson para que nos diese su opinión experta.

El astrónomo se aclaró la garganta y adoptó un aire de importancia. Jane Sadler parecía menos impresionada que los demás.

—Tenemos una oportunidad de éxito —les informó Reymont.

Un sonido como de viento recorrió la asamblea.

—¡No nos haga esperar! —gritó la voz de un joven.

—Me alegra ver algo de espíritu —dijo Reymont—. Todo debe hacerse con precisión o estaremos perdidos. Para que no sea muy largo, después el capitán Telander y los especialistas les darán los detalles, aquí está la idea.

Su tono podía haber sido el empleado para describir una nueva forma de llevar la contabilidad.

—Si encontramos una región donde apenas haya gas, podremos desconectar los campos con seguridad, y nuestros ingenieros podrán salir fuera para reparar el sistema de desaceleración. Los datos astronómicos no son tan precisos como nos gustaría. Sin embargo, aparentemente en la galaxia, e incluso en el espacio intergaláctico cercano, el medio es demasiado denso. Menos allí que aquí, por supuesto; aun así demasiado denso en términos de choques atómicos por segundo, lo suficiente para matarnos sin protección.

»Pero las galaxias forman grupos. Nuestra galaxia, las Nubes de Magallanes, M31 en Andrómeda, y otras trece, grandes y pequeñas, forman uno de esos grupos. El volumen que ocupan tiene unos seis millones de años luz de ancho.

»Más allá hay una distancia enormemente grande hasta la siguiente familia de galaxias. Por coincidencia, también está en Virgo, a cuarenta millones de años luz de aquí.

»A esa distancia, esperamos que el gas sea lo suficientemente escaso como para no necesitar protección.

Se elevaron las voces. Reymont levantó las dos manos. De hecho, se rió.

—¡Esperen, esperen! —pidió—. No se molesten. Sé lo que quieren decir. Cuarenta millones de años luz es imposible. No tenemos tau para eso. Una proporción de cincuenta, o cien, o un millar, no nos sirve. De acuerdo. Pero...

La última palabra los detuvo. El llenó los pulmones.

—Pero recuerden —dijo—, no hay límite para la tau inversa. También podemos acelerar a mucho más de tres g, si extendemos los campos y escogemos un camino que nos lleve por secciones de la galaxia donde la materia es densa. Los parámetros exactos que hemos estado utilizando fueron escogidos para nuestro viaje a Beta Virginis. La nave no está limitada a ellos. El navegante Boudreau y el

profesor Nilsson estiman que podemos viajar a una media de diez g, probablemente mucho más. El ingeniero Fedoroff está razonablemente seguro de que el sistema de aceleración puede soportarlo, después de ciertas modificaciones que sabe que puede realizar.

»Por tanto, los caballeros hicieron cálculos estimativos. Los resultados indican que podemos recorrer media galaxia, en espiral hacia dentro hasta que nos sumerjamos directamente en el núcleo y salgamos por un lado. De todas formas cualquier cambio de rumbo será lento. ¡No podemos girar en una moneda de diez *öre* a nuestra velocidad! Y eso nos permitiría conseguir la tau necesaria. No olviden que decrecerá constantemente. Nuestro viaje a Beta Virginis habría sido mucho más rápido si no hubiésemos tenido la intención de pararnos allí: si, en lugar de frenar a medio camino, nos hubiésemos limitado a seguir aumentando la velocidad.

»El navegante Boudreau estima, tendremos que recoger datos durante el camino, pero se trata de una opinión informada, que considerando la velocidad que ya tenemos podremos salir de esta galaxia y dirigirnos hacia fuera en un año o dos.

—¿Cuánto tiempo cósmico? —se oyó en el grupo.

—¿A quién le importa? —respondió Reymont—. Ya conocen las dimensiones. El disco galáctico tiene unos cien mil años luz de diámetro. En este momento estamos a unos treinta mil del centro. ¿Cien o doscientos mil años? ¿Quién sabe? Depende de la ruta que sigamos, que a su vez dependerá de lo que las observaciones a larga distancia nos digan.

Les apuntó con un dedo.

—Lo sé. Se preguntan qué pasa si golpeamos una nube como la que nos metió en esta situación. Tengo dos respuestas. Primero, debemos asumir algunos riesgos. Pero segundo, a medida que tau sea más y más pequeña podremos utilizar regiones que sean más y más densas. Tendremos demasiada masa para que nos afecte como lo ha hecho ahora. ¿Lo ven? Cuanto más tenemos más podemos conseguir, y más rápido según el tiempo de la nave. Es concebible que abandonemos la galaxia con una tau del orden de una cien millonésima. En ese caso, ¡según nuestros relojes estaremos fuera de la familia de galaxias en días!

—¿Cómo volveremos? —dijo Glassgold, alerta e interesada.

—No lo haremos —admitió Reymont—. Nos dirigiremos al cúmulo de Virgo. Allí invertiremos el proceso, desaceleraremos, entraremos en una galaxia, haremos que tau sea razonable y empezaremos a buscar un planeta en donde podamos vivir.

»¡Sí, sí, sí! —repitió al tumulto renovado del grupo—. A millones de años en el futuro. A millones de años luz de aquí. La especie humana probablemente se habrá extinguido... en esta esquina del universo. Bien, ¿no podemos empezar de nuevo, en otro lugar y tiempo? ¿O preferirían quedarse sentados en esta concha de metal sintiendo pena de ustedes mismos, hasta que sean seniles y mueran sin hijos? A menos que no puedan soportar la situación y se vuelen los sesos. Yo voto por continuar mientras duren las fuerzas. Tengo en suficiente estima a este grupo para creer que estarán de acuerdo conmigo. ¿Aquellos que no opinen así tendrían la amabilidad de apartarse de nuestro camino?

Bajó de la tarima.

—Ah... oficial de navegación Boudreau, ingeniero jefe Fedoroff, profesor Nilsson —dijo Telander—. ¿Podrían subir aquí? Damas y caballeros, se abre el turno de preguntas.

Chi-Yuen abrazó a Reymont.

—Estuviste maravilloso —dijo sollozando.

Él apretó la boca y miró más allá de ella, de Lindgren, de la asamblea, hacia los mamparos.

—Gracias —contestó seco—. No fue nada.

—Oh, sí lo fue. Nos devolviste la esperanza. Es un honor vivir contigo.

Él no pareció escucharla.

—Cualquiera podía haber presentado una nueva idea brillante —dijo—. En esta situación, se agarrarían a cualquier cosa. Sólo aceleré el proceso. Cuando acepten el programa es cuando comenzarán los verdaderos problemas.

11

Los campos de fuerza cambiaban. No eran paredes y tubos estáticos. Los formaban la incesante interacción entre pulsos electromagnéticos, cuya producción, propagación y recepción debía controlarse cada nanosegundo, desde el nivel cuántico hasta el cósmico. A medida que las condiciones exteriores —densidad de materia, radiación, fuerzas del campo de interferencia, la curvatura espacial gravitacional— cambiaban, instante a instante, se registraba su reacción en la red inmaterial de la nave; los datos se suministraban a los ordenadores; procesando como tarea más pequeña miles de series de Fourier simultáneamente, esas máquinas daban su respuesta; los dispositivos de generación y control, nadando a proa del casco en un vórtice producido por ellos mismos, realizaban los ajustes. En esa homeostasis, ese paseo por la cuerda floja de la posibilidad de una respuesta que fuese inapropiada o meramente tardía —que significaría la distorsión y colapso de los campos, con la destrucción en forma de nova de la nave—, entró una orden humana. Se convirtió en parte de los datos. Una toma a estribor se abrió, una a babor se cerró: con cuidado, con cuidado. La *Leonora Christine* se ajustó a su nuevo rumbo.

Las estrellas contemplaron el movimiento laborioso de una masa mayor y más achatada, pasando meses y años antes de que la desviación de su camino original fuese significativa. No es que el objeto sobre el que brillaban fuese lento. Era una concha incandescente del tamaño de un planeta, donde los átomos eran atrapados por los campos exteriores y excitados a radiación sincrotrón fluorescente y térmica. Y seguía muy de cerca a la onda frontal que anunciaba su marcha. Pero la luminosidad de la nave se perdió pronto entre los años luz. Se abría paso a través de abismos que parecían no tener final.

En su propio tiempo, la historia era diferente. Se movía en un universo cada vez más extraño —más viejo, más masivo y más compacto—. Por tanto el ritmo al que podía atrapar el hidrógeno, quemar parte de su energía y expeler el resto en una llama de un millón de kilómetros... ese ritmo aumentaba para la nave. Cada minuto, según sus relojes, eliminaba una fracción mayor de tau que el minuto anterior.

A bordo nada había cambiado. El aire y el metal todavía transportaban el pulso de la aceleración, cuyo tirón interno todavía era de una gravedad. La planta interna de energía todavía daba luz, electricidad y temperatura estables. Los biosistemas y ciclos orgánicos reciclaban el oxígeno y el agua, procesaban los desechos, fabricaban comida; permitían la vida. La entropía aumentaba. La gente envejecía al viejo ritmo de sesenta segundos por minuto, sesenta minutos por hora.

Pero esas horas tenían cada vez menos relación con las horas y años que transcurrían fuera. La soledad se cerró, como una mano, sobre la nave.

Jane Sadler ejecutó un ataque en flecha. Johann Freiwald intentó pararlo. Los floretes chocaron con estrépito. Inmediatamente, ella atacó.

—¡*Touché*! —reconoció él. Se reía tras la máscara—. Ese golpe me hubiese atravesado el pulmón izquierdo en un duelo real. Has superado con mucha diferencia el examen.

—Justo a tiempo —dijo ella tragando aire—. Un... minuto... más... y... me... hubiese quedado sin aire... Tengo las rodillas como si fuesen de goma.

—No practicaremos más esta tarde —decidió Freiwald.

Se quitaron los protectores. A ella le brillaba el sudor en la cara y le pegaba el pelo a la frente; respiraba ruidosamente, pero le brillaban los ojos.

—¡Vaya entrenamiento! —Se dejó caer en una silla. Freiwald se le unió.

Tan entrada la noche de la nave tenían el gimnasio para ellos solos. Parecía inmenso y hueco, haciendo que se sentasen más juntos.

—Te será más fácil con otras mujeres —le dijo Freiwald—. Creo que deberías empezar a enseñarles lo antes posible.

—¿Yo? ¿Dar una clase de esgrima con mi nivel?

—Yo seguiría entrenando contigo —dijo Freiwald—. Puedes mantenerte por delante de tus alumnas. Comprende que debo empezar con los hombres. Y si el deporte atrae el interés que me gustaría, se necesitará tiempo para preparar adecuadamente al equipo. Además de más máscaras y floretes, necesitaremos espadas y sables. No podemos retrasarnos.

La alegría de Sadler se desvaneció. Le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Esto no fue idea tuya? Supuse que como tú eras la única persona que había practicado esgrima en la Tierra querías compañeros.

—Fue idea del condestable Reymont, cuando le mencioné mis deseos. Él hizo que se me asignara material para producir el equipo. Comprende que debemos mantenernos en buena forma...

—Y distraernos del lío en que estamos metidos —dijo ella con dureza.

—Una buena forma física ayuda a mantener un buen estado mental. Si te vas a la cama cansado, no te quedas despierto preocupándote.

—Sí, lo sé. Elof... —Sadler se detuvo.

—Puede que el profesor Nilsson esté demasiado inmerso en su trabajo —se atrevió a decir Freiwald. Apartó la mirada de su cara y flexionó la hoja entre las manos.

—¡Mejor que lo esté! A menos que podamos desarrollar mejores instrumentos astronómicos, no podremos establecer una trayectoria extragaláctica más que por intuición.

—Cierto. Cierto. Yo digo, Jane, que tu hombre podría beneficiarse incluso en su profesión si hiciese algo de ejercicio.

Le obligó a decirlo.

—Cada día es más difícil vivir con él —pasó a la ofensiva—. Así que Reymont te nombró entrenador.

—Informalmente —dijo Freiwald—. Me animó a tomar el liderazgo, a desarrollar deportes nuevos y atractivos... bien, soy uno de sus ayudantes no oficiales.

—¡Uh! Y él mismo no podría hacerlo. Sus motivos estarían claros, lo verían como un instructor, ya no sería divertido, y abandonarían por docenas. —Sadler sonrió—. Bien, Johann. Cuenta conmigo en la conspiración.

Ella le ofreció la mano. El la tomó. No se soltaron.

—Quitémonos estas ropas mojadas y metámonos en una piscina mojada —propuso ella.

Él respondió con voz áspera:

—No, gracias. Esta noche no. Estaríamos solos. Ya no me atrevo a eso, Jane.

La *Leonora Christine* encontró otra región de mayor densidad de materia. Era más tenue que la nebulosa que había provocado sus problemas, y la atravesó sin dificultad. Pero se extendía por muchos parsecs. Tau se redujo a un ritmo que para su propia cronología era sorprendente.

Cuando la nave salió de ella, viajaba tan rápido que la situación normal de un átomo por centímetro cúbico tenía el mismo efecto que la nube. No sólo mantuvo la velocidad que había ganado, sino que seguía acelerando.

Sin embargo, la tripulación siguió rigiéndose por el calendario terrestre, incluso en el seguimiento de las distintas religiones por parte de las pequeñas congregaciones. Cada séptima mañana, el capitán Telander guiaba al puñado de protestantes en los servicios religiosos.

Un domingo en particular le pidió a Ingrid Lindgren que se encontrase con él en su camarote después del servicio. Ella le esperaba cuando entró. Su pelo rubio y su vestido rojo destacaban frente a los libros, la mesa y los papeles. Aunque ocupaba una sección doble para él solo, la austeridad se veía rota sólo por unas pocas fotos familiares y un modelo de un clíper a medio construir.

—Buenos días —dijo él con la solemnidad habitual. Dejó la Biblia y se aflojó el cuello del traje—. ¿No se sienta? —Como la cama estaba guardada había sitio para un par de sillas plegables—. Pediré café.

—¿Cómo fue? —le preguntó, mientras se sentaba frente a él, intentando nerviosamente establecer una conversación—. ¿Asistió Malcolm?

—Hoy no. Sospecho que nuestro amigo Foxe-Jameson todavía no está seguro si quiere regresar a la fe de sus padres o permanecer como un leal agnóstico. —Telander sonrió un poco—. Volverá, sin embargo, volverá. Sólo necesita convencerse que es posible ser cristiano y astrofísico al mismo tiempo. ¿Cuándo vamos a atraerla a usted, Ingrid?

—Probablemente nunca. Si hay una inteligencia directora tras la realidad, y no hay pruebas científicas de eso, ¿por qué habría de preocuparse de un accidente químico como el hombre?

—Cita a Charles Reymont casi con exactitud, ¿lo sabe? —dijo Telander. Los rasgos de Ingrid se tensaron. Él se apresuró a hablar—: Un ser que se preocupa de todo desde los cuantos hasta los cuásares puede ocupar parte de su atención en nosotros. Prueba racional... pero no quiero repetir viejos argumentos. Tenemos algo más de que ocuparnos. —Conectó el intercomunicador para hablar con la cocina—. Café, crema y azúcar, dos tazas, al camarote del capitán, por favor.

—¡Crema! —murmuró Lindgren.

—No creo que los técnicos en alimentos la imiten muy mal —dijo Telander—. Por cierto, Carducci está muy concentrado en la propuesta de Reymont.

—¿Cuál es?

—Trabajar con el equipo de alimentos para inventar nuevos platos. No un bistec hecho de algas y tejidos cultivados, sino cosas que nunca hayamos probado antes. Me alegra que haya encontrado algo que le interese.

—Sí, como jefe de cocina se había dejado ir. —La máscara de normalidad de Lindgren se desmoronó. Golpeó el brazo de la silla—. ¿Por qué? —soltó—. ¿Qué sucede? No ha pasado ni la mitad del tiempo que habíamos previsto. La moral no debería deteriorarse tan pronto.

—Hemos perdido toda garantía...

—Lo sé, lo sé. ¿No debería el peligro estimular a la gente? Y sobre la posibilidad de que nunca terminemos nuestro viaje, bien, también me afectó mucho, al principio. Pero creo que lo he superado.

—Usted y yo tenemos responsabilidades —dijo Telander—. Nosotros, la tripulación regular, somos responsables de vidas. Eso ayuda. E incluso para nosotros... —Hizo un pausa—. De eso quería hablar con usted, Ingrid. Estamos en una fecha crítica. Los cien años en la Tierra desde que partimos.

—No tiene sentido —dijo ella—. No se puede hablar de simultaneidad en estas condiciones.

—Está lejos de no tener sentido en términos psicológicos —respondió él—. En Beta Virginis hubiésemos tenido algo de contacto con el hogar. Hubiésemos pensado que los jóvenes que dejamos atrás, dado los tratamiento de longevidad, todavía estarían vivos. Si debíamos volver, hubiese habido la suficiente continuidad para que no nos hubiésemos convertido en extraños totales. Ahora, sin embargo, el hecho de que en algún sentido, matemático o no, en el mejor de los casos los niños que vimos en las cunas se estén acercando al final de la vida nos recuerda que jamás podremos recuperar nada de aquellos que una vez amamos.

—M-m-m... Supongo. Como ver a alguien a quien quieres mientras muere de una enfermedad lenta. No te sorprende cuando llega el final; pero aun así se trata del final. —Lindgren parpadeó—. Maldita sea.

—Debe hacer lo que pueda para ayudarles a superar este período —dijo Telander—. Sabe cómo hacerlo mejor que yo.

—Usted también podría hacer mucho.

La cabeza demacrada negó.

—Mejor que no. Al contrario, voy a retirarme.

—¿Qué quiere decir? —preguntó ella alarmada.

—Nada dramático —dijo—. Mi trabajo con los departamentos de ingeniería y navegación, en estas circunstancias impredecibles, me ocupa la mayor parte del día. Será una excusa para que gradualmente deje de mezclarme con la sociedad de la nave.

—¿Por qué razón?

—He hablado en varias ocasiones con Charles Reymont. Ha hecho una observación excelente, crucial, creo yo. Cuando nos rodea la incertidumbre, cuando la desesperanza aguarda para atacarnos... la persona media a bordo debe sentir que su vida está en manos competentes. Por supuesto, nadie va a suponer conscientemente que el capitán es infalible. Pero hay una necesidad inconsciente de esa aura. Y yo... yo tengo mi parte de debilidad y estupidez. Mis juicios humanos no podrían soportar pruebas diarias bajo esta presión.

Lindgren se hundió en su asiento.

—¿Qué quiere el condestable de usted?

—Que deje de actuar de forma informal e íntima. La excusa será que no debo distraerme por preocupaciones ordinarias, cuando toda mi atención debe dedicarse a llevarnos con seguridad por las nubes y cúmulos de galaxias. Es una excusa razonable, será aceptada. Al final, acabaré comiendo por separado, aquí, exceptuando las ceremonias. Me ejercitaré y pasaré el tiempo aquí también, solo. Las visitas personales serán sólo de los oficiales más importantes, como usted. Me rodearé de la etiqueta oficial. Por medio de sus ayudantes, Reymont extenderá la idea de que se espera un trato formal hacia mí por parte de todos.

»En suma, el viejo amigo Lars Telander será sustituido por el Viejo Maestro.

—Suena a plan típico de Reymont —le dijo ella con amargura.

—Me ha convencido de que es deseable —contestó el capitán.

—¡Sin pensar en lo que pueda hacerle a usted!

—Lo soportaré. Nunca he sido de gran vida social. Tenemos muchos libros en microcintas que me gustaría leer. —Telander la miró con confianza. Aunque el aire se acercaba a la parte más cálida de su ciclo y tenía un olor a heno recién cortado, ella tenía el vello de los brazos completamente erizado—. Usted también tiene un papel, Ingrid. Más que nunca, tendrá que resolver problemas humanos. Organización, mediación, alivio... no será fácil.

—No puedo hacerlo sola. —Le fallaban las palabras.

—Puede, si debe hacerlo —le dijo él—. En la práctica podrá delegar y redireccionar muchas cosas. Es sólo cuestión del planteamiento adecuado. Lo resolveremos sobre la marcha.

Vaciló. Se sentía incómodo; de hecho, se ruborizó.

—¡Ah!... un tema en ese sentido...

—¿Sí? —dijo ella.

La llamada a la puerta lo rescató. Aceptó la bandeja de café de manos del inmenso cocinero y la llevó hasta la mesa para servirlo. Eso le permitió estar de espaldas a ella.

—En su posición —dijo—. Es decir, en su nueva posición. Existe la necesidad de dar a los oficiales un estatus especial; no tienen que encerrarse por completo como yo, pero habrá que establecer ciertas limitaciones de, bien, acceso.

Él no supo si era diversión lo que oyó en la voz de ella.

—¡Pobre Lars! Quiere decir que la primer oficial no debe cambiar de amante tan a menudo, ¿no?

—Bien, no propongo el celibato. Yo sí debo, por supuesto, apartarme de las cosas. En su caso... bien, la fase experimental ya ha pasado para la mayoría de nosotros. Se están formado relaciones estables. Si pudiese buscar un...

—Puedo hacerlo mejor —dijo—. Puedo quedarme sola.

Él ya no pudo retrasar más el darle una taza.

—Eso no es necesario —tartamudeó.

—Gracias. —Ella inhaló el olor del café. Lo miró por encima del borde de la taza—. Nosotros dos no tenemos por qué convertirnos en monjes absolutos. El capitán necesita una conferencia privada de vez en cuando con su primer oficial.

—¡Eh!... no. Es amable por su parte, Ingrid, pero no. —Telander recorrió la pequeña anchura del camarote, de un lado a otro—. En una comunidad tan pequeña como ésta, ¿cuánto tiempo se puede guardar un secreto? No me atrevo a arriesgarme a la hipocresía. Y aunque a mí... a mí me encantaría tener una compañera permanente... no puede ser. Tiene que ser la conexión de todos conmigo: no mi colaboradora directa. ¿Me sigue? Reymont lo explicó mejor.

La alegría de Ingrid desapareció.

—No me gusta del todo la forma en que le ha manejado.

—Tiene experiencia en situaciones de crisis. Sus razonamientos tenían sentido. Podemos repasarlos en detalle.

—Lo haremos. Pueden que sean lógicos... cualesquiera que sean sus motivos. —Lindgren tomó un sorbo de café, dejó la taza en sus muslos y declaró

con voz afilada—: En lo que a mí se refiere, de acuerdo. De todas formas ya me he cansado de todo ese asunto infantil. Tiene razón, la monogamia se está poniendo de moda, y las posibilidades de una chica están desagradablemente limitadas. Ya había pensado en parar. Olga Sobieski se siente igual. Le diré a Kato que cambie su mitad de camarote con ella. Algo de calma y frialdad estarán bien, Lars, una oportunidad para pensar sobre varias cosas, ahora que hemos superado esa marca de los cien años.

La *Leonora Christine* estaba bien lejos de la Virgen, pero no todavía en el Arquero. Sólo después de que hubiese dado casi media vuelta alrededor de la galaxia, la espiral majestuosa de su ruta se dirigió hacia el corazón. Por el momento la nebulosa de Sagitario permanecía a babor. Lo que había más allá se infería, no se sabía. Los astrónomos esperaban un volumen de espacio vacío, con poco polvo o gas, hogar de una multitud de viejas estrellas. Pero ningún telescopio podría ver más allá de las nubes que rodeaban la región, y nadie había ido todavía a mirar.

—A menos que una expedición haya partido después que nosotros —propuso el piloto Lenkei—. Han pasado siglos en la Tierra. Supongo que hacen cosas maravillosas.

—Seguro que no envían sondas al núcleo —objetó el cosmólogo Chidambaran—. ¿Treinta milenios para llegar allí y el mismo tiempo para recibir un mensaje? No tiene sentido. Creo que el hombre se extenderá poco a poco hacia el interior, colonia tras colonia.

—Exceptuando un impulsor más rápido que la luz —dijo Lenkei.

Los rasgos morenos de Chidambaran y su pequeño cuerpo demostraron lo más cercano al desprecio que se le había visto expresar nunca.

—¡Eso es fantasía! Si quieres reescribir todo lo que hemos aprendido desde Einstein, no, desde Aristóteles, considerando la contradicción lógica de una señal sin velocidad límite, adelante.

—No es mi área de trabajo. —La delgadez de galgo de Lenkei pareció de pronto macilenta—. De cualquier forma, no me interesa el viaje a velocidades superiores a la luz. La idea de que otros podrían estar viajando de estrella a estrella como pájaros, como yo de ciudad en ciudad cuando estaba en casa, mientras nosotros estamos atrapados aquí... sería demasiado cruel.

—Nuestro destino no se vería alterado por su fortuna —contestó Chidambaran—. De hecho, la ironía le añadiría otra dimensión, otro reto si lo prefieres.

—Tengo más retos de los que quiero —dijo Lenkei.

Sus pisadas resonaban en las escaleras y en todo el pozo. Habían venido juntos desde un taller en el nivel bajo donde Nilsson había consultado con Foxe-Jameson y Chidambaran sobre el diseño de una gran rejilla de difracción de cristal.

—Es más fácil para ti —dijo el piloto—. Tú tienes un trabajo real. Nosotros dependemos de tu equipo. Si no puedes producir esos instrumentos para nosotros... Yo, hasta que no lleguemos a un planeta donde necesiten ferries espaciales y naves aéreas, ¿qué soy yo?

—Ayudas a construir esos instrumentos, o lo harás cuando tengamos los diseños listos —dijo Chidambaran.

—Sí, me ofrecí de aprendiz a Sadek. Para matar todo este tiempo libre. —Lenkei recuperó su ánimo—. Lo siento. Es una actitud de la que tenemos que alejarnos, lo sé. Mohandas, ¿puedo preguntarte algo?

—Por supuesto.

—¿Por qué viniste? Eres importante hoy. Pero si no hubiésemos tenido el accidente... ¿no podías haber seguido comprendiendo el universo en la Tierra? Me han dicho que eres un teórico. ¿Por qué no dejar la recogida de datos a hombres como Nilsson?

—Apenas hubiese vivido para trabajar con los informes de Beta Virginis. Parecía tener valor que un científico como yo se expusiese a nuevas experiencias e impresiones. Podía haber obtenido una comprensión imposible de otra forma. Si no lo hacía, la pérdida no sería muy grande, y como mínimo podría seguir pensado tan bien como en casa.

Lenkei se agarró la barbilla.

—No sé —dijo—, creo que no necesitas sesiones de caja de sueños.

—Puede ser. Confieso que lo encuentro algo indigno.

—Entonces, ¿por qué?

—Reglamentos. Todos debemos recibir el tratamiento. Pedí una excepción. El condestable Reymont convenció a la primer oficial Lindgren que privilegios especiales, aunque justificados, sentarían un mal precedente.

—¡Reymont! ¡Ese bastardo otra vez!

—Puede que tenga razón —dijo Chidambaran—. No me hace daño, a menos que tengas en cuenta las interrupciones de la concentración, y eso no sucede tan a menudo para ser un verdadero problema.

—¡Uh! Tienes más paciencia que yo.

—Sospecho que Reymont también tiene que obligarse a entrar en la caja —señaló Chidambaran—. El, también, va lo mínimo permitido. ¿Has observado, igualmente, que si bien bebe jamás se emborracha? Creo que tiene la compulsión, quizá producto de temores internos, de permanecer siempre en control.

—Así es él. ¿Sabes qué me dijo la semana pasada? Cogí prestada una plancha de cobre; hubiese vuelto directamente desde el horno y el taller, tan pronto como hubiese acabado con ella, por lo que no me molesté en anotarlo. El bastardo me dijo...

—Olvídalo —le aconsejó Chidambaran—. Él tiene razón. No somos un planeta. Lo que perdemos lo perdemos para siempre. Es mejor no correr riesgos; y tenemos muchos tiempo para los asuntos burocráticos. —Apareció la entrada a las áreas comunes—. Ya hemos llegado.

Se dirigieron a la habitación hipnoterapéutica.

—Confío en que tu experiencia sea placentera, Matyas —dijo Chidambaran.

—Yo también. —Lenkei guiñó un ojo—. He tenido muchas pesadillas terribles ahí dentro. —Luego más alegre—: ¡Y mucha diversión!

Las estrellas se espaciaron más. La *Leonora Christine* no iba de un brazo espiral de la galaxia a otro... todavía no; simplemente se encontraba en una zona de relativo vacío. A falta de masa entrante, la aceleración se redujo. Tau era tan reducida que la situación fue sólo temporal; unos pocos cientos de años cósmicos. Pero durante algún tiempo a bordo, las pantallas a proa mostraban una noche oscura.

La mayor parte de la tripulación opinaba que era mejor que las sobrenaturales formas y colores que resplandecían a popa.

Llegó otro Día de la Alianza. Las ceremonias y las fiestas posteriores fueron menos melancólicas de lo que podía esperarse. El shock y la pena habían sido erosionados por la rutina. En ese momento, el ánimo dominante era de desafío.

No asistieron todos. Elof Nilsson, uno de ellos, permaneció en el camarote que compartía con Jane Sadler. Pasó mucho tiempo realizando bocetos y estimaciones para el telescopio exterior. Cuando se le cansó el cerebro, consultó el índice de la biblioteca en el apartado de ficción. La novela que eligió, al azar entre miles, resultó ser absorbente. No la había terminado cuando Jane volvió.

Él levantó los ojos que estaban inyectados en sangre por el cansancio. Exceptuando la pantalla del lector, la habitación estaba a oscuras. Ella estaba de pie, grande, llamativa, no del todo en equilibrio, en penumbra.

—¡Buen Dios! ¡Son las cinco de la mañana!

—¿Por fin te has dado cuenta? —Ella sonrió. La nube de whisky que la rodeaba alcanzó su nariz, junto con un olor a almizcle. Él inhaló un poco de rapé, un lujo que ocupaba gran parte de su equipaje permitido.

—No tengo que entrar a trabajar hasta dentro de tres horas —dijo.

—Yo tampoco. Le dije a mi jefe que quería una semana libre. Estuvo de acuerdo. Más le vale. ¿A quién más tiene?

—¿Qué actitud es ésa? Supón que otros de los que depende la nave se comportasen igual.

—Tetsuo Iwamoto... Iwamoto Tetsuo, realmente; los japoneses ponen el apellido primero, como los chinos... como los húngaros, ¿lo sabías? Excepto cuando quieren ser amables con nosotros, los ignorantes occidentales. —Sadler recuperó el sentido—. Es un buen hombre para trabajar. Se las puede arreglar sin mí. Así que, ¿por qué no?

—Aun así...

Ella levantó un dedo.

—No me regañes, Elof. ¿Me oyes? He aguantado ese complejo de inferioridad sobrecompensado tuyo más de lo que debiera. Mucho más. Creyendo quizá que el resto de ti crecería para igualar ese CI tuyo. Demasiado es demasiado. Recoge las rosas mientras puedas.

—Estás borracha.

—Más o menos. —Luego añadió, pensativa—: Tenías que haber venido.

—¿Para qué? ¿Por qué no confesar lo cansado que estoy de las mismas caras, los mismos actos, las mismas conversaciones tontas? No soy el único a ese respecto.

Ella habló en voz más baja.

—¿Estás cansado de mí?

—¿Por qué...? —Su cuerpo de muñeco se puso de pronto rígido—. ¿Qué pasa, cariño?

—No me has colmado precisamente de atenciones en estos últimos meses.

—¿No? No, quizá no. —Tamborileó con los dedos sobre una mesa—. He estado preocupado.

Ella respiró profundamente.

—Seré directa. Estuve con Johann esta noche.

—¿Freiwald? ¿E! mecánico? —Nilsson se quedó sin habla durante un minuto. Ella esperó, de pronto sobria. Finalmente él habló, con dificultad, mirando el tatuaje de sus dedos—: Bien, tienes el derecho legal y sin duda el moral. No soy un joven animal hermoso. Yo estoy... estaba... más orgulloso y feliz de lo que supe expresar cuando aceptaste ser mi compañera. Te dejé enseñarme cosas que antes no entendía. Posiblemente no fui el alumno más atento que alguien haya tenido jamás.

—¡Oh, Elof!

—Vas a dejarme, ¿no?

—Estamos enamorados, él y yo. —Los ojos se le nublaron—. Pensé que iba a ser más fácil decírtelo. No creí que te importase tanto.

—No considerarías la posibilidad de una salida más discreta... No, la discreción no es posible. Además, tú no podrías fingirlo. Y yo tengo mi orgullo. —Nilsson volvió a sentarse y cogió la caja de rapé—. Es mejor que te vayas. Puedes recoger tus cosas más tarde.

—¿Así de rápido?

—¡Vete! —gritó.

Ella se fue, sollozando pero con los pies ligeros.

La *Leonora Christine* volvió a entrar en la zona poblada. Al pasar a menos de cincuenta años luz de un nuevo sol gigante, atravesó la cubierta de gas que lo rodeaba. Al estar ionizados los átomos podía atraparlos con mayor eficacia. Tau se desplomó cerca del cero asintótico, y con ella, el paso del tiempo.

12

Reymont se detuvo en la entrada de las áreas comunes. El nivel aparecía desierto y en calma. Después de un impulso inicial de interés, las actividades atléticas y otros hobbies se habían hecho poco a poco menos populares. Aparte de las comidas, la tendencia era que los científicos y la tripulación formasen pequeñas camarillas, se refugiasen por completo en la lectura, viesen programas grabados, o durmiesen todo lo posible. Les podía obligar a hacer algo de ejercicio. Pero no había encontrado forma de restaurar lo que los meses iban robándole al espíritu. En ese aspecto, él era el más indefenso porque su aplicación inflexible de las reglas básicas le había creado enemigos.

Hablando de reglas... Corrió por el corredor hasta la habitación de sueños y abrió la puerta. Una luz encima de cada una de las tres cajas indicaba que estaban ocupadas. Sacó una llave maestra del bolsillo y abrió una a una las tapas que dejaban pasar el aire pero no la luz. Volvió a cerrar dos de ellas. En la tercera, lanzó un juramento. El cuerpo tendido y la cara bajo el casco de sueño pertenecían a Emma Glassgold.

Durante un rato miró a la pequeña mujer. Había paz en su sonrisa. Sin duda, ella, como la mayoría a bordo, debía su cordura a aquel aparato. A pesar de los esfuerzos por decorarla, por crear construcciones interiores con cierto propósito, la nave era un ambiente demasiado estéril. La privación sensorial total hacía rápidamente que la mente humana perdiese el contacto con la realidad. Privado del flujo de datos con el que se supone que tiene que tratar, el cerebro crea alucinaciones, se vuelve irracional y finalmente pasa a la locura. Los efectos de la disminución sensorial prolongada son lentos, sutiles, pero en muchos aspectos más destructivos. Se hace necesaria la estimulación electrónica directa de los centros encefálicos correspondientes. Eso es hablando en términos neurológicos. En términos de emociones inmediatas, los largos y extraordinariamente intensos sueños generados por los estímulos —ya sean placenteros o no— se vuelven un sustituto para las experiencias reales.

Aun así...

La piel de Glassgold estaba fláccida y tenía un color poco saludable. La pantalla de EEG tras el casco indicaba que se encontraba en una condición de calma. Eso quería decir que se la podía despertar, con rapidez, sin peligro. Reymont pulsó el interruptor de emergencia en el temporizador. La línea osciloscópica del pulso inductor que había estado atravesando su cerebro se aplanó y ennegreció.

Ella se movió.

—*Shalom*, Moshe. —Reymont la oyó murmurar.

En la nave no había nadie con ese nombre. Le quitó el casco. Ella cerró aún más los ojos, se puso los puños sobre ellos e intentó volverse sobre el colchón.

—Despierta. —Reymont la zarandeó.

Ella parpadeó. Volvió a respirar con fuerza. Se sentó completamente recta. Él casi pudo ver cómo el sueño se desvanecía tras sus ojos.

—Vamos —dijo, ofreciéndole una mano para ayudarla—. Sal de ese maldito ataúd.

—¡Uh!, no, no. —Perdió las palabras—. Estaba con Moshe.

—Lo siento, pero...

Ella comenzó a sollozar. Reymont golpeó la caja, un golpe por encima del murmullo de la nave.

—Bien —dijo—. Será una orden directa. ¡Fuera! Y vaya directamente al doctor Latvala.

—¿Qué demonios pasa aquí?

Reymont se volvió. Norbert Williams debía haberles oído, la puerta estaba entreabierta, y había venido de la piscina, porque el químico estaba desnudo y mojado. También estaba furioso.

—Ahora te dedicas a asaltar mujeres, ¿eh? —dijo—. Ni siquiera mujeres grandes. Lárgate.

Reymont se quedó donde estaba.

—Tenemos reglas para estas cajas —dijo—. Si una persona no tiene la autodisciplina para obedecerlas, yo tengo que obligarla.

—¡Ya! Vigilando, espiando, metiendo la nariz en nuestra vida privada... por Dios, ¡no voy a aguantarlo más!

—No —pidió Glassgold—. No peleen. Lo siento. Iré.

—Y una mierda irás —contestó el americano—. Quédate ahí. Exige tus derechos. —Tenía el rostro completamente rojo—. Ya me he cansado de este pequeño Jesús de hojalata, y ya es hora de hacer algo al respecto.

Reymont habló, espaciando las palabras:

—Las reglas que limitan el uso no se escribieron por diversión, doctor Williams. Demasiado es peor que nada. Es adictivo. El resultado final es la locura.

—Escuche. —El químico hizo un intento evidente por dominar su cólera—. Las personas no son todas idénticas. Puede que usted piense que se nos puede estirar y cortar hasta encajar en su molde... forzándonos a hacer ejercicio, preparando trabajos que hasta un niño vería que sólo sirven para mantenernos ocupados unas pocas horas diarias, destrozando la destiladora que fabricó Pedro Barrios... su pequeña dictadura desde que emprendimos este viaje del Holandés Errante... —Bajó el volumen—. Escuche —dijo—. Esas reglas. Como en este caso. Están escritas para asegurarse de que nadie reciba una sobredosis. Por supuesto. ¿Pero como sabe si algunos de nosotros está recibiendo lo necesario? Todos debemos pasar tiempo en las cajas. Usted también, condestable Hombre de Hierro. Usted también.

—Por supuesto... —Reymont fue interrumpido.

—¿Cómo sabe lo que otra persona puede necesitar? No tiene ni la sensibilidad que Dios le dio a una cucaracha. ¿Sabe una mierda sobre Emma? Yo sí. Sé que es una mujer maravillosa y valiente... perfectamente capaz de juzgar sus propias necesidades y guiarse a sí misma... no necesita que usted dirija su vida por ella. —Williams señaló con el dedo—. Ahí está la puerta. Úsela.

—Norbert, no. —Glassgold salió de la caja e intentó interponerse entre los dos hombres.

Reymont la hizo a un lado y contestó a Williams:

—Si deben hacerse excepciones, el médico de la nave es la persona que debe decidirlo. No usted. De cualquier forma, después de esto debe ver al doctor Latvala. Puede pedirle una autorización médica.

—Sé lo que le sacará. Ese idiota ni siquiera receta tranquilizantes.

—Nos quedan muchos años por delante. Tendremos que superar problemas imprevisibles. Si comenzamos a depender de los tranquilizantes...

—¿Ha pensado qué sin esa ayuda nos volveríamos locos y moriríamos? Tomamos nuestras propias decisiones, gracias. Salga, le he dicho.

Glassgold intentó intervenir de nuevo. Reymont tuvo que agarrarla por el brazo para moverla.

—¡No le ponga las manos encima, cerdo! —Williams cargó agitando los puños.

Reymont soltó a Glassgold y se echó atrás, hacia el salón donde había más sitio para moverse. Williams gritó y le siguió. Reymont se protegió de los inexpertos golpes hasta que, tras sólo un minuto, saltó. Una ráfaga de karate y dos golpes enviaron a Williams al suelo. Se quedó acurrucado, atontado. Le salía sangre de la nariz.

Glassgold lanzó un grito y fue hacia él. Se arrodilló, lo agarró entre los brazos y miró a Reymont.

—¡Qué valor! —escupió.

El condestable extendió las palmas.

—¿Se supone que debía dejar que me pegase?

—Podía haberse ido.

—Imposible. Mi deber es mantener el orden a bordo. Hasta que el capitán Telander me destituya, seguiré haciéndolo.

—Muy bien —dijo Glassgold entre dientes—. Iremos a verle. Voy a presentar una queja formal.

Reymont negó con la cabeza.

—Se explicó, y todos estuvieron de acuerdo, que no debía molestarse al capitán con nuestras disputas. Debe preocuparse de la nave.

Williams recuperó la conciencia con un gemido.

—Veremos a la primer oficial Lindgren —le dijo Reymont—. Debo presentar cargos contra ustedes dos.

Glassgold apretó los labios.

—Como desee.

—No Lindgren —dijo Williams con dificultad—. Lindgren y él, fueron...

—Ya no —dijo Glassgold—. No puede ni verle, incluso antes del accidente. Ella será justa. —Con su ayuda, Williams se vistió y fue cojeando hasta el nivel de mando.

Varias personas vieron pasar al grupo y empezaron a preguntar qué sucedía. Reymont los hizo callar con un gesto. Las miradas que le lanzaban eran malhumoradas. En el primer intercomunicador llamó a Lindgren y le pidió que fuese a la sala de entrevistas.

Era minúscula pero insonorizada, un lugar para reuniones confidenciales y humillaciones necesarias. Lindgren estaba sentada tras la mesa. Se había puesto el uniforme. El fluoropanel extendía la luz sobre su pelo rubio helado; la voz con la que le pidió a Reymont que comenzase fue igualmente fría.

Él dio una versión sucinta del incidente.

—Acuso a la doctora Glassgold de violación de la regla higiénica —terminó—, y al doctor Williams de asalto a un agente de paz.

—¿Motín? —preguntó Lindgren. El desaliento inundó a Williams.

—No, señora. Asalto será suficiente —dijo Reymont. Al químico—: Considérese afortunado. Psicológicamente no podemos permitirnos el juicio que el cargo de motín provocaría. No a menos que persista en ese tipo de comportamiento.

—Eso será suficiente, condestable —cortó Lindgren—. Doctora Glassgold, ¿me daría su versión?

La bióloga todavía estaba furiosa.

—Me declaro culpable del delito mencionado —declaró con firmeza—. Pero pido que se revise mi situación, y la de todo el mundo, como se especifica en el reglamento. No según el juicio único del doctor Latvala; sino según el de un grupo de oficiales y mis colegas. Y en lo que se refiere a la pelea, a Norbert se le provocó intolerablemente y fue víctima de una malicia extrema.

—¿Su declaración, doctor Williams?

—No sé cuál es mi situación bajo sus estúpidas reglas... —El americano se comportó—. Perdóneme, señora —dijo, con algunos problemas por los labios hinchados—. Nunca memoricé la ley del espacio. Creía que el sentido común y la buena voluntad serían suficientes. Puede que Reymont tenga técnicamente razón, pero he alcanzado mi límite respecto de sus descaradas interferencias.

—¿Por tanto, doctora Glassgold, doctor Williams, aceptan someterse a mi sentencia? Tienen derecho a un juicio si lo desean.

Williams consiguió una sonrisa torcida.

—Las cosas ya están lo bastante mal, señora. Supongo que esto tendrá que aparecer en el diario de a bordo, pero puede que no tenga que llegar a oídos de toda la tripulación.

—¡Oh!, sí. —Glassgold respiró aliviada. Cogió la mano de Williams.

Reymont abrió la boca.

—Está usted bajo mi autoridad, condestable —le interrumpió Lindgren—. Puede, por supuesto, apelar al capitán.

—No, señora —contestó Reymont.

—Bien entonces. —Lindgren se echó atrás. Su rostro se aflojó—. Ordeno que todas las acusaciones de cada lado sean desestimadas... o mejor, que nunca se presenten. Esto no irá a ningún archivo. Hablémoslo como seres humanos que están todos, podemos decir, en el mismo barco.

—¿Él también? —Williams lanzó un pulgar hacia Charles Reymont.

—Debemos tener ley y disciplina, ya lo sabe —dijo Lindgren con calma—. Sin ellas, moriremos. Quizás el condestable Reymont sufra de exceso de celo. O quizá no. En cualquier caso, es el único especialista policial y militar que tenemos. Si no están de acuerdo con él... para eso estoy yo. Relájense. Pediré café.

—Si la primer oficial está de acuerdo —dijo Reymont—, me iré.

—No, tenemos cosas que decirle —fue la respuesta inmediata de Glassgold.

Reymont mantuvo los ojos fijos en Lindgren. Era como si saltasen chispas entre ellos.

—Como ya ha dicho, señora —dijo—, mi trabajo es mantener el orden en la nave. Ni más ni menos. Esto es algo más: una sesión de consejos personales. Estoy seguro de que la dama y el caballero hablarían con mayor libertad sin mí.

—Creo que tiene razón, condestable —asintió ella—. Puede retirarse.

Se levantó, saludó y se fue. En el camino hacia arriba se encontró con Freiwald que le saludó. Se mantenía algo cercano a la cordialidad con su media docena de ayudantes.

Entró en el camarote. Las camas estaban bajadas, y unidas para formar una. Chi-Yuen estaba sobre ella. Vestía una bata ligera con volantes que le daba aspecto de niñita triste.

—Hola —dijo sin emoción—. Tienes truenos en el rostro. ¿Qué pasó?

Reymont se sentó a su lado y se lo contó.

—Bien —dijo ella—, ¿puedes echárselo en cara?

—No. Supongo que no. Aun así... no sé. Este grupo se suponía que era lo mejor que la Tierra podía ofrecer. Inteligencia, educación, personalidad estable, salud y dedicación. Y sabían que era probable que nunca volviesen a casa. Como mínimo, volverían a países casi un siglo más viejos que los que dejaron. —Reymont se pasó los dedos por entre el pelo muy corto—. Así que las cosas han cambiado. —Suspiró—. Vamos hacia un destino desconocido, quizás hacia la muerte, con seguridad hacia el aislamiento absoluto. ¿Pero es tan diferente de nuestro destino original? ¿Debe hacer que nos desmoronemos?

—Lo hace —dijo Chi-Yuen.

—Tú también. Tenía intención de hablarlo contigo. —Ella le lanzó una mirada feroz—. Al principio estabas ocupada, con tus distracciones, tu trabajo teórico, la programación de las investigaciones que querías realizar en el sistema de Beta V. Y cuando los problemas nos alcanzaron, respondiste bien.

Una sonrisa fantasmal se instaló en el rostro de ella. Le acarició las mejillas.

—Tú me inspiraste.

—Sin embargo, desde entonces... más y más, te sientas sin hacer nada. Tú y yo teníamos el principio de algo real; pero últimamente no realizas ningún contacto significativo conmigo. Rara vez te interesas por hablar o por el sexo o por nada, incluyendo otras personas. No más trabajo. No más grandes sueños. Ya ni siquiera lloras sobre la almohada cuando se apaga la luz... Sí, me he quedado despierto escuchándote. ¿Por qué, Ai-Ling? ¿Qué te sucede? ¿Qué les sucede a ellos?

—Supongo que no tenemos tu voluntad instintiva de sobrevivir a cualquier precio —dijo, casi inaudible.

—Yo considero que algunos precios a pagar por la vida son demasiado altos. Sin embargo, aquí... tenemos lo que necesitamos. Incluso cierta cantidad de comodidades. Una aventura como ninguna antes. ¿Qué sucede?

—¿Sabes qué año es en la Tierra? —contraatacó ella.

—No. Yo fui el que convenció al capitán Telander para que ordenase la retirada de ese reloj. A su alrededor se estaba desarrollando una actitud demasiado morbosa.

—De cualquier forma, la mayoría de nosotros puede realizar sus propias estimaciones. —Ella habló con voz monótona e indiferente—. En este momento, creo que, en casa, es aproximadamente el año del señor 10.000. Más o menos varios siglos. Y sí, aprendí en la escuela que la simultaneidad deja de tener sentido en condiciones relativistas. Y recuerdo que se esperaba que la gran barrera psicológica sería la marca de un siglo. A pesar de eso, esas fechas tienen sentido. Nos convierten en exiliados absolutos. Ya. De forma irrevocable. No sólo nuestros parientes deben estar muertos. Nuestra civilización también debe estarlo. ¿Qué ha sucedido en la Tierra? ¿En la galaxia? ¿Qué ha hecho el hombre? ¿En qué se ha convertido? Nunca lo compartiremos. No podemos.

El intentó romper su apatía con rigor.

—¿Y qué importa? En Beta 3, el máser nos hubiese traído palabras una generación más viejas. Nada más. Y nuestras muertes individuales nos cierran el universo. El destino común del hombre. ¿Por qué debemos gimotear si nuestro destino adquiere un rumbo inesperado?

Ella lo miró con gravedad antes de contestar.

—Realmente no quieres una respuesta para ti. Quieres sacarme una a mí.

Sorprendido, él dijo:

—Bien... sí.

—Entiendes a la gente mejor de lo que dejas ver. Tu trabajo, sin duda. Dime tú cuál es el problema.

—Pérdida de control sobre la vida —contestó él inmediatamente—. La tripulación no está en tan malas condiciones aún. Tienen sus trabajos. Pero los científicos, como tú, os habíais comprometido con Beta Virginis. Teníais un trabajo heroico y emocionante como meta y, mientras tanto, muchos preparativos que hacer. Ahora no tenéis ni idea de lo que va a suceder. Sólo sabéis que será algo por completo impredecible. Que podría ser la muerte, porque estamos aceptando riesgos terribles, y no podéis hacer nada por ayudar, sólo sentaros pasivos y esperar a que os lleven. Por supuesto, la moral se resiente.

—¿Qué crees que deberíamos hacer, Charles?

—Bien, en tu caso, por ejemplo, ¿por qué no continuar con tu trabajo? Con el tiempo buscaremos un mundo donde asentarnos. La planetología será vital para nosotros.

—Sabes que las posibilidades están en contra. Vamos a seguir en esta escapada hasta que muramos.

—Maldita sea, ¡podemos mejorar las posibilidades!

—¿Cómo?

—Ésa es una de las cosas en las que deberías estar trabajando.

Ella sonrió de nuevo, un poco más viva.

—Charles, haces que quiera. Aunque sólo sea para que dejes de darme la vara. ¿Es ésa la razón por la que eres tan duro con los demás?

Él la miró un momento.

—Hasta ahora lo has soportado mejor que la mayoría —dijo—. Podría ayudarte a recuperar tu propósito si te digo lo que estoy haciendo. ¿Puedes guardar un secreto profesional?

Su mirada le bailaba en la cara.

—A estas alturas deberías conocerme lo suficientemente bien para saberlo. —Acarició con un pie desnudo el muslo de él.

Reymont la acarició y rió.

—Es un viejo principio —dijo—. Se usa en las organizaciones militares y paramilitares. Lo he estado aplicando aquí. El animal humano quiere una figura paterno-materna pero, al mismo tiempo, odia la disciplina. Puede llegarse a la estabilidad de esta forma: la figura última de autoridad se mantiene remota, divina, casi fuera del alcance. Tu superior inmediato es un hijo de puta odioso que te hace seguir las reglas y al que, por tanto, detestas. Pero a su vez, su superior es tan simpático y amable como lo permita el rango. ¿Me entiendes?

Ella se puso un dedo en la cabeza.

—En realidad no.

—Mira la situación actual. Nunca adivinarías cómo tuve que hacerlo aquellos primeros meses después de chocar contra la nebulosa. No digo que sea responsable de todo el asunto. Gran parte fue natural, casi inevitable. La lógica de nuestro problema lo impuso, con algo de ayuda por mi parte. El resultado final es que el capitán Telander ha quedado aislado. Su infalibilidad no tiene que lidiar con problemas humanos como el de hoy, que son esencialmente imposibles de arreglar.

—Pobre hombre. —Chi-Yuen examinó de cerca a Reymont—. ¿Lindgren es la que trata esos temas?

Él asintió.

—Yo soy el sargento tradicional: duro, cruel, exigente, pesado, sin consideración y brutal. No tan malo como para pedir que lo destituyan. Pero lo suficiente para irritar, ser odiado, aunque respetado. Eso es bueno para las tropas, es más sano odiar a alguien como yo que hundirse en males personales... como tú, mi amor, has estado haciendo.

»Lindgren arregla las cosas. Como primer oficial, ella mantiene mi poder. Pero me contradice de vez en cuándo. Utiliza su rango para forzar las reglas en favor de la misericordia. Por tanto añade la bondad a los atributos de la Autoridad Definitiva.

Reymont frunció el ceño.

—El sistema nos ha llevado hasta aquí —acabó—. Comienza a fallar. Tendremos que añadir algún factor nuevo.

Chi-Yuen lo miró hasta que él se movió incómodo en el colchón. Al final preguntó.

—¿Planeaste todo esto con Ingrid?

—¿Eh? Oh, no. Su papel exige que no sea una figura maquiavélica que ejecuta un guión deliberado.

—¿La entiendes tan bien...? ¿por alguna relación anterior?

—Sí. —Se puso rojo—. ¿Qué pasa? Hoy en día nuestra relación es puramente formal. Por razones evidentes.

—Creo que encuentras formas de seguir desairándola, Charles.

—¡Eh! Cállate, déjame en paz. Lo que intento es que recuperes algún deseo real de vivir.

—¿Para que yo a su vez pueda ayudarte a ti a aguantar?

—Bien, ¡uh!, sí. No soy un superhombre. Ha pasado mucho tiempo desde que alguien me dejó un hombro para llorar.

—¿Lo dices porque lo sientes o porque sirve a tus propósitos? —Chi-Yuen se echó el pelo hacia atrás—. No importa. No contestes. Haremos lo que podamos el uno por el otro. Después, si sobrevivimos... Lo arreglaremos cuando hayamos sobrevivido.

Los rasgos oscuros y marcados de Reymont se ablandaron.

—Estás recuperando tu equilibrio —dijo—. Excelente.

Ella rió. Puso los brazos alrededor de su cuello.

—Tú, ven aquí.

13

Uno puede aproximarse a la velocidad de la luz, pero ningún cuerpo que tenga masa en reposo puede alcanzarla. Los incrementos de velocidad por los que la *Leonora Christine* se acercaba a esa meta imposible se hacían más y más pequeños. Podría parecer por tanto que el universo que observaba la tripulación no podía distorsionarse más. La aberración podría como máximo desplazar las estrellas cuarenta y cinco grados; el efecto Doppler podría desplazar infinitamente hacia el rojo los fotones que venían de popa, pero sólo duplicar las frecuencias de los que venían de proa.

Sin embargo, no había límite para la inversa de tau, y ésa era la medida de los cambios en el espacio percibido y el tiempo experimentado. Por tanto, tampoco había límite para los cambios ópticos; y la parte delantera y trasera del cosmos podían contraerse hasta un espesor cero en el que estuviesen contenidas todas las galaxias.

Por tanto, a medida que la nave realizaba un medio arco alrededor de la Vía Láctea y viraba para hundirse en su corazón, el periscopio de la nave mostraba un extraño paisaje. Las estrellas más cercanas corrían aún más rápido, hasta que al final el ojo las veía moviéndose por el campo de visión: porque para entonces, pasaban años fuera mientras dentro sólo transcurrían minutos. El cielo ya no era negro; era de un púrpura resplandeciente, que se hacía más profundo y brillante a medida que pasaban los meses en el interior: porque la interacción de los campos de fuerza y el medio interestelar —con el tiempo, magnetismo interestelar— liberaba cuantos. Las estrellas más alejadas se aglomeraban en dos globos, de un azul feroz al frente, carmesí profundo a popa. Pero gradualmente esos globos se hicieron puntos y se oscurecieron: porque casi toda su radiación había sido desplazada fuera del espectro visible, hacia los rayos gamma y las ondas de radio.

El visor había sido reparado, pero cada vez era menos capaz de realizar la compensación. Los circuitos simplemente no podían distinguir soles individuales a más de unos pocos parsecs. Los técnicos desmontaron el aparato y lo reconstruyeron para que tuviese mayor capacidad, para que los hombres no volasen a ciegas.

Ese proyecto, y otras remodelaciones diversas, eran probablemente más útiles para quienes eran capaces de realizar el trabajo, que por sí mismos. Esas personas no se refugiaban en sus propias conchas como hacían muchos de sus compañeros.

Boris Fedoroff encontró a Luis Pereira en la cubierta hidropónica. Estaban cosechando un tanque de algas. El jefe de biosistemas trabajaba con sus hombres, desnudo como ellos, metiéndose en las mismas aguas y limo verde, llenando los cacharros de un carrito.

—¡Uf! —dijo el ingeniero.

Los dientes brillaron bajo el bigote de Pereira.

—No desprecies mi cosecha tan alegremente —contestó—. Te la estarás comiendo en su momento.

—Me preguntaba cómo podía ser tan realista la imitación de queso Limburger —dijo Fedoroff—. ¿Puedo discutir algo contigo?

—¿Podría ser más tarde? No podemos parar hasta que hayamos terminado. Si se estropea, te tendrás que apretar el cinturón por un tiempo.

—Yo tampoco puedo malgastar el tiempo —dijo Fedoroff, poniéndose duro—. Creo que preferirías pasar hambre a chocar.

—Entonces, seguid —le dijo Pereira a su equipo. Salió del tanque y se fue a la ducha donde se limpió con rapidez. Sin molestarse en secarse o en vestirse, aquél era el nivel más cálido de la nave, guió a Fedoroff hasta su oficina—. En confianza —admitió—, me encanta tener una excusa para dejar ese trabajo.

—Estarás menos encantado cuando oigas la razón. Significa trabajo duro.

—Mejor aún. Me preguntaba cómo evitar que mi equipo se derrumbase. Éste no es el tipo de actividad que provoca *esprit de corps* espontáneamente. Los chicos se quejarán, pero les hará felices tener algo más que la rutina.

Atravesaron una sección de plantas verdes. Las hojas cubrían todo el pasillo llenando el aire de un olor penetrante, agitándose cuando se las rozaba.

Las frutas colgaban entre ellas como linternas. Se podía entender por qué los que trabajan allí conservaban todavía algo de serenidad.

—Foxe-Jameson me avisó —le explicó Fedoroff—. Estamos lo bastante cerca del centro galáctico como para que se puedan emplear los nuevos instrumentos desarrollados para obtener valores fiables de la densidad de masa allí.

—¿Él? Creí que Nilsson era el encargado de las observaciones.

—Se suponía que sí. —La boca de Fedoroff se convirtió en una línea—. Se está saliendo de madre, últimamente no ha hecho ninguna contribución, sólo disputas y objeciones. El resto de su grupo, incluso un par de hombres del taller que fabrica el material, como Lenkei... tienen que hacer lo que debería hacer él, lo mejor que saben.

—Malo —dijo Pereira habiendo perdido la alegría—. Dependíamos de Nilsson para diseñar instrumentos para la navegación intergaláctica a tau ultrabaja, ¿no?

Fedoroff asintió.

—Será mejor que salga pronto de su estado. Pero ése no es nuestro problema hoy. Vamos a encontrarnos con la zona más densa de todas cuando choquemos con esas nubes, por la relatividad y porque son realmente gruesas. Tengo una confianza razonable en que las atravesaremos sin problemas. Incluso así, me gustaría reforzar partes del casco para asegurarme. —Rió como un lobo—. ¡«Asegurarme», en un vuelo como éste! De cualquier forma, organizaré un equipo de construcción aquí. Tendrás que mover las instalaciones para dejar sitio. Me gustaría discutir los requerimientos generales contigo y hacerte pensar, para que puedas decidir cómo minimizar los problemas para tus operaciones.

—Sí, sí. Aquí es. —Pereira le indicó a Fedoroff que entrase en un cubículo con una mesa y un archivador—. Te mostraré los esquemas de nuestros aparatos.

Hablaron del trabajo durante media hora (pasaron siglos más allá del casco). La simpatía que había mostrado al principio, una de las caras normales que mostraba al mundo, se había desvanecido en Fedoroff. Hablaba en monosílabos hasta el punto de ser desagradable.

Cuando hubo guardado los dibujos y notas, Pereira dijo con calma:

—No duermes bien por las noches, ¿no?

—Estoy ocupado —murmuró el ingeniero.

—Viejo amigo, te encanta el trabajo. Eso no es lo que te ha puesto manchas bajo los ojos. Es Margarita, ¿no?

Fedoroff dio un salto en la silla.

—¿Qué pasa con ella? —Él y Jimenes habían vivido juntos durante varios meses.

—En nuestra comunidad nadie puede evitar darse cuenta de que ella está triste.

Fedoroff miró más allá de la puerta hacia la vegetación.

—Desearía poder dejarla sin sentirme como si desertara —dijo.

—M-m-m... Recuerda que estuve muchas veces con ella antes de que se estableciera contigo. Quizá sé cosas que tú no sabes. No eres insensible, Boris, pero rara vez entiendes la mente femenina. Deseo que os vaya bien. ¿Puedo ayudar?

—La cuestión es que se niega a aceptar el tratamiento de antisenectud. Ni Urho Latvala ni yo podemos convencerla. Sin duda lo intenté demasiado e hice que pensase que la estaba intimidando. Apenas me habla. —El tono de Fedoroff se hizo más duro. Siguió mirando las hojas fuera del cubículo—. Nunca he estado enamorado... de ella. Ni ella de mí. Pero nos tenemos cariño. Quiero hacer lo que pueda por ella. ¿Alguna idea?

—Es una mujer joven —dijo Pereira—. Si nuestras circunstancias la han puesto, cómo lo diría, en tensión, puede reaccionar irracionalmente a cualquier recordatorio de la edad y la muerte.

Fedoroff se dio la vuelta.

—¡No es una ignorante! Sabe perfectamente que el tratamiento debe ser periódico durante toda la vida adulta... o la menopausia la atacará cincuenta años antes de su hora. ¡Dice que eso es lo que quiere!

—¿Por qué?

—Quiere estar muerta antes de que fallen los sistemas químicos y ecológicos. Predijiste cinco décadas, ¿no?

—Sí. Una forma lenta y desagradable de morir. Si para entonces no hemos encontrado un planeta...

—Sigue siendo cristiana. Prejuicios contra el suicidio. —Fedoroff parpadeó—. A mí tampoco me gusta la idea. ¿A quién podría? No se cree que no sea inevitable.

—Sospecho —dijo Pereira— que para ella el verdadero horror es la idea de morir sin hijos. Solía jugar a elegir los nombres de la gran familia que desea.

—¿Quieres decir...? Espera. Déjame pensar. Maldita sea, Nilsson tenía razón el otro día, sobre lo poco probable que era encontrar un hogar. Tengo que estar de acuerdo, la vida en ese caso parece inútil.

—Especialmente para ella. Enfrentada al vacío, se retira, sin duda inconscientemente, hacia una forma permisible de suicido.

—¿Qué podemos hacer, Luis? —preguntó Fedoroff agónicamente.

—Si se pudiese convencer al capitán para que el tratamiento fuese obligatorio. Podría justificar algo así. Suponiendo que a pesar de todo alcanzamos un planeta, la comunidad necesitará que todas las mujeres tengan su período reproductivo al máximo.

El ingeniero se levantó de un salto.

—¿Otra regla? ¿Reymont arrastrándola hasta el médico? ¡No!

—No deberías odiar a Reymont —le reprochó Pereira—. Sois muy parecidos. Ninguno de los dos abandona fácilmente.

—Algún día lo mataré.

—Ahora muestras tu vena romántica —dijo Pereira, intentando calmar la atmósfera—. Él es el pragmatismo personificado.

—Entonces, ¿qué le haría a Margarita? —se mofó Fedoroff.

—Oh... no sé. Algo lógico. Por ejemplo, podría montar un equipo de investigación y desarrollo para mejorar los biosistemas y los ciclos orgánicos, para que la nave fuese habitable indefinidamente, de forma que se le pudiese permitir tener dos hijos al menos...

Sus palabras resonaron.

Los dos hombres se miraron con la boca abierta. Una pregunta corría entre ellos:

¿Por qué no?

María Toomajian corrió al gimnasio y encontró a Johann Freiwald ejercitándose en el trapecio.

—¡Ayudante! —gritó. La guiaba la impotencia—. En la sala de juegos. ¡Una pelea!

Él saltó al suelo y corrió por el pasillo. El ruido le llegó primero, luego voces excitadas. Una docena de personas desocupadas formaban un círculo. Freiwald se abrió paso. En medio, el segundo piloto Pedro Barrios y el enorme cocinero Michael O'Donnell jadeaban y lanzaban puñetazos. Se habían hecho poco daño, pero la imagen era desagradable.

—¡Alto! —bramó Freiwald.

Se pararon, sorprendidos. Muchos habían sido testigos de los trucos que Reymont había enseñado a sus reclutas.

—¿Qué es esta farsa? —exigió Freiwald. Se volvió con desdén hacia los espectadores—. ¿Por qué nadie hizo nada? ¿Son demasiado estúpidos para entender adónde puede llevarnos este tipo de comportamiento?

—Nadie me acusa de hacer trampas con las cartas —dijo O'Donnell.

—Las hiciste —respondió Barrios.

Se embistieron de nuevo. Las manos de Freiwald se dispararon. Agarró los cuellos de las túnicas de ambos y giró las manos, apretando así la nuez de Adán. Los hombres agitaron los brazos y patalearon. Les lanzó un par de *fumikomi*. Perdieron el resuello y se rindieron.

—Podían haber utilizado guantes de boxeo o palos de kendo en el ring —dijo Freiwald—. Ahora irán ante la primer oficial.

—Eh, perdóneme. —Un recién llegado delgado y apuesto cruzó por entre los avergonzados espectadores y tocó a Freiwald en el hombro. Era el cartógrafo Phra Takh—. No creo que sea necesario.

—Ocúpese de sus propios asuntos —gruñó Freiwald.

—Es asunto mío —dijo Takh—. Nuestra unidad es esencial para nuestras vidas. Los castigos oficiales no ayudarán. Soy amigo de esos dos hombres. Creo que puedo mediar en su desacuerdo.

—Debemos tener respeto por las leyes, o estamos acabados —contestó Freiwald—. Me los llevo.

Takh tomó una decisión.

—¿Puedo hablar en privado con usted? ¿Un minuto? —Su tono era urgente.

—Bien... vale —asintió Freiwald—. Ustedes dos se quedan aquí.

Entró en la habitación de juegos con Takh y cerró la puerta.

—No puedo dejar que se resistan a mi autoridad —dijo—. Desde que el capitán Telander dio a los ayudantes estatus oficial actuamos por la nave. —Al llevar pantalones cortos, se bajó un calcetín para mostrar una contusión en el tobillo.

—Podrías ignorarlo —propuso Takh—. Hacer como si no te hubieses dado cuenta. No son malos tipos. Simplemente la monotonía, la falta de propósito y la tensión de no saber si atravesaremos lo que nos queda por delante o si chocaremos con una estrella les vuelve locos.

—Si dejamos que alguien escape a las consecuencias de comenzar una pelea...

—Supón que me los llevo a un lado. Supón que hago que arreglen sus diferencias y que se disculpen contigo. ¿No serviría eso mejor a la causa que un arresto y un castigo sumario?

—Podría ser —dijo Freiwald escéptico—. Pero ¿por qué debería creer que puedes hacerlo?

—Yo también soy un ayudante —le dijo Takh.

—¿Qué? —dijo Freiwald con los ojos desorbitados.

—Pregúntaselo a Reymont cuando estés a solas con él. Se supone que no debo revelar que me reclutó, excepto a un ayudante normal en una situación de emergencia. Que supongo que ésta lo es.

—*Aber...* ¿por qué?

—Él mismo se encuentra con mucho resentimiento, resistencia y evasión —dijo Takh—. Sus agentes a tiempo parcial como tú tienen menos problemas en ese sentido. Rara vez tenéis que hacer algún trabajo sucio. Aun así, hay cierto grado de oposición, y es seguro que nadie hará ninguna confidencia si cree que Reymont pondría alguna objeción. Yo no soy un... un chivato. No nos enfrentamos a ningún problema criminal de verdad. Se supone que debo ser un estímulo, en cualquier medida que pueda. Como ocurre hoy.

—Pensaba que no te gustaba Reymont —dijo Freiwald con voz débil.

—No podría decir que me guste —contestó Takh—. Aun así, me llevó a un lado y me convenció que debía realizar un servicio por la nave. Supongo que no revelarás nuestro secreto.

—Oh no. Por supuesto que no. Ni siquiera a Jane. ¡Qué sorpresa!

—¿Me dejarás resolver el caso de Pedro y Michael?

—Sí —dijo Freiwald ausente—. ¿Cuántos hay como tú?

—No tengo ni la más mínima idea —dijo Takh—, pero sospecho que tiene la esperanza de acabar incluyendo a todo el mundo.

Y salió de la habitación.

14

Las masas nebulares que formaban la parte exterior del núcleo de la galaxia se alzaban como inmensas torres negras. La *Leonora Christine* atravesaba ya las capas exteriores. Delante no se veía ningún sol; en el resto, cada hora brillaban menos y con menor intensidad.

En aquella concentración de materia estelar, la nave se movía con una aerodinámica de cuento de hadas. La inversa de tau era ahora tan enorme que la densidad del espacio no la afectaba demasiado. Es más, tragaba materia con más glotonería que antes y ya no se limitaba a los átomos de hidrógeno. Los selectores reajustados convertían todo lo que encontraban, ya fuese gas o polvo o meteoroides, en combustible y masa de reacción. Su energía cinética y la diferencial de tiempo se incrementaban a un ritmo alocado. Volaba como llevada por un viento que soplaba entre los conjuntos de soles.

Aun así, Reymont llevó a Nilsson a la sala de entrevistas.

Ingrid Lindgren, de uniforme, ocupó su sitio tras la mesa. Había perdido peso, y tenía ojeras. En el camarote había un ruido anormalmente alto y golpes frecuentes recorrían los mamparos y cubiertas. La nave sentía las irregularidades en las nubes como ráfagas, corrientes y vórtices de una creación continua de mundos.

—¿No podríamos esperar hasta haber completado el paso, condestable? —preguntó, simultáneamente furiosa y cansada.

—Creo que no, señora —contestó Reymont—. Si se produce una emergencia, es necesario tener gente convencida de que vale la pena enfrentarse a ella.

—Acusa al profesor Nilsson de extender el descontento. Los reglamentos garantizan la libre expresión.

La silla crujió al moverse el peso del astrónomo.

—Soy un científico —declaró irritado—. No sólo tengo el derecho sino la obligación de manifestar la verdad.

Lindgren lo miró con desaprobación. Se estaba dejando crecer una barba rala, no se había bañado recientemente y llevaba la ropa sucia.

—No tiene derecho a contar historias de terror —dijo Reymont—. ¿No nota lo que hace a algunas de las mujeres, especialmente, cuando habló de aquella forma durante la comida? Eso fue lo que me decidió a intervenir; pero se ha estado buscando problemas durante mucho tiempo, Nilsson.

—Sólo me limité a exponer abiertamente algo que ha sido de conocimiento común desde el principio —respondió el hombre grueso—. No tienen valor para discutirlo en detalle. Yo sí.

—No tienen la mezquindad necesaria. Usted sí.

—Nada de insultos personales —le dijo Lindgren—. Cuéntenme qué sucedió. —Recientemente había decidido comer a solas en su camarote, arguyendo estar ocupada, y no se la veía mucho fuera de sus turnos.

—Ya lo sabe —dijo Nilsson—. Hemos tratado el tema en muchas ocasiones.

—¿Qué tema? —preguntó ella—. Hemos hablado de muchos.

—Hablar, sí, como personas razonables —saltó Reymont—. Nada de sermones a los compañeros de mesa, muchos de los cuales ya se sienten desgraciados de por sí.

—Por favor, condestable. Siga, profesor Nilsson.

El astrónomo se llenó de orgullo.

—Es algo elemental. No entiendo por qué el resto de ustedes han sido tan idiotas como para no considerarlo seriamente. Asumen con tranquilidad que iremos a parar a una galaxia de Virgo y que encontraremos un planeta habitable. Pero díganme cómo. Piensen en los requerimientos: masa, temperatura, radiación, atmósfera, hidrosfera, biosfera... las mejores estimaciones indican que un uno por ciento de las estrellas podrían tener un planeta aproximadamente como la Tierra.

—¿Y? —dijo Lindgren—. Por supuesto...

Pero no iba a quitarle la oportunidad a Nilsson con tanta facilidad. Quizá ni se molestó en escucharla. Fue contando los puntos con los dedos.

—Si un uno por ciento de las estrellas son adecuadas, ¿comprende cuántas tendremos que examinar antes de tener la oportunidad de encontrar lo que buscamos? ¡Cincuenta! Pensaba que cualquiera a bordo podría realizar ese cálculo. Es concebible que tengamos suerte y encontremos nuestra Nueva Tierra a la primera. Pero las posibilidades en contra son de noventa y nueve a una. Sin duda deberemos probar con muchas. Pero analizar cada una llevaría casi un año de desaceleración. Pero recuerde que ésos son años de la nave, porque casi todo el período se pasaría a velocidades muy pequeñas comparadas con la de la luz y eso implica un factor tau de casi la unidad, lo que, además, nos impediría viajar a más de una gravedad.

»Por tanto, debemos contar con dos años por estrella. Como he dicho, la probabilidad razonable, y es sólo una probabilidad razonable, nos dice que tendremos tantas posibilidades de encontrar Nueva Tierra en las cincuenta primeras estrellas que examinemos como que no, y eso requiere cien años de exploración. De hecho son más, porque deberemos detenernos de vez en cuando y recoger laboriosamente masa de reacción para el motor iónico. Antisenectud o no, no viviremos tanto.

»Por tanto, todos nuestros esfuerzos, los riesgos que aceptamos en este fantástico viaje a través de la galaxia para salir al espacio intergaláctico, son un ejercicio fútil, *quod erat demonstrandum*.

—Entre sus muchas características despreciables, Nilsson —dijo Reymont—, se encuentra su hábito de restregar en las narices lo evidente.

—¡Señora! —dijo sorprendido el astrónomo—. ¡Protesto! ¡Presentaré una queja por estos insultos!

—Déjenlo —ordenó Lindgren—. Los dos. Debo admitir que su actitud es provocadora, profesor Nilsson. Por otro lado, condestable, debo recordarle que el profesor Nilsson es uno de los hombres más respetados en su campo que tiene la Tierra... que tenía la Tierra. Merece un respeto.

—No por la forma en que se comporta —le dijo Reymont—. O apesta.

—Sea amable, condestable, o le denunciaré yo misma. —Lindgren tomó aire—. Me parece que no tiene en cuenta el factor humano. Estamos vagando por el espacio y el tiempo; el mundo que conocíamos ya lleva cientos de miles de años en la tumba; corremos casi a ciegas hacia la parte más poblada de la galaxia; en cualquier minuto podemos chocar con algo que nos destruya; en el mejor de los casos tenemos por delante años de un ambiente cerrado y estéril. ¿Espera que la gente no reaccione ante eso?

—Sí, señora, lo espero —dijo Reymont—. Pero no espero que se comporten de forma que la situación sea aún peor.

—Hay algo de verdad en eso —le concedió Lindgren. Nilsson se movió en la silla y adoptó un aire resentido. —Intentaba evitar que se sintiesen decepcionados al final del viaje —murmuró.

—¿Está completamente seguro de que no estaba dando rienda suelta a su ego? —Lindgren suspiró—. No importa. Su punto de vista es legítimo.

—No, no lo es —la contradijo Reymont—. Obtienes un uno por ciento contando todas la estrellas. Pero es evidente que no nos molestaremos en explorar las enanas rojas, la mayoría, o las gigantes azules, o cualquier cosa que quede fuera de un rango espectral muy limitado. Lo que reduce enormemente el campo de búsqueda.

—Que sea un factor de diez —le dijo Nilsson—. No lo creo de verdad, pero postulemos una probabilidad del diez por ciento de encontrar Nueva Tierra en una estrella de tipo Sol. Aun así eso requiere que busquemos entre cinco estrellas para tener una oportunidad razonable. ¿Diez años? Más bien veinte, teniéndolo todo en cuenta. El más joven de nosotros ya habrá dejado muy atrás su juventud. La pérdida de tantas oportunidades reproductivas significa la pérdida correspondiente de herencia genética; para empezar, nuestro pool genético es mínimo. Si esperamos varias décadas para tener hijos, no podremos tener los suficientes. Pocos habrán crecido hasta ser autosuficientes para cuando sus padres estén indefensos por la avanzada edad. En cualquier caso, el conjunto humano morirá por completo en tres o cuatro generaciones. Como puede ver, sé algo sobre deriva genética.

Adoptó una expresión autocomplaciente.

—No quería herir los sentimientos de nadie —añadió—. Sólo tenía el deseo de ayudar, demostrando que la idea de una comunidad de valientes pioneros plantando la semilla de la humanidad en una nueva galaxia... desenmascarándola como la fantasía infantil que es.

—¿Tiene un alternativa? —le preguntó Lindgren.

Apareció un tic en el rostro de Nilsson.

—Sólo el realismo —dijo—. Aceptar el hecho de que jamás dejaremos esta nave. Ajustar nuestro comportamiento a ese hecho.

—¿Ésa es la razón por la que ha estado haciendo el vago en el trabajo? —le exigió Reymont.

—No me gusta la forma en que lo dice, pero es verdad que no tiene sentido construir equipo para la navegación a largo plazo. No vamos a ningún sitio que importe. Ni siquiera puedo entusiasmarme por las propuestas de Fedoroff y Pereira para mejorar los sistemas de soporte vital.

—Supongo que entiende —dijo Reymont— que para quizá la mitad de la gente de a bordo, lo lógico, una vez que hayan decidido que tiene razón, será suicidarse.

—Posiblemente. —Nilsson se encogió de hombros.

—¿Tanto se odia a sí mismo? —preguntó Lindgren.

Nilsson se levantó a medias y se desplomó de nuevo. Gemía ligeramente. Reymont sorprendió a sus dos interlocutores adoptando una actitud amable.

—No te traje aquí sólo para detener tus sermones sobre la destrucción. Me gustaría más saber por qué no has estado trabajando para mejorar nuestras posibilidades.

—¿Cómo?

—Eso es lo que me gustaría que me dijeses. Eres el experto en observación. Si no recuerdo mal, en casa estabas a cargo de un programa que localizó unos cincuenta sistemas planetarios. Identificaste planetas y sus características a través de años luz. ¿Por qué no puedes hacer lo mismo por nosotros?

Nilsson dio un golpe.

—¡Ridículo! Veo que debo explicar la cuestión en términos de jardín de infancia. ¿Lo sufrirá conmigo, primer oficial? Escuche, condestable.

»Le concedo que un instrumento espacial extremadamente grande puede detectar objetos del tamaño de Júpiter a distancia de varios parsecs. Eso si el objeto está bien iluminado sin perderse en el brillo de su sol. Le concedo que por análisis matemático de los datos de perturbación recogidos en un período de años, se pueden extraer algunas ideas sobre planetas vecinos demasiado pequeños para ser fotografiados. Las ambigüedades en las ecuaciones pueden, hasta cierto grado, ser resueltas por un profundo estudio interferométrico de los fenómenos de llamarada en las estrellas; los planetas ejercen una pequeña influencia en esos ciclos.

»Pero —golpeó con el dedo el pecho de Reymont— no comprende lo inciertos que son esos resultados. A los periodistas les encantaba poner en grandes titulares que se había descubierto otro planeta terrestre. Sin embargo, la realidad era siempre que ésa era una posible interpretación de los datos. Sólo una entre numerosas distribuciones posibles de tamaños y órbitas. Y con un gran error. Y eso, entérese, con los mejores instrumentos que podían construirse. Instrumentos que no tenemos ahora, y para los que no tenemos espacio si pudiésemos fabricarlos de alguna forma.

»No, incluso en casa la única forma de obtener información detallada sobre planetas extrasolares era enviar una sonda y luego una expedición tripulada. En nuestro caso, la única forma es desacelerar para un estudio profundo. Y luego, estoy convencido, seguir adelante. Porque debe entender que un planeta que por otra parte parezca ideal puede ser estéril o puede tener una bioquímica nativa que nos sea inútil o venenosa.

»Le ruego, condestable, que aprenda algo de ciencia, un poco de lógica y algo de realismo, ¿eh? —Nilsson acabó con un grito de triunfo.

—Profesor... —intentó Lindgren.

Reymont sonrió con malicia.

—No se preocupe, señora —dijo—. No nos pelearemos por esto. Sus palabras no me afectan.

Observó al otro hombre.

—Lo crea o no —siguió—, ya sabía lo que nos ha contado. También sabía que es, o era, un hombre de recursos. Ideó nuevos métodos y diseñó aparatos que sirvieron para realizar muchos descubrimientos. Realizaba un buen trabajo para nosotros hasta que lo abandonó. ¿Por qué no dedica su cerebro a trabajar en el problema que nos preocupa?

—¿Sería tan amable de sugerir un procedimiento? —dio Nilsson con desprecio.

—No soy un científico, ni un técnico —dijo Reymont—. Aun así, hay un par de cosas que me parecen evidentes. Supongamos que hemos entrado en la galaxia de destino. Nos hemos deshecho de la tau que necesitábamos para llegar allí, pero tenemos todavía... oh, lo que sea conveniente. ¿Diez a la menos tres, quizá? Bien, eso nos da una base muy larga y mucho tiempo cósmico para realizar

observaciones. Durante semanas o meses, en tiempo de la nave, puedes reunir más datos sobre una estrella determinada de los que teníamos sobre cualquier vecina del Sol. Estoy seguro de que podrás encontrar formas de emplear los efectos relativistas para obtener información que no estaba disponible en casa. Y, naturalmente, podemos observar muchas estrellas del tipo del Sol simultáneamente. Por tanto podremos encontrar una que pueda probar, con cifras exactas que no dejen ninguna duda, que tienen planetas con masas y órbitas como las de la Tierra.

—Contando con eso, quedarán las cuestiones sobre atmósfera y biosfera. Precisaremos de observaciones a corta distancia.

—Sí, sí. Pero ¿debemos detenernos para realizarlas? Supongamos que establecemos una ruta que nos lleve cerca de los soles más prometedores, en orden, mientras continuamos viajando cerca de la velocidad de la luz. En tiempo cósmico, tendremos horas y días para examinar los planetas que nos interesen. Espectroscopia, termoscopía, fotografía, magnetismo, escribe tu propia lista de técnicas. Podemos tener una idea razonable de las condiciones en la superficie. También de las condiciones biológicas. Podríamos buscar cosas como desequilibrio termodinámico, espectro de reflexión de clorofila, polarización por la población microbiana basada en L-aminoácidos... sí, supongo que podemos obtener una idea excelente de qué planetas son adecuados. A tau baja, podemos examinar un gran número en poco de nuestro tiempo. En realidad, tendremos que usar sistemas automáticos y electrónicos; nosotros no podríamos trabajar con tanta rapidez. Entonces, cuando hayamos identificado el mundo adecuado, podemos volver a él. Eso llevará un par de años, por supuesto. Pero serán años soportables. Sabremos, con gran probabilidad, que tenemos un hogar esperándonos.

Los rasgos de Lindgren se llenaron de color. Sus ojos ganaron en brillo.

—Por Dios —dijo—, ¿por qué no lo dijo antes?

—Tengo otros problemas en la cabeza —contestó Reymont—. ¿Por qué no lo hizo usted, profesor Nilsson?

—Porque todo ese asunto es absurdo —respondió el astrónomo—. Presupone instrumentos que no tenemos.

—¿Podemos construirlos? Tenemos herramientas, equipo de precisión, material de construcción y trabajadores capaces. Su equipo ya ha realizado algunos progresos.

—Exige que la velocidad y la precisión se incremente por grandes órdenes de magnitud sobre cualquier cosa que haya existido jamás.

—¿Bien? —dijo Reymont.

Nilsson y Lindgren le miraron. La nave temblaba.

—Bien, ¿por qué no podemos desarrollar lo que necesitemos? —preguntó Reymont por sorpresa—. Tenemos a algunas de las personas con más talento, mejor educadas e imaginativas que produjo nuestra civilización. Tenemos todos los campos de la ciencia; lo que no sepan, podrán encontrarlo en las microcintas; están acostumbrados al trabajo interdisciplinario.

»Supongamos, por ejemplo, que Emma Glassgold y Norbert Williams se unen para decidir las especificaciones de un dispositivo para detectar y analizar vida a distancia. Consultarán con otros cuando lo necesiten. Con el tiempo, emplearán físicos, expertos en electrónica y al resto para la construcción y refinamiento. Mientras tanto, profesor Nilsson, usted habrá estado a cargo de un grupo para desarrollar herramientas para planetología remota. De hecho, usted es el hombre lógico para dirigir todo el proyecto.

El tono duro desapareció. Exclamó entusiasmado como un niño:

—Mejor aún, ¡eso es exactamente lo que necesitamos! Un trabajo fascinante y vital que exija todo de lo que todos puedan dar. Aquellos que tengan especialidades no necesarias también intervendrán, como asistentes, dibujantes, obreros manuales... Supongo que tendremos que remodelar una cubierta de carga para acomodar todos los aparatos... Ingrid, ¡es una forma no sólo de salvar nuestras vidas sino también nuestra cordura!

Él se puso en pie. Ella también. Chocaron las manos.

De pronto recordaron a Nilsson. Estaba sentado, empequeñecido, encorvado, temblando y destrozado.

Lindgren fue hacia él alarmada.

—¿Qué pasa?

No levantó la cabeza.

—Es imposible —murmuraba—. Es imposible.

—Seguro que no —le azuzó ella—. Es decir, no tendrías que descubrir nuevas leyes de la naturaleza, ¿no? Los principios básicos son conocidos.

—Deben aplicarse de forma completamente nueva. —Nilsson se cubrió el rostro—. Que Dios me ayude, ya no tengo el cerebro necesario.

Lindgren y Reymont intercambiaron miradas por encima de la forma encorvada. Ella formó palabras sin sonidos. En una ocasión, él le había enseñado el truco del Cuerpo de Rescate de leer los labios cuando no se podía usar la radio de los trajes. Lo habían practicado como algo privado que los unía más.

«¿Tendremos éxito sin él?»

«Lo dudo. Es el mejor jefe para ese tipo de proyecto. Sin él, nuestras posibilidades serán pocas.»

Lindgren se agachó junto a Nilsson. Puso un brazo sobre sus hombros.

—¿Qué pasa? —preguntó de la forma más suave.

—No tengo esperanza —dijo respirando ruidosamente—. Nada por lo que vivir.

—¡Sí lo tienes!

—¿Sabes?... Janet me dejó... hace meses. Ninguna otra mujer... ¿Por qué habría de importarme? ¿Qué me queda a mí?

Los labios de Reymont formaron unas palabras: «Así que eso era todo, la autocompasión.»

—No, te equivocas, Elof —le murmuró ella—. Nos preocupamos por ti. ¿Te pediríamos ayuda si no te respetásemos?

—Mi mente. —Se sentó recto y la miró con los ojos empañados—. Queréis mi inteligencia. Mi consejo. Mis conocimientos y talentos. Para salvaros a vosotros mismos. Pero ¿me queréis a mí? ¿Me consideráis un ser humano? ¡No! El viejo y sucio Nilsson. Apenas hay que ser amable con él. Cuando empieza a hablar, uno busca la primera excusa razonable para irse. No se le invita a las fiestas en los camarotes. Como máximo, si estás desesperado, le pides que sea cuarto en el puente o que encabece un proyecto de desarrollo de nuevos instrumentos. ¿Que esperáis que haga? ¿Agradecéroslo?

—¡Eso no es cierto!

—Oh, no soy tan infantil como algunos —dijo—. Ayudaría si pudiese. Pero te digo que tengo la mente en blanco. No he tenido una idea original en semanas. Di que es el miedo a la muerte que me paraliza. Llámalo impotencia. No me importa.

Porque a mí tampoco me preocupa. Nadie me ha ofrecido amistad, compañía, nada. Me han dejado solo en la oscuridad y el frío. ¿Y te preguntas por qué mi mente está congelada?

Lindgren apartó la vista, escondiendo las expresiones que surcaban su rostro. Cuando se enfrentó de nuevo a Nilsson, sólo mostraba calma.

—No puedo decirte cuánto lo siento, Elof —le dijo—. Tú mismo tienes parte de culpa. Actuabas, bueno, de forma tan autosuficiente, que dimos por supuesto que no querías que te molestaran. De la misma forma que Olga Sobieski, por ejemplo, no quiere que la molesten. Por esa razón se ha mudado a mi camarote. Cuando te uniste a Hussein Sadek...

—Mantiene cerrada la división entre nuestras mitades —chilló Nilsson—. Nunca la levanta. Pero no es por completo a prueba de ruidos. Lo oigo a él y a sus chicas.

—Ahora lo entiendo. —Lindgren sonrió—. Para ser honesta, Elof, me he aburrido de mi existencia actual.

Nilsson hizo un ruido ahogado.

—Creo que tenemos algunos asuntos personales que discutir —dijo Lindgren—. ¿Le... le importa, condestable?

—No —dijo Reymont—. Por supuesto que no. —Y salió del camarote.

15

La *Leonora Christine* se abrió paso tormentosamente a través del núcleo galáctico en veinte mil años. Para los que iban a bordo, el tiempo se midió en horas. Fueron horas de miedo, mientras el casco se agitaba y chirriaba por la tensión, y el paisaje exterior pasaba de la oscuridad total a una neblina cegadora y brillante por los grupos de estrellas. La posibilidad de chocar con un sol no era despreciable; escondido tras una nube de polvo, podría estar frente a la nave en un instante (nadie sabía qué podría sucederle a la estrella. Podría volverse nova. Pero con seguridad la nave quedaría destruida, con demasiada rapidez para que nadie se diese cuenta). Por otra parte, aquélla era la región en la que la inversa de tau alcanzaba valores que sólo podían estimarse, no medirse con precisión. Valores que estaban absolutamente fuera de toda comprensión.

Tuvo un respiro al cruzar la región de espacio vacío en el centro, como atravesar el ojo de un huracán. Foxe-Jameson miró por el visor a los soles amontonados —rojos, blancos y estrellas de neutrones, dos o tres veces más viejos que el Sol o sus vecinos; otros, entrevistos, completamente diferentes a cualquier otro visto o sospechado en el exterior de la galaxia— y casi se echó a llorar.

—¡Terrible! ¡La respuesta a un millón de preguntas, justo ahí fuera, y ni un solo instrumento que pueda usar!

Sus compañeros sonrieron.

—¿Dónde lo publicarías? —preguntó alguien.

La esperanza renacida se expresaba a menudo en ese tipo de humor cruel.

Sin embargo no hubo chistes cuando Boudreau anunció una conferencia con Telander y Reymont. Eso sucedió tan pronto como la nave salió de la nebulosa al otro lado del núcleo y volvía a recorrer el brazo espiral por el que había venido. La escena de la que se alejaba era una bola de fuego que se empequeñecía, mientras se acercaba a una oscuridad en aumento. Pero habían salvado los escollos, el largo viaje a las galaxias de Virgo llevaría sólo unos pocos meses más de vida humana; se había anunciado con gran optimismo el programa de investigación y desarrollo de técnicas para encontrar planetas. Había baile y un alboroto ligeramente borracho en las áreas comunes para celebrarlo. Las risas, los ruidos, las canciones alegres del acordeón de Urho Latvala se deslizaban suavemente hasta el puente.

—Quizá debí dejar que disfrutasen como todos los demás —dijo Boudreau. Su piel parecía sorprendentemente cetrina en comparación con la barba y el pelo—. Pero Mohandas Chidambaran me ha dado los resultados de los cálculos a partir de las últimas medidas, después de que saliésemos del núcleo. Pensaba que yo era el más cualificado para juzgar las consecuencias prácticas... ¡como si existiese algún manual para la navegación intergaláctica! Ahora está a solas en su camarote, meditando. Yo, cuando me sobrepuse al golpe, pensé que lo mejor era informar inmediatamente.

El rostro del capitán Telander se puso rígido, listo para recibir un nuevo golpe.

—¿Cuál es el resultado? —preguntó.

—La densidad de materia en el espacio por delante de nosotros —dijo Boudreau—. Dentro de esta galaxia, entre galaxias y entre grupos completos de galaxias. Dada nuestra tau actual y el corrimiento de frecuencia de la radio emisión de hidrógeno, los instrumentos ya construidos por el equipo astronómico han conseguido una precisión sin precedentes.

—¿Qué han descubierto entonces?

Boudreau se puso tenso.

—La concentración de gas desciende a menor velocidad de lo que suponíamos. Con la tau que probablemente tengamos para cuando dejemos la galaxia de la Vía Láctea... a veinte millones de años luz, a medio camino del grupo de Virgo... y con toda la precisión con la que podemos determinarlo, no nos atreveremos a desconectar los campos de fuerza.

Telander cerró lo ojos.

Reymont habló en un espasmo.

—Ya hemos discutido antes esa posibilidad. —La cicatriz estaba marcada en la frente—. Que incluso entre dos grupos de galaxias no podríamos realizar las reparaciones. Esa es en parte la razón por la que Pereira y Fedoroff quieren mejorar el sistema de soporte vital. Actúa como si tuviese una idea distinta.

—De la que hablamos no hace mucho, usted y yo —le dijo Boudreau al capitán.

Reymont aguardaba.

Boudreau se lo contó con voz desapasionada.

—Los astrónomos descubrieron hace siglos que un grupo o familia de galaxias, como nuestro grupo local, no es la forma más grande en que pueden organizarse las galaxias. Esos conjuntos completos de una o dos docenas de galaxias pueden, a su vez, formar asociaciones mayores. Superfamilias...

Reymont rió con falta de práctica.

—Llámalas clanes —propuso.

—¿*Hein*? ¿Por qué?... vale. Un clan está compuesto de varias familias. La distancia media entre miembros de una familia, galaxias individuales dentro de un grupo, es de, digamos, un millón de años luz. La distancia media entre una familia y la siguiente es mayor, como podría esperarse: del orden de los cincuenta millones de años luz. Nuestro plan era dejar esta familia e ir a la siguiente, el grupo de Virgo. Ambas pertenecen al mismo clan.

—Pero si no tenemos la oportunidad de detenernos, tendremos que dejar el clan.

—Sí, me temo que sí.

—¿A qué distancia está el siguiente?

—No sabría decirlo. No me traje las tablas. Ahora estarían un poco desfasadas, ¿no?

—Tenga cuidado —le advirtió Telander. Boudreau tragó saliva.

—Le pido perdón al capitán. Ése fue un chiste algo peligroso. —Volvió al tono de conferencia—: Chidambaran no cree que nadie estuviese seguro. La concentración de grupos galácticos cae muy rápidamente a una distancia de unos sesenta millones de años luz de aquí. Más allá de eso, hay mucho camino hasta otras regiones ricas. Chidambaran supone que cien millones de años luz, o algo menos. De otra forma, los astrónomos hubiesen podido identificar la estructura jerárquica del universo con mayor facilidad.

»Por supuesto, entre clanes, el espacio está tan cerca del vacío perfecto que no necesitaremos protección.

—¿Podemos navegar ahí? —le soltó Reymont.

El rostro de Boudreau estaba lleno de sudor.

—Entiende los riesgos —dijo—. Nos internaremos en lo desconocido más de lo que habíamos soñado. No podremos tener ni observaciones ni situaciones precisas. Necesitaremos una tau tan...

—Un minuto —dijo Reymont—. Déjenme parafrasear la situación en mi lenguaje coloquial para estar seguro de que la entiendo. —Hizo una pausa, rascándose la barbilla con el sonido del papel de lija (con la lejana música de fondo), con el ceño fruncido, hasta que pudo ordenar sus pensamientos—. Debemos llegar... no sólo al espacio entre familias, sino al espacio interclan —dijo—. Debemos hacerlo en un tiempo de nave prudencial. Por tanto debemos reducir tau a una mil millonésima o menos. ¿Podemos hacerlo? Es evidente, o no habría hablado como lo ha hecho. Supongo que el método es establecer una ruta dentro de esta familia que nos haga pasar por el núcleo de al menos otra galaxia más. Y de la misma forma por la siguiente familia, ya sea el grupo de Virgo o uno diferente determinado por nuestro nuevo plan de vuelo, a través de tantas galaxias individuales como sea posible, siempre acelerando.

»Una vez que dejemos atrás el clan, podremos realizar las reparaciones. Después necesitaremos un período similar de desaceleración. Y ya que nuestra tau será tan pequeña, y el espacio tan vacío, no podremos virar. No habrá suficiente material allí para que actúen los propulsores, ni datos navegacionales suficientes para guiarnos. Habrá que tener la esperanza de atravesar otro clan.

»Con el tiempo, eso debería suceder. Por pura estadística. Sin embargo, podríamos estar ahí fuera mucho tiempo.

—Correcto —dijo Telander—. Lo entiende.

Arriba habían empezado a cantar.

...Pero mi verdadero amor y yo nos volveremos a encontrar

en las blancas, blancas orillas del lago Lomond.

—Bien —dijo Reymont—, parece que la cautela no es una virtud. Más bien para nosotros se ha convertido en un vicio.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Boudreau.

Reymont se encogió de hombros.

—Necesitaremos algo más que la tau para atravesar el espacio hasta el siguiente clan, a cien millones de años luz o donde esté. Necesitaremos la tau para una búsqueda que nos llevará más allá de un gran número de ellos, quizá por miles de millones de años luz, hasta que encontremos uno en el que podamos entrar. Confío en que podrá establecer una ruta por ese primer clan que nos dé esa velocidad. No se preocupe por las posibles colisiones. No podemos permitirnos preocupaciones. Mándenos por el área de gas y polvo más densa que pueda encontrar.

—Se... lo está tomando... con bastante frialdad —dijo Telander.

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Echarme a llorar?

—Esa es la razón por la que pensé que debía ser usted el primero en oír la noticia —dijo Boudreau—. Así podrá decírselo a los otros.

Reymont miró a ambos hombres durante un momento que se hizo eterno.

—No soy el capitán, ¿saben? —les recordó.

La sonrisa de Telander fue un espasmo.

—En cierto sentido, condestable, lo es.

Reymont se acercó al panel de instrumentos más cercano.

Se quedó de pie frente a sus ojos de duende con la cabeza inclinada y los pulgares en el cinturón.

—Bien —murmuró—. Si de verdad quiere que me haga cargo.

—Creo que es mejor que lo haga.

—Bien, en ese caso... Son buena gente. La moral vuelve a subir, ahora que han visto un verdadero logro propio. Creo que comprenderán, no sólo intelectualmente, sino emocionalmente, que no hay diferencia humana entre un millón, mil millones o diez mil millones de años luz. El exilio es el mismo.

—El tiempo implicado, sin embargo... —dijo Telander.

—Sí. —Reymont volvió a mirarles—. No sé qué proporción de nuestras vidas podemos dedicar a este viaje. No mucha. Las condiciones son demasiado artificiales. Algunos podemos adaptarnos, pero sabemos que otros no pueden. Debemos hacer que tau sea tan baja como podamos, sin que importen los peligros. No sólo para hacer que el viaje sea lo más corto posible para soportarlo. Sino también por la necesidad psicológica de hacer lo máximo posible.

—¿Cómo es eso?

—¿No lo entiende? Es nuestra forma de luchar contra el universo. *Vogue la galére*. Apostarlo todo. A toda máquina y al infierno los torpedos. Creo que si podemos plantear el problema a nuestros compañeros de esa forma, se animaran. Durante un tiempo, al menos.

Los pajarillos cantan y las florecillas salvajes brotan,

y bajo la luz del sol duermen las aguas...

16

La ruta fuera de la Vía Láctea no fue recta; se desviaba un poco, incluso varios siglos luz, para atravesar las nebulosas y acumulaciones de polvo más densas de entre las disponibles. Aun así, pasaron días a bordo hasta que la nave estuvo en el límite del brazo espiral, dirigida hacia una noche desprovista casi por completo de estrellas.

Johann Freiwald le llevó a Emma Glassgold un aparato que había fabricado para ella. Como habían propuesto, ella unía sus fuerzas a las de Norbert Williams para diseñar detectores de vida de largo alcance. El mecánico la encontró trajinando en el laboratorio, con las manos ocupadas y tarareando para sí misma. Los aparatos y el resto del material eran esotéricos, los olores químicos intensos, y de fondo estaba el interminable murmullo y el temblor que indicaban que la nave seguía adelante; y aun así Emma podía haber sido una simple recién casada que le preparaba a su esposo un pastel de cumpleaños.

—Gracias. —Sonrió al recoger el aparato.

—Pareces feliz —dijo Freiwald—. ¿Por qué?

—¿Por qué no?

Él movió el brazo en un gesto violento.

—¡Por todo!

—Bien... naturalmente, fue una desilusión lo del cúmulo de Virgo. Aun así, Norbert y yo... —Se detuvo poniéndose roja—. Aquí tenemos un problema fascinante, un verdadero desafío, y él ya ha hecho una propuesta brillante. —Inclinó la cabeza y miró a Freiwald—. Nunca te había visto tan deprimido. ¿Qué ha sido de ese feliz nietzchenismo tuyo?

—Hoy abandonamos la galaxia —dijo—. Para siempre.

—Pero, ya sabías...

—Sí. También sabía, sé, que debo morir algún día, y Jane también, lo que es aún peor. Pero eso no lo hace más fácil. ¿Crees que alguna vez nos detendremos? —le preguntó de pronto el enorme hombre rubio.

—No lo sé —le contestó Glassgold. Se puso de puntillas para palmearle en los hombros—. No fue fácil resignarme a esa posibilidad. Sin embargo, lo conseguí, gracias a la misericordia de Dios. Ahora puedo aceptar lo que vaya a suceder, y disfrutar de lo bueno que venga. Estoy segura de que puedes hacer lo mismo, Johann.

—Lo intento —dijo—. Está tan oscuro ahí fuera. Nunca pensé que yo, un adulto, volviese a tener miedo de la oscuridad.

El gran remolino de soles se contrajo y se hizo menos brillante a popa. Otro comenzó a aparecer lentamente por delante. En el visor aparecía como un objeto delicado, de esmerada belleza, como una tela enjoyada. Más allá, a su alrededor, aparecieron más, pequeños borrones y puntos de luz. Parecían monstruosamente lejanos y aislados, a pesar del encogimiento einsteniano del espacio a la velocidad de la *Leonora Christine*.

La velocidad seguía aumentando, no tan rápido como en las regiones que habían dejado atrás —allí la concentración de gas era de una cienmilésima de las cercanías del Sol—, pero lo suficiente para llevarla a la siguiente galaxia en unas

semanas de su tiempo. No podrían obtenerse observaciones precisas sin mejoras radicales de la tecnología astronómica: una tarea a la que Nilsson y su equipo se entregaron con la intensidad de los fugitivos.

Realizó un descubrimiento al probar personalmente una unidad fotoconversora. Allí fuera había unas pocas estrellas. No sabía si perturbaciones caóticas las habían lanzado a la deriva fuera de sus galaxias de origen, muchos miles de millones de años atrás, o si de alguna forma desconocida se habían formado en aquellas regiones remotas. Por un azar grotescamente improbable, la nave pasó tan cerca de una que pudo identificarla —una vieja y apagada enana roja— y fue capaz de demostrar que tenía planetas, por lo poco que su aparato pudo ver antes de que el sistema fuese tragado por la distancia.

Era una idea extraña, esos mundos helados y en sombras, muchas veces más viejos que la Tierra, quizás uno o dos con vida, y sin ninguna estrella que iluminase sus noches. Cuando se lo comentó a Lindgren, ella le dijo que no divulgase esa información.

Varios días más tarde, al volver del trabajo, abrió la puerta de su camarote y la encontró allí. Ella no se dio cuenta. Estaba sentada en la cama, de espaldas, con los ojos fijos en una foto familiar. La luz era poco intensa y la dejaba a oscuras, pero a su vez era tan fría que su pelo parecía blanco. Rasgueó el laúd y cantó... ¿para sí misma? No era la alegría de su amado Bellman. La lengua, de hecho, era danés. Después de unos momentos, Nilsson reconoció la letra, *La canción de Gurre* de Jacobsen, y la melodía que Schónberg había escrito para ella.

Se oyó la llamada del rey Valdemar a sus hombres, levantados de los ataúdes para seguirle en el viaje espectral que estaba condenado a realizar.

¡Saludos, rey, aquí en el lago Gurre!

Desde la isla comenzamos nuestra búsqueda,

deja que la flecha vuele desde los arcos sin cuerda

que hemos apuntado con un ojo ciego.

Golpeamos y perseguimos al ciervo de las sombras,

y la sangre fluirá como el rocío de las heridas.

Los cuervos de la noche vuelan

aleteando sombríos,

y el follaje hace resonar los cascos,

así que debemos buscar todas las noches,

dice, hasta el día del juicio final.

Caballos, perros,

¡deteneos sobre esta tierra!

Aquí está el castillo que una vez fue.

Alimenta tus caballos con los cardos;

los hombres pueden comer de su renombre.

Comenzó a cantar los siguientes versos, el llanto de Valdemar por su amor perdido; pero titubeó y fue directamente a las palabras de sus hombres mientras amanecía.

El gallo levantó la cabeza para cantar,

tiene el día dentro de él,

y el rocío de la mañana es rojo

por la herrumbre de las espadas.

¡Ya ha pasado el momento!

Las tumbas reclaman con bocas abiertas,

y la tierra absorbe todos los terrores

temerosos de la luz.

¡Húndete, húndete!

Fuerte y radiante, llega la vida,

con hazañas y ritmos pesados.

Y nosotros somos muertos.

Tristes y muertos,

angustiados y muertos.

¡A las tumbas! ¡A las tumbas! Al sueño de pesadillas...

¡Oh, si pudiésemos descansar en paz!

—Eso me suena demasiado cercano, querida —le dijo Nilsson, después de un momento de silencio.

Ella miró a su alrededor. El cansancio era evidente en su rostro.

—No lo cantaría en público —contestó.

Preocupado, él se acercó, se sentó a su lado y preguntó:

—¿Crees de verdad que la nuestra es la búsqueda alocada de los condenados? No lo sabía.

—Intento que no se note. —Miraba directamente al frente. Tocaba con los dedos algunas cuerdas del laúd—. A veces... Ahora estamos en el año un millón, ¿sabes?

Él la cogió por la cintura.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte, Ingrid? Lo que sea.

Ella agitó la cabeza.

—Te debo tanto —dijo él—. Tu fuerza, tu amabilidad, tú misma. Me convertiste de nuevo en un hombre. —Luego añadió con dificultad—: No el mejor de los hombres, lo admito. No soy guapo o encantador o ingenioso. A menudo olvido siquiera intentar ser un buen compañero para ti. Pero quiero serlo.

—Por supuesto, Elof.

—Si tú, bien... te has cansado de nuestro acuerdo... o simplemente quieres más variedad...

—No. Nada de eso. —Puso el laúd a un lado—. Debemos llevar esta nave a puerto, si podemos. No me atrevo a que nada más tenga importancia.

Él la miró herido; pero antes de poder preguntar qué quería decir, ella sonrió, lo besó y dijo:

—Aun así, nos vendría bien un descanso. Un tiempo para olvidar. Puedes hacer algo por mí, Elof. Saca nuestras raciones de licor. Sírvete la mayor parte; eres muy dulce cuando has disuelto tu timidez. Invitaremos a alguien joven y alegre (creo que Luis y María) y nos reiremos y jugaremos y haremos tonterías en este camarote y derramaremos un cubo de agua sobre aquel que diga algo en serio... ¿Lo harás?

—Si puedo —dijo él.

La *Leonora Christine* penetró en la nueva galaxia por el plano ecuatorial, para maximizar la distancia que debería atravesar por entre el gas y el polvo estelar. Incluso en el borde, donde los soles todavía estaban muy dispersos, empezó a alcanzar aceleraciones más altas. La furia de aquel paso la hizo vibrar con mayor fuerza y ruido.

El capitán Telander estaba en el puente. Aparentemente tenía poco control. Ya se había tomado la decisión; el brazo espiral aparecía frente a ellos doblado como una carretera azul y plateada. Ocasionalmente, estrellas gigantes se acercaban lo suficiente para aparecer en las pantallas, se veían ahora modificadas, distorsionadas por los efectos de la velocidad que las hacía correr como si fuesen chispas impulsadas por el viento para chocar contra la nave. De vez en cuando una nebulosa densa la envolvía en la noche o en la ardiente fluorescencia de los fuegos estelares recién nacidos.

Lenkei y Barrios eran los hombres importantes en aquella situación, dirigiendo la nave manualmente a través de aquel fantástico viaje por cientos de miles de años luz. La pantalla frente a ellos, la voz por el intercomunicador del navegante Boudreau diciendo lo que parecía haber frente a ellos o la del ingeniero Fedoroff advirtiéndoles de tensiones inaguantables, les servían de cierta guía. Pero la nave era demasiado rápida, demasiado pesada para virar con facilidad, los instrumentos en los que antes se podía confiar se habían convertido en oráculos délficos. La mayor parte del tiempo los pilotos se guiaban por su habilidad e instinto, y quizá por las oraciones.

El capitán Telander permaneció sentado durante esas horas, tan inmóvil que parecía muerto. Algunas veces se movía. («Se ha identificado una alta concentración de materia, señor. Podría ser demasiado gruesa. ¿Intentamos bordearla?») Y él daba la respuesta. («No, continúen, aprovechen todas las oportunidades de reducir tau si creen que tenemos una probabilidad de al menos el cincuenta por ciento a nuestro favor.») El tono era tranquilo y firme.

Las nubes alrededor del núcleo eran más densas y se comportaban peor que las de su galaxia de origen. Resonaron truenos en el casco, que sufría aceleraciones que cambiaban con tal rapidez que no podían compensarlas. El equipo se salió de los contenedores y golpeó el suelo; las luces fallaron, se apagaron, pero de alguna forma fueron encendidas de nuevo por hombres sudorosos y cansados equipados con linternas; la gente en los camarotes oscuros esperaba la muerte.

—Sigan con nuestro curso —ordenó Telander; y se le obedeció.

Y la nave sobrevivió. Se abrió paso hasta el espacio estrellado y salió por el otro lado de la inmensa espiral de fuego. En algo menos de una hora, había vuelto a las regiones intergalácticas. Telander lo anunció sin fanfarria.

Algunos lanzaron vítores.

Boudreau se acercó al capitán, temblando pero con el rostro alegre.

—*Mon Dieu*, señor, ¡lo conseguimos! No sabía si sería posible. Yo no hubiese tenido el valor de dar esa orden. ¡Tenía usted razón! ¡Nos ha dado todo lo que deseábamos!

—Todavía no —dijo el hombre sentado. La inflexión de voz no había cambiado. Miró más allá de Boudreau—. ¿Ha corregido los datos de navegación? ¿Podremos utilizar otra galaxia en esta familia?

—Eh... bien, sí. Varias, aunque algunas son pequeños sistemas elípticos, y posiblemente apenas podremos pasar por ellas. Tenemos una velocidad demasiado grande. Sin embargo, por la misma razón, deberíamos tener menos problemas y peligros cada vez, teniendo en cuenta nuestra masa. Y al menos podremos utilizar de la misma forma otras dos familias galácticas, puede que tres. —Boudreau se acarició la barba—. Estimo que en otro mes podremos estar en el espacio interclan, muy adentro para que podamos realizar las reparaciones.

—Bien —dijo Telander.

Boudreau lo miró con atención y se sorprendió. Bajo una cuidadosa falta de expresión el rostro del capitán era el de un hombre completamente vacío.

Oscuridad.

La noche total.

Los instrumentos, llevando al límite la amplificación y reconvirtiendo longitudes de ondas, podían identificar algunas chispas en aquel pozo. Los sentidos humanos no podían ver nada de nada.

—Estamos muertos. —Las palabras de Fedoroff resonaron en auriculares y cráneos.

—Yo me siento vivo —contestó Reymont.

—¿Qué es la muerte sino el aislamiento total? Ningún sol, ninguna estrella, ningún sonido, ningún peso, ninguna sombra... —La voz de Fedoroff era entrecortada, demasiado evidente en una radio que ya no tenía el ruido de fondo de las interferencias cósmicas. Su cabeza era invisible frente al espacio vacío. La lámpara del traje lanzaba sobre el casco de la nave un triste chorro de luz que se reflejaba y se perdía en las distancias.

—Vamos a movernos —le dijo Reymont.

—¿Quién es para dar órdenes? —le exigió otro hombre—. ¿Qué sabe de motores Bussard? ¿Por qué está aquí fuera con el grupo de trabajo?

—Puedo trabajar en caída libre y con traje espacial —le dijo Reymont—, y por tanto soy un par de manos extra. Y sé que es mejor que hagamos el trabajo rápido. Que parece más de lo que ustedes, cerebros de chorlito, entienden.

—¿Por qué tanta prisa? —se burló Fedoroff—. Tenemos la eternidad. Estamos muertos, recuerde.

—Estaremos muertos de veras si nos vemos atrapados, sin los campos de fuerza, en algo parecido a una verdadera concentración de materia —le respondió Reymont—. Menos de un átomo por metro cúbico podría matarnos a nuestra tau actual, lo que pone el siguiente clan galáctico a una semana de distancia.

—¿Y qué?

—¿Está usted completamente seguro, Fedoroff, de que no chocaremos con una galaxia en embrión, una familia, o un clan... alguna enorme nube de hidrógeno, todavía oscura, todavía cayendo sobre sí misma... en cualquier momento?

—En cualquier milenio, quiere decir —le dijo el ingeniero jefe. Pero evidentemente afectado por el ánimo de Reymont, se dirigió a popa desde la esclusa principal de personal.

Era, en realidad, una banda de fantasmas. No era extraño que él, que nunca había sido un cobarde, hubiese oído por un momento el aleteo de las Furias. Podría pensarse que el espacio es negro. Pero en ocasiones como aquéllas uno recordaba que había estado abarrotado de estrellas. Cualquier forma se recortaba sobre soles, cúmulos, constelaciones, nebulosas y galaxias hermanas; ¡oh, el cosmos estaba repleto de luz! El cosmos interior. Allí la situación era peor que un fondo oscuro. No había fondo. Ninguno en absoluto. Las formas rechonchas de los hombres en traje espacial y la larga curva del casco, se veían como retazos inconexos y fugitivos. Al dejar de acelerar había desaparecido también el peso. Ni siquiera existía el ligero efecto de gravedad diferencial por estar en órbita. Un hombre se movía como en un sueño infinito de agua, vuelo o caída. Y aun así... recordó que su cuerpo sin peso tenía la masa de una montaña. ¿Había un peso verdadero en su flotar; o habían cambiado sutilmente las constantes de la inercia, o era tan plana allí la métrica del espacio-tiempo hasta ser completamente recta; o era una ilusión, producida por la tumba de silencio que le rodeaba? ¿Qué era una ilusión? ¿Qué era realidad? ¿Era real?

Atados juntos, unidos por suelas de enlace al metal de la nave (curioso, el terror que se sentía de soltarse, la extinción sería la misma si hubiese sucedido en los pequeños caminos espaciales del Sistema Solar, pero la idea de recorrer gigaaños como un meteoro a escala estelar era extrañamente solitaria), los detalles de ingeniería les guiaban por el casco, más allá de la estructura imbricada del generador hidromagnético. Aquellas costillas parecían terriblemente frágiles.

—Supongamos que no podemos arreglar la mitad de desaceleración del módulo —dijo una voz—. ¿Continuamos? ¿Qué nos sucederá? Es decir, ¿no serán distintas las leyes en el borde del universo? ¿No nos convertiremos en algo terrible?

—El espacio es isotrópico —ladró Reymont a la oscuridad—. «El borde del universo» es una tontería. Y empecemos dando por supuesto que podemos arreglar esa estúpida máquina.

Escuchó algunos insultos y sonrió como un carnívoro. Cuando se detuvieron y empezaron a asegurar las cuerdas de seguridad individualmente a las vigas del motor iónico, Fedoroff pegó el casco al de Reymont para mantener por conducción una charla privada.

—Gracias, condestable —dijo.

—¿Por qué?

—Por ser un bastardo tan prosaico.

—Bien, el trabajo de reparación es bastante prosaico. Puede que hayamos recorrido mucho camino, puede que hayamos sobrevivido a la raza que nos vio nacer, pero no hemos dejado de ser una especie de monos con nariz. ¿Por qué tomarnos a nosotros mismos tan en serio?

—Vaya. Entiendo por qué Lindgren insistió en que le trajésemos con nosotros. —Fedoroff se aclaró la garganta—. Respecto a ella...

—Sí.

—Yo... estaba furioso... por su trato con ella. Era eso principalmente. Por supuesto, fui, ¡uh!, humillado personalmente. Pero un hombre debería ser capaz de superar algo así. Sin embargo, me preocupaba mucho por ella.

—Olvídelo —dijo Reymont.

—No puedo hacerlo. Pero quizá pueda entender un poco lo que hice en el pasado. Usted también debía estar herido. Y ahora, por sus propias razones, nos ha dejado a los dos. ¿Nos damos la mano y volvemos a ser amigos, Charles?

—Claro. Yo también lo quería. Los buenos hombres son difíciles de encontrar. —Los guantes se buscaron para agarrarse.

—Bien. —Fedoroff volvió a conectar su transmisor y saltó de la nave—. Vamos a popa y echemos un vistazo al problema.

17

La luz comenzó a brillar al frente, un grupo disperso de puntos como estrellas que se aproximaron, en número y brillo, hasta la gloria. Su dominio se amplió; en aquel momento el visor los mostraba ocupando casi la mitad del cielo; y aun así aquella área crecía y se hacía más brillante.

Aquellas extrañas constelaciones no estaban formadas por estrellas. Eran, al principio, familias enteras de galaxias formando un clan. Más tarde, a medida que avanzaba la nave, se dividieron en cúmulos y luego en miembros separados.

La reconstrucción que el visor realizaba del punto de vista de un observador estacionario sólo era aproximada. Del espectro recibido, un ordenador estimaba cual debía ser el desplazamiento Doppler, y por tanto la aberración, y realizaba los ajustes correspondientes. Pero no eran más que estimaciones.

Se creía que el clan se encontraba a trescientos millones de años luz de casa. Pero no había mapas de aquellas profundidades, ni estándares de medida. El error probable en el valor derivado de tau era enorme. Factores como la absorción simplemente no se encontraban en ninguna obra de consulta a bordo.

La *Leonora Christine* podía haber buscado un destino menos remoto, para el que hubiese datos más fiables. Sin embargo —teniendo en cuenta que a una tau ultra baja no era fácil de dirigir— la ruta la hubiese llevado a través de menos materia dentro del clan de la Vía Láctea-Andrómeda-Virgo. Hubiese ganado menos velocidad; y ahora corría a una velocidad tan cercana a *C* que todo incremento significaba una diferencia apreciable. Paradójicamente, el tiempo de a bordo hasta el siguiente destino posible hubiese sido mayor que para éste.

Y no se sabía, tampoco, cuánto tiempo podría aguantar la gente que viajaba en la nave.

La alegría producida por la reparación del desacelerador fue corta. Porque la otra mitad del módulo Bussard tampoco podía funcionar en el espacio interclan. Allí el gas primordial era por fin demasiado disperso. Por tanto, durante semanas la nave debía seguir una trayectoria inamovible establecida por la balística surreal de la relatividad. En el interior de la nave todo estaba ingrávido. Se discutía emplear los impulsores fónicos laterales para hacerla girar y crear así una pseudogravedad centrífuga. A pesar de su tamaño, eso hubiese provocado efectos radiales y de Coriolis que hubiesen sido demasiado problemáticos. No se la había diseñado para algo así, ni la gente estaba entrenada para ello.

Debían aguantar semanas, mientras en el exterior pasaban eras geológicas.

Reymont abrió la puerta de su camarote. El cansancio le hizo descuidado. Se empujó demasiado contra el mamparo y al soltarse salió despedido. Por un momento flotó en el aire. Pero rebotó en el otro lado del corredor, empujó y volvió a intentarlo. Una vez dentro del camarote, agarró otra barra antes de cerrar la puerta.

A aquella hora había esperado que Chi-Yuen Ai-Ling va estuviese dormida. Pero flotaba despierta, a unos pocos centímetros por encima de las camas unidas, con un solo cordón que la sujetaba. Al entrar, ella apagó la pantalla de la biblioteca con una rapidez que demostraba que no había estado prestando atención al libro proyectado en ella.

—¿Tú también? —La pregunta de Reymont pareció un grito. Habían estado acostumbrados durante tanto tiempo al pulso del motor junto a la fuerza de la aceleración, que la caída libre llenaba de silencio la nave hasta los topes.

—¿Qué? —Tenía una sonrisa incierta y preocupada. No se habían visto mucho últimamente. Él estaba demasiado ocupado por las nuevas condiciones, organizando, ordenando, obligando, preparando y planeando. Sólo venía para recuperar el poco sueño que podía.

—¿También tú eres incapaz de descansar en cero g? —preguntó él.

—No. Es decir, sí puedo. Un extraño sopor ligero, lleno de sueños, pero me siento bien después.

—Bien. —Suspiró—. Han aparecido dos casos más.

—¿Te refieres a insomnes?

—Sí. Casi colapsos nerviosos. Cada vez que se duermen se despiertan gritando. Tienen pesadillas. No estoy del todo seguro si se debe por completo a la ingravidez o es algo ya cercano al punto de ruptura. Tampoco lo sabe Urho Latvala. Acabo de hablar con él. Quería mi opinión sobre qué hacer, ahora que le quedan pocas drogas.

—¿Qué le dijiste?

Reymont intentó un sonrisa.

—Le dije quién creía que debía tenerlas incondicionalmente, y quién podría sobrevivir sin ellas.

—Comprendes que el problema no son simplemente los efectos psicológicos —dijo Chi-Yuen—. Es la fatiga. El puro cansancio físico, al intentar hacer demasiadas cosas en un ambiente sin gravedad.

—Por supuesto. —Reymont metió una pierna bajo la barra para mantenerse mientras empezaba a quitarse el mono—. Es innecesario. Los hombres del espacio normales saben cómo manejarse, y tú, yo y unos pocos más. No nos cansamos al intentar coordinar los músculos. Son esos científicos terrestres los que lo hacen.

—¿Cuánto tiempo más, Charles?

—¿De esta forma? ¿Quién sabe? Planean reactivar mañana los campos de fuerza, a la potencia mínima de las plantas de energía. Una precaución, en caso de que choquemos con materia más densa antes de lo esperado. La última estimación que he oído sobre cuando alcanzaremos otro clan es de una semana.

Ella se relajó aliviada.

—Eso lo podemos soportar. Y entonces... buscaremos nuestro nuevo hogar.

—Eso espero —gruñó Reymont. Guardó las ropas, tembló un poco aunque el aire estaba caliente y sacó el pijama.

Chi-Yuen se acercó. Su agarre la detuvo.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿No lo sabes?

—Mira, Ai-Ling —dijo cansado—, se te ha informado como a todos los demás sobre los problemas de instrumentación. Por el maldito infierno, ¿cómo esperas que pueda contestar a algo así?

—Lo siento...

—¿Hay que acusar a los oficiales si los pasajeros no escuchan sus informes o no los entienden? —La voz de Reymont se elevó con furia—. Algunos de vosotros os estáis desmoronando de nuevo. Algunos os habéis refugiado tras las barricadas de la apatía, la religión, el sexo, o cualquier otra cosa, hasta que nada se queda en

vuestra memoria. La mayor parte de vosotros... bien, fue saludable el trabajo en esos proyectos de investigación y desarrollo, pero se ha convertido en un mecanismo de defensa por sí mismo. Otra forma de limitar vuestra atención para excluir ese enorme universo malvado. Y ahora, cuando la caída libre os impide seguir trabajando, volvéis a meteros en vuestros pequeños agujeros. —En tono cruel—: Adelante. Haz lo que quieras. Todos vosotros podéis hacer lo que queráis. ¡Pero no vuelvas a chincharme! ¿Me oyes?

Se puso el pijama, se dirigió a la cama y se ajustó el cordón de seguridad alrededor de la cintura. Chi-Yuen se acercó para abrazarle.

—¡Oh, amor! —le susurró—. Lo siento. Estás cansado, ¿no?

—Ha sido duro para todos nosotros —dijo él.

—Lo peor para ti. —Repasó con los dedos sus mejillas, las líneas profundas, y los ojos enrojecidos y hundidos—. ¿Por qué no descansas?

—Me gustaría.

Ella lo hizo tenderse y se acercó aún más. Su pelo flotaba sobre la cara de él, y olía a rayos de sol de la Tierra.

—Hazlo —dijo—. Puedes. ¿No es agradable no sentirse tan pesado?

—M-m... sí, en cierta forma... Ai-Ling, conoces bien a Iwasaki. ¿Crees que puede aguantar sin tranquilizantes? Ni el doctor ni yo estábamos seguros.

—Calla. —Le tapó la boca con la mano—. No te preocupes por eso.

—Pero...

—No, no te lo permitiré. La nave no va a estrellarse sólo porque pases una noche decente de sueño.

—Vale... vale... puede que no.

—Cierra los ojos. Déjame darte un masaje en la frente... así. ¿No te sientes algo mejor? Ahora piensa en cosas bonitas.

—Como qué.

—¿Las has olvidado? Piensa en el hogar. No. Supongo que mejor no. Piensa en el hogar que vamos a encontrar. Cielos azules. Cálida luz brillante, la luz atravesando las hojas, moteando las sombras, parpadeando en un río; y el río fluye, fluye, fluye, cantándote para que duermas.

—Mm-m-m.

Ella le dio un beso suave.

—Nuestra propia casa. Un jardín. Extrañas flores llenas de color. Oh, pero también plantaremos semillas de la Tierra: rosas, madreselvas, manzanos, romero para el recuerdo. Nuestros hijos...

Él se agitó. Le volvió la preocupación.

—Espera un momento, no podemos hacer planes personales. Todavía no. Podrías no querer, ¡uh!, a un hombre determinado. Me gustas, por supuesto, pero...

Ella le volvió a cerrar los ojos antes de que él viese el dolor en los de ella.

—Estamos soñando despiertos, Charles. —Rió en voz baja—. Deja de ser tan solemne y literal. Simplemente piensa en niños, los niños de todos, jugando en un jardín. Piensa en el río. En los bosques. En las montañas. En las canciones de los pájaros. En la paz.

Él la agarró por la cintura.

—Eres una buena persona.

—Tú eres tú mismo. Una buena persona que necesita ser abrazada. ¿Te gustaría que te cantase para que te duermas?

—Sí. —Sus palabras apenas eran claras—. Por favor. Me gusta la música china.

Ella siguió acariciándole la frente mientras recuperaba el aliento.

El intercomunicador se activó.

—Condestable —dijo la voz de Telander—, ¿está usted ahí?

Reymont despertó de pronto.

—No —le pidió Chi-Yuen.

—Sí —dijo Reymont—, aquí estoy.

—¿Podría venir al puente? Es confidencial.

—Sí, sí. —Reymont soltó el cordón de seguridad y se sacó la parte de arriba del pijama por la cabeza.

—No podían darte ni cinco minutos, ¿eh? —dijo Chi-Yuen.

—Debe ser importante —contestó él—. No lo comentes antes de que yo te diga algo. —En unos momentos se volvió a meter en el mono y en los zapatos, y se puso en camino.

Le esperaban Telander y, sorprendentemente, Nilsson. El capitán tenía aspecto de haber recibido un golpe en el estómago. El astrónomo estaba excitado pero no había perdido su autocontrol de los últimos meses. Sostenía una hoja de papel escrita.

—Dificultades de navegación, ¿eh? —dedujo Charles Reymont—. ¿Dónde está Boudreau?

—No le implica inmediatamente —dijo Nilsson—. He estado calculando el significado de las observaciones realizadas con los nuevos instrumentos. He llegado a, eh, una conclusión frustrante.

Reymont agarró con los dedos una barra de sujeción y se quedó quieto mirándolos, leyéndolos. Las luces fluorescentes creaban sombras en su cara. Las líneas grises que habían aparecido recientemente en su pelo destacaban en contraste.

—A pesar de todo no podemos llegar al clan frente a nosotros —adelantó.

—Exacto —dijo Telander.

—No, no es estrictamente exacto —declaró Nilsson nervioso—. Lo atravesaremos. De hecho, pasaremos no sólo por la región general, sino, si queremos, por un gran número de galaxias dentro de algunas familias que forman el clan.

—¿Ya puede distinguir tantos detalles? —le preguntó Reymont—. Boudreau no podía.

—Ya le he dicho que tengo equipo nuevo, con capacidad mejorada —dijo Nilsson—. Recordará que después de que Ingrid me diese lecciones especiales, fui capaz de trabajar en caída libre con algo de eficacia. La precisión de los datos parece mayor de la que esperábamos cuando, ¡ah!, empezamos el proyecto. Sí, tengo un mapa razonablemente preciso de la zona del clan que podríamos atravesar. Con esa base, he calculado las opciones que tenemos.

—¡Vaya a lo importante, maldita sea! —le gritó Reymont. Al instante se controló, respiró profundamente y dijo—: Disculpen. Estoy algo cansado. Por favor, continúe. Una vez que lleguemos a la zona donde los propulsores tengan una cantidad de materia razonable para funcionar, ¿por qué no podemos frenar?

—Podemos —respondió Nilsson con rapidez—. Por supuesto que podemos. Pero nuestra tau inversa es inmensa. Recuerde que la obtuvimos al pasar por las zonas más densas posibles de varias galaxias, en nuestro camino al espacio interclan. Era necesario. No discuto la validez de la decisión. Aun así, el resultado es que estamos limitados en las rutas que podemos tomar que intercepten el espacio ocupado por ese clan. Esas rutas forman un volumen cónico bastante estrecho, como ya habrá supuesto.

Reymont se mordió el labio.

—Y resulta que no hay materia suficiente en el cono.

—Correcto. —Nilsson movió la cabeza—. Entre otras cosas, la diferencia de velocidad entre esas galaxias y nosotros, debido a la expansión del espacio, reduce la eficacia del motor Bussard más de lo que decrece la cantidad de desaceleración necesaria.

Había recuperado los hábitos profesionales.

—En el mejor de los casos, saldríamos al otro lado del clan, después de unos seis meses de tiempo de la nave en desaceleración, con una tau que seguiría siendo del orden de diez a la menos tres o menos cuatro. No podría realizarse ningún cambio importante de velocidad en el espacio más allá, ya que sería espacio interclan. Por tanto, antes de morir de viejos nos sería imposible llegar a otro clan, dado el alto valor de tau.

La voz pomposa se detuvo, y los ojos pequeños parecían expectantes. Reymont lo miró, más que nada para no tener que soportar la mirada vacía y triste de Telander.

—¿Por qué me lo cuentan a mí y no a Lindgren? —preguntó.

La ternura convirtió a Elof Nilsson, por un instante, en otro hombre.

—Trabaja hasta la crueldad. ¿Qué podría hacer aquí? Pensé que era mejor dejarla dormir.

—Bien, ¿qué puedo hacer yo?

—Déme... dénos... consejo —dijo Telander.

—Pero señor, ¡usted es el capitán!

—Ya lo hemos discutido antes, Carl. Supongo que puedo tomar decisiones, dar órdenes y establecer la rutina que nos llevaría corriendo por el espacio. —Telander extendió las manos. Temblaban como hojas en otoño—. Más que eso ya no puedo hacer, Carl. Ya no me quedan fuerzas. Debe decírselo a nuestros compañeros.

—¿Decirles que hemos fallado? —dijo Reymont rechinando los dientes—. ¿Decirles que a pesar de todo lo que hemos hecho estamos condenados a correr hasta que nos volvamos locos y muramos? No pide mucho de mí, ¿no, capitán?

—Puede que las noticias no sean tan malas —le dijo Nilsson.

Reymont intentó agarrarlo, falló y quedó colgado en el aire con un rugido en la garganta.

—¿Tenemos alguna esperanza? —pudo decir al final.

El hombre gordo habló con una rapidez que convirtió su pedantería en el sonido de una corneta:

—Quizá. No tengo datos válidos. Las distancias son demasiado grandes. No podemos elegir otro clan galáctico determinado y apuntar a él. Lo veríamos con una imprecisión demasiado grande, y a través de demasiados millones de años de tiempo. Sin embargo, creo que podemos basar nuestra esperanza en las leyes de la probabilidad.

»Con el tiempo, en algún lugar acabaremos encontrando la configuración adecuada. Ya sea un clan especialmente grande por el que podamos establecer una ruta a través de su zona con mayor densidad de galaxias; o dos o tres clanes, muy cercanos, más o menos en línea recta, para que podamos pasar a través de ellos en sucesión; o uno cuya velocidad con respecto a nosotros resulte ser favorable. ¿Lo entiende? Si pudiésemos encontrar algo así, estaríamos en una situación razonable. Podríamos frenar en unos pocos años del tiempo de la nave.

—¿Cuáles son las posibilidades? —Las palabras de Reymont sonaron a metal.

Ahora Nilsson agitó la cabeza.

—No puedo saberlo. Quizá no muy malas. Éste es un cosmos grande y variado. Si continuamos durante el tiempo suficiente, creo que tendremos una probabilidad finita de encontrar lo que necesitamos.

—¿Cuánto es suficiente tiempo? —Reymont le hizo un gesto para que se detuviese—. No se moleste en contestar. Lo sé. Del orden de miles de millones de años. Diez mil millones, quizás. Eso quiere decir que necesitamos una tau aún menor. Una tau tan baja que podremos de hecho circunnavegar el universo... en años o en meses. Y eso a su vez significa que no podremos comenzar a desacelerar al entrar en el clan frente a nosotros. No. Aceleraremos de nuevo. Después de pasar a través, bien, deberíamos tener un período de caída libre en la nave más corto que el actual, hasta que lleguemos a otro clan. Probablemente allí, también encontrará que es aconsejable acelerar, haciendo que tau sea aún más pequeña. Sí, lo sé, será aún más difícil encontrar un lugar en el que podamos descansar; pero cualquier otro plan no nos deja ninguna probabilidad mensurable, ¿verdad?

»Espero que aprovecharemos cualquier oportunidad que encontremos para acelerar, hasta que hallemos un final del viaje que podamos usar, si alguna vez lo hacemos. ¿De acuerdo?

Telander tembló.

—¿Podremos soportarlo? —dijo.

—Debemos hacerlo —afirmó Reymont. Una vez más habló con decisión—. Buscaré una forma adecuada de dar la noticia. Estaba entre las posibilidades discutidas por casi todo el mundo. Eso ayuda. Tendré a algunos hombres de confianza preparados... no, no para la violencia. Listos para el liderazgo, la estabilidad y el estímulo. Y organizaremos un entrenamiento general para la ingravidez. No hay razón por la que tenga que causar problemas. Les enseñaremos hasta al último de esos terrícolas cómo manearse en cero g. Cómo dormir. Por Dios, ¡les enseñaremos a tener esperanza! —Hizo chocar las palmas como el sonido de un disparo.

—No olvide que también puede contar con algunas de las mujeres —dijo Nilsson.

—Sí. Por supuesto. Como Ingrid Lindgren.

—Sí, como ella.

—M-mm. Me temo que tendrá que ir a despertarla, Elof. Tenemos que reunir al núcleo, los de confianza, la gente que entiende a la gente. Reunirlos y planear. Empiecen a proponer nombres.

18

Las inmensidades del espacio-tiempo no pueden ser numeradas con los términos familiares del hombre. Tampoco se pueden contar honestamente por órdenes de magnitud. Para entenderlo, recapitulemos:

La *Leonora Christine* pasó la mayor parte de un año a un uno por ciento de la velocidad de la luz. El tiempo a bordo fue más o menos el mismo, porque el valor de tau sólo comenzó a caer cuanto la nave se acercó a *C*. Durante el período inicial, recorrió medio año luz de espacio, aproximadamente cinco billones de kilómetros.

A partir de entonces el descenso se hizo cada vez más rápido. Ayudada por la alta aceleración entonces posible, necesitó algo menos de dos años más, en su propio tiempo, para llegar a diez años luz de la Tierra. Allí fue dónde encontró la tragedia.

La decisión tomada de llegar hasta el cúmulo de galaxias de Virgo requería que obtuviese una tau suficiente para recorrer la distancia en un tiempo de a bordo tolerable. A aceleración máxima —un máximo que se incrementaba a medida que viajaba— dio media vuelta a la Vía Láctea y atravesó su núcleo en poco más de un año. Según el cosmos, le llevó más de cien milenios.

En las nubes de Sagitario, consiguió una tau que la llevó fuera de su galaxia nativa en pocos días. Entonces su gente descubrió que el vacío entre la familia de estrellas a la que pertenecía y al grupo de Virgo al que se dirigía no era suficiente. La nave debía salir del clan.

En el espacio intergaláctico, la *Leonora Christine* fue capaz de aumentar su velocidad. Le llevó semanas recorrer un par de millones de años luz hasta una galaxia vecina. Atravesándola en horas, consiguió tal energía cinética que recorrió una distancia similar en días... y empleó una semana más o menos en salir de su cúmulo original y alcanzar otro... que atravesó con bastante rapidez...

Recorrió el casi vacío total del espacio interclan y mientras tanto sus ingenieros repararon la unidad dañada. Aunque sin aceleración, sólo necesitó un par de meses para dejar doscientos o trescientos millones de años luz a su espalda.

La masa disponible en todo el clan galáctico al que se dirigía resultó ser inadecuada para reducir su velocidad.

Por tanto, no lo intentó. En su lugar, empleó lo que tragaba en moverse aún más rápido. En dos días atravesó los dominios del segundo clan, sin ni siquiera intentar el control manual, simplemente atravesando varias de sus galaxias.

Al otro lado, de nuevo en el espacio vacío, cayó libre. La distancia hasta el siguiente clan era del orden de los millones de años luz. La recorrió en algo así como una semana. Cuando llegó allí, por supuesto, utilizó la materia estelar que encontró para acercarse aún más a la velocidad final.

—No... no... ¡cuidado!

Margarita Jimenes no pudo alcanzar el agarre que la hubiese ayudado en el vuelo. Luchando por acercarse, chocó contra el mamparo, hizo una carambola y acabó flotando en el aire.

—¡*Ad i chawrti*! —gritó Boris Fedoroff.

Calculó las direcciones y se lanzó para interceptarla.

No fueron cálculos conscientes; eso hubiese sido demasiado lento. Como un cazador que apunta a un blanco en movimiento, empleó sus habilidades y los múltiples sentidos del cuerpo —diámetros y desplazamientos angulares, presiones y tensiones musculares, la situación espacial, la configuración precisa de cada articulación que conocía sin verla, las derivadas temporales de esos factores y muchos otros—, su organismo, una máquina creada con una complejidad y precisión incomprensibles y, mientras se elevaba, belleza.

Tenía espacio para volar. Estaban en la cubierta Número Dos, muy a popa, cerca de las salas de motores. Se la usaba para carga; pero la mayor parte del material que había contenido se había convenido en objetos. Donde había estado la carga había un espacio cavernoso, repleto de ecos, iluminado con frialdad y poco visitado. Fedoroff había llevado a su mujer allí para darle clases privadas en técnicas de caída libre. Le iba muy mal en las clases que Lindgren había decretado para los terrícolas.

Ella giró frente a él, con la cabeza perdida entre los rizos, y los brazos, piernas y pechos agitándose. El sudor le corría por la piel y formaba glóbulos que brillaban a su alrededor como moscas enanas.

—Relájate —dijo Fedoroff—. Maldita sea, lo primero que tienes que aprender es a relajarte.

Pasó cerca de ella y la agarró por la cintura. Unidos, los dos formaron un nuevo sistema que giró sobre un eje alocado mientras flotaba hacia el otro mamparo. Los procesos vestibulares registraron su enfado en forma de mareos y náusea. Él sabía cómo reprimir esa respuesta; y le había dado a ella una píldora contra el mareo antes de empezar la lección.

A pesar de eso, ella vomitó.

Él no podía hacer nada más que sostenerla durante el trayecto. La primera vez le cogió por sorpresa y le dio en la cara.

Después la sostuvo por la espalda. La mano libre nadaba en líquido amarillo y gotitas. Respirarlo bajo esas condiciones podía ahogar a una persona.

Cuando golpearon el metal, él agarró el apoyo más cercano, un estante vacío. Metió un hombro dentro del estante, para poder sostenerla y calmarla. Eventualmente se le pasó el mareo.

—¿Te sientes mejor? —preguntó.

Ella tembló y habló en murmullos.

—Quiero limpiarme.

—Sí, sí, encontraré un baño. Espera aquí. Aguanta, no te sueltes. Volveré en unos minutos. —Fedoroff se soltó de nuevo.

Debía cerrar los ventiladores antes de que el vómito entrase en el sistema general de aire de la nave. Después podría recogerlo con una aspiradora. Lo haría él mismo. Si se lo decía a otro hombre, el tipo podría sentirse algo más que resentido. Podría comenzar un rumor sobre...

Fedoroff apretó los dientes. Acabó su tarea y volvió con Jimenes.

Aunque todavía tenía la cara blanca, parecía haber recuperado el control.

—Lo siento muchísimo, Boris. —La voz era ronca como si la laringe estuviese quemada por los ácidos del estómago—. Nunca debí aceptar... alejarme tanto... de un aseo de succión.

Él se puso frente a ella y le preguntó con seriedad:

—¿Cuánto hace que tienes vómitos?

Ella se encogió de hombros. Fedoroff la agarró antes de que se soltase. Le hacía daño en las muñecas.

—¿Cuándo tuviste la última regla? —exigió.

—Tú viste...

—Vi lo que podía haberse simulado con facilidad. Especialmente si consideras lo mucho que he estado ocupado en mi trabajo. ¡Dime la verdad!

Él la zarandeó. Su cuerpo se retorció por los hombros.

Gritó. Fedoroff la soltó como si de pronto estuviese ardiendo.

—No pretendía hacerte daño —dijo. Ella se alejó de él. La agarró justo a tiempo, la acercó y la sostuvo contra el pecho.

—T-t-tres meses —dijo entre lágrimas.

La dejó llorar mientras le acariciaba el pelo negro. Cuando dejó de llorar, la llevó a un baño. Se limpiaron más o menos bien con unas esponjas. El líquido orgánico que empleaban tenía un olor penetrante que superaba al suyo propio, pero se volatilizaba con tal rapidez que Jimenes temblaba de frío. Fedoroff tiró las esponjas a la boca de un conducto que llevaba a la lavandería y encendió el secador, disfrutaron del calor durante unos minutos.

—¿Sabes?—dijo Fedoroff después de mucho silencio—, si hubiésemos resuelto el problema de la hidroponía en gravedad cero, podríamos diseñar algo que nos diese un baño de verdad. Incluso una ducha.

Ella no sonrió, simplemente se acercó a la salida de aire. Su pelo se echó hacia atrás.

Fedoroff se puso serio.

—Bien —le dijo—, ¿cómo pasó? ¿No se supone que el doctor debe seguir el programa anticonceptivo de cada mujer?

Ella asintió, sin mirarle. Su respuesta apenas era audible.

—Sí. Un pinchazo al año, pero para veinticinco de nosotras... y tiene muchas cosas en la cabeza además de la rutina...

—¿No os olvidasteis los dos?

—No. Fui a su consulta en la fecha indicada. Es vergonzoso cuando tiene que recordárselo a alguien. Él no estaba. Puede que estuviese fuera preocupándose de alguien con problemas. Nuestro programa se encontraba sobre la mesa. Lo miré. Vi que Jane había venido por la misma razón aquel mismo día, probablemente una hora o dos antes. De pronto cogí el bolígrafo y escribí «OK» al lado de mi nombre, en el espacio destinado a mi dosis. Lo escribí de la misma forma que lo hace él. Sucedió antes de saber lo que hacía. Salí corriendo.

—¿Por qué no se lo confesaste más tarde? Ha visto impulsos más tontos que ése desde que la nave sufrió el accidente.

—Él debía haberse acordado —dijo Jimenes en voz alta—. Si decidió que había olvidado que yo había ido, ¿por qué debería hacer su trabajo por él?

Fedoroff lanzó un insulto e intentó atraparla. Se detuvo cuando casi le había agarrado la muñeca.

—¡En nombre de la cordura! —protestó—. Latvala se mata trabajando para mantenernos en pie. ¿Y tú preguntas por qué deberías ayudarle?

Jimenes manifestó su desafío más abiertamente. Se enfrentó a él y habló:

—Prometiste que tendríamos hijos.

—Pero... bien, sí, es verdad, queremos tantos como podamos, una vez que lleguemos a un planeta...

—¿Y si no encontramos un planeta? ¿Entonces qué? ¿Puedes mejorar los biosistemas como has estado alardeando?

—Lo hemos dejado de lado en favor del proyecto de instrumentación. Puede llevarnos años.

—Unos pocos bebés no representarán una gran diferencia mientras tanto... para la nave, la maldita nave... pero serán importantes para nosotros...

Él se acercó a ella. Jimenes abrió los ojos aún más. Huyó de él, de agarre en agarre.

—¡No! —gritó—. ¡Sé lo que quieres! ¡No me quitarás mi bebé! ¡También es tuyo! Si... si me quitas a mi hijo... ¡te mataré! ¡Mataré a todos a bordo!

—¡Calma! —bramó él. Se echó un poco atrás.

Ella se quedó donde estaba, sollozando y enseñando los dientes.

—No voy a hacer nada —dijo—. Veremos al condestable. —Fue a la salida—. Quédate aquí. Tranquilízate. Piensa en cómo quieres defender tu caso. Traeré ropa.

En su camino, las únicas palabras que emitió fueron a través del intercomunicador. Pidió una entrevista privada con Reymont. No le habló a Jimenes, ni ella a él, de regreso al camarote.

Cuando estuvieron dentro, ella le agarró un brazo.

—Boris, es tu propio hijo, no puedes... y se acerca la Pascua...

Él la unió al cordón de seguridad.

—Cálmate —le dijo—. Toma. —Le dio una botella con algo de tequila—. Puede que te ayude. No bebas demasiado. Necesitarás toda tu inteligencia.

Llamaron a la puerta. Fedoroff dejó entrar a Reymont y la cerró de nuevo.

—¿Te gustaría una copa, Charles? —preguntó el ingeniero.

El rostro al que se enfrentó podía haber sido una máscara o un yelmo.

—Será mejor que hablemos primero de vuestro problema —dijo el condestable.

—Margarita está embarazada —le dijo Fedoroff.

Reymont flotó tranquilamente, agarrando ligeramente una barra.

—Por favor... —empezó a decir Jimenes. Reymont le hizo un gesto para que se callara.

—¿Cómo sucedió? —preguntó, con tanta suavidad como la respiración de la nave a través del sistema de ventilación.

Ella intentó explicárselo pero no pudo. Fedoroff lo resumió en unas pocas palabras.

—Entiendo —le dijo Reymont—. Quedan unos siete meses, ¿no? ¿Por qué me preguntáis a mí? Debíais haber ido directamente a la primer oficial. En cualquier caso ella será la encargada de tomar decisiones. No tengo más poder que el de arrestaros por violación grave del reglamento.

—Tú... Pensaba que éramos amigos, Charles —dijo Fedoroff.

—Mi deber es para con la nave —le contestó Reymont con la misma voz monótona de antes—. No puedo admitir las acciones egoístas que amenacen la vida del resto.

—¿Un niño pequeño? —gritó Jimenes.

—¿Y cuántos más deseados por otras?

—¿Deberemos esperar siempre?

—Parece apropiado esperar hasta que sepamos cuál va a ser nuestro futuro. Un niño nacido aquí podría tener una vida corta y una muerte terrible.

Jimenes cerró los dedos sobre su abdomen.

—¡No lo asesinarás! ¡No!

—Estáte quieta —dijo Reymont. Ella tragó saliva pero obedeció. Él volvió la vista hacia Fedoroff—. ¿Cuál es tu opinión, Boris?

Lentamente, el ruso retrocedió hasta estar al lado de la mujer. La agarró y habló:

—El aborto es un asesinato. Puede que esto no tuviera que haber sucedido, pero no puedo creer que mis compañeros sean asesinos. Moriré antes que permitirlo.

—Estaremos mal sin ti.

—Exacto.

—Bien... —Reymont desvió la vista—. Todavía no me habéis dicho qué creéis que puedo hacer —dijo.

—Sé lo que puedes hacer —le contestó Fedoroff—. Ingrid querrá salvar esta vida. Podría no ser capaz de hacerlo sin tu consejo y apoyo.

—Mmm. Mmm. Vaya. —Reymont tamborileó con los dedos sobre el mamparo—. No es lo peor que nos ha sucedido —dijo meditabundo después de un rato—. Puede que podamos ganar algo. Si podemos pasarlo por un accidente, un despiste, lo que sea, en lugar de una infracción deliberada... Lo fue, en cierta forma. Margarita actuó movida por la locura; aun así, ¿quién está cuerdo entre nosotros a estas alturas?... Mmm. Supongamos que anunciamos un relajamiento de las reglas. Se autorizará un número limitado de nacimientos. Calcularemos cuántos puede soportar el ecosistema y dejaremos que las mujeres que quieran entren en un sorteo. Dudo que muchas estén dispuestas... en las presentes circunstancias. La rivalidad no será muy grande. Tener niños que cuidar y arrullar puede calmar algunas tensiones.

Brevemente levantó la voz.

—También, por Dios, sería un voto de confianza. Una nueva razón para sobrevivir. ¡Sí!

Jimenes intentó acercarse a él para abrazarlo. Él la evitó. Por encima de sus llantos y risas, le dio una orden al ingeniero.

—Cálmala. Lo hablaré con la primer oficial. En su momento, lo discutiremos todos juntos. Mientras tanto, no digáis nada a nadie.

—Te... tomas el asunto... con calma —dijo Fedoroff.

—¿Hay otra forma? —La respuesta de Reymont fue cortante—. Hay demasiadas emociones por aquí. —Otra vez, por un instante, la máscara se levantó. Esta vez asomó la cabeza de la muerte—. ¡Demasiadas emociones desgarradoras! —gritó. Abrió la puerta de golpe y saltó al corredor.

Boudreau miraba por el visor. La galaxia hacia la que la *Leonora Christine* se dirigía aparecía como una neblina azulada sobre un campo visual oscuro. Cuando

hubo terminado, frunció el ceño. Fue hasta la consola principal. Sus pisadas resonaron bajo el peso recuperado por el viaje dentro de una familia de galaxias.

—No está bien —dijo—. Los he visto; lo sé.

—¿Te refieres al color? —preguntó Foxe-Jameson. El navegante le había pedido al astrofísico que fuese al puente—. ¿La frecuencia parece demasiado baja para nuestra velocidad? Eso se debe principalmente a la expansión del espacio, Auguste. La constante de Hubble. Cuanto más lejos viajamos alcanzamos grupos galácticos con velocidades más y más grandes con respecto a nuestro punto inicial. Eso es bueno. De otra forma el efecto Doppler produciría más radiación gamma de la que pueden soportar los escudos. Y, para estar seguros, como bien sabes, dependemos de la expansión del espacio para ayudarnos a llegar a una situación en la que podamos detenernos. Al final los cambios de velocidad deberían compensar la reducción de eficacia del motor Bussard.

—Eso está claro. —Boudreau se inclinó sobre la mesa, con los hombros encogidos, mirando con atención las notas que había tomado—. Sin embargo, te digo que he observado cada galaxia que hemos atravesado y aquellas que hemos pasado a distancia observacional en estos meses. Me he familiarizado con los distintos tipos. Y gradualmente están cambiando. —Movió la cabeza hacia el visor—. Ésa de ahí arriba, por ejemplo, es de un tipo irregular, como las Nubes de Magallanes en casa...

—Me atrevería a decir que en estas regiones, las Nubes de Magallanes podrían considerarse el hogar —murmuró Foxe-Jameson.

Boudreau decidió ignorar el comentario.

—Debería tener una proporción grande de estrellas de tipo II —siguió—. Desde aquí deberíamos poder ver muchas gigantes azules. Sin embargo, no vemos ninguna.

»Todos los espectros que he tomado, en la medida que puedo interpretarlos, se están volviendo diferentes a los normales en esos tipos. Ninguna galaxia tiene ya el aspecto correcto.

Levantó los ojos.

—Malcolm, ¿qué sucede?

Foxe-Jameson pareció sorprendido.

—¿Por qué me lo preguntas a mí? —preguntó a su vez.

—Al principio sólo tenía una impresión vaga —dijo Boudreau—. No soy un astrónomo de verdad. Además, no pude obtener datos navegacionales precisos. Obtener un valor de tau, por ejemplo, requiere tal conjunto de suposiciones que... Bien, cuando estuve finalmente seguro de que la naturaleza del espacio se estaba alterando, fui a ver a Charles Reymont. Ya sabes cómo persigue, con razón, a los que provocan el pánico. Pero dijo que se lo consultase confidencialmente a alguien de tu equipo y que le llevase la respuesta a él.

Foxe-Jameson rió entre dientes.

—¡Patéticos mendigos! ¿No tenéis nada más de que preocuparos? De hecho, suponía que sería de conocimiento común. Tan común que ninguno de los profesionales nos hemos molestado en comentarlo, a pesar de lo deseosos que estamos por conversaciones nuevas. Hace que un tipo se pregunte que más ha estado pasando por alto, ¿eh?

—¿*Qu'est ce que c'est*?

—Piensa —dijo Foxe-Jameson. Se sentó a medias en la mesa—. Las estrellas evolucionan. Fabrican elementos más pesados que el hidrógeno en las reacciones

termonucleares. Si una resulta ser tan grande que explota, una supernova, al final de su vida, dispersa esos átomos al medio interestelar. Sin embargo, un proceso más importante, aunque menos espectacular, es el derramamiento de masa por las estrellas más pequeñas, la mayoría en su fase de gigante roja de camino a la extinción. Las nuevas generaciones de estrellas y planetas se forman en ese medio enriquecido en metales pesados y lo aumentan en su momento. Con el tiempo tienes una mayor proporción de soles ricos en metales. Eso afecta al espectro total. Pero por supuesto ninguna estrella devuelve más que un porcentaje de la materia que la forma. La mayor parte de la materia permanece atrapada en cuerpos densos, enfriándose hacia el cero absoluto. Así que el medio interestelar se empobrece. El espacio entre las galaxias se hace más vacío. Y el ritmo de formación estelar se reduce.

Hizo un gesto con el brazo.

—Al final llegas a un punto donde ya sólo es posible, si acaso, poca condensación. Las gigantes azules energéticas y de corta vida arden y no tienen sucesoras. Todos los miembros luminosos de la galaxia son enanas, y al final nada más que rojas, frías y mezquinas estrellas de tipo M. Ésas duran casi un centenar de gigaaños.

»Supongo que la galaxia a la que nos acercamos todavía no ha llegado tan lejos. Pero por ahí va, por ahí va.

Boudreau lo meditó.

—Entonces no ganaremos mucha velocidad por galaxia como solíamos hacer antes —dijo—. No, si el polvo y el gas interestelar están desapareciendo.

—Es cierto —dijo Foxe-Jameson—. Pero no te preocupes. Estoy seguro de que quedará suficiente para nuestros propósitos. No todo acaba recogido en estrellas. Además, tenemos el medio intergaláctico, el espacio entre cúmulos y el espacio interfamiliar. Poco densos, pero utilizables a nuestra tau actual. Y con el tiempo podremos emplear el gas interclan.

Palmeó amigablemente la espalda del navegante.

—Recuerda que hemos recorrido alrededor de trescientos megaparsecs —dijo—. Lo que significa que hemos superado unos mil millones de años en el tiempo. Hay que esperar algunos cambios.

Boudreau estaba menos acostumbrado a los conceptos astronómicos.

—¿Quieres decir —susurró— que el universo está envejeciendo tanto que podemos notarlo? —Fue la primera vez desde su juventud que se persignaba.

La puerta de la habitación de entrevistas estaba cerrada. Chi-Yuen vaciló antes de llamar al timbre. Cuando Lindgren la dejó entrar, habló con timidez.

—Me dijeron que estabas sola aquí.

—Estaba escribiendo. —La primer oficial estaba algo inclinada; aun así le sacaba a la planetóloga una cabeza—. Es un lugar privado.

—Odio molestarte.

—Para eso estoy, Ai-Ling. Siéntate.

Lindgren volvió a colocarse tras la mesa, que estaba cubierta con papeles escritos. El camarote temblaba y vibraba bajo las aceleraciones irregulares. Quedaba más de un día de peso. La *Leonora Christine* atravesaba un clan de un tamaño y riqueza sin precedentes.

Durante un tiempo hubo la esperanza de que aquél pudiese ser el clan en el cual la nave podría detenerse en alguna galaxia. Sin embargo, observaciones más precisas mostraron lo contrario. La tau inversa se había hecho demasiado grande.

Una facción había argumentado en la asamblea general que aun así debería haber una desaceleración limitada, de forma que los requerimientos para detenerse en el siguiente clan fuesen menos rigurosos. Era una afirmación que no podía demostrarse que fuese errónea; no se conocía tanta cosmografía. Sólo podía utilizarse la estadística, como dijeron Nilsson y Chidambaran, para demostrar que la probabilidad de encontrar un lugar de descanso parecía mayor si continuaba la aceleración. El teorema era demasiado complejo para que la mayoría lo entendiese. Los oficiales de la nave decidieron tomarlo como un artículo de fe y mantener la aceleración. Reymont tuvo que ocuparse de algunos individuos cuyas objeciones se acercaron al motín.

Chi-Yuen se colocó en el borde de la silla de los visitantes. Era pequeña y llevaba una elegante túnica roja de cuello alto y pantalones blancos y anchos. Tenía el pelo peinado hacia atrás con extraña severidad y mantenido en su sitio por una peineta de marfil. Lindgren contrastaba en algo más que el tamaño. Llevaba la camisa abierta por el cuello, las mangas recogidas, con manchas aquí y allá; su pelo estaba despeinado y los ojos atormentados.

—Si puedo preguntarlo, ¿qué escribes? —se aventuró Chi-Yuen.

—Un sermón —dijo Lindgren—. No es fácil. No soy una escritora.

—¿Tú?, ¿un sermón?

El borde de la boca de Lindgren se inclinó ligeramente hacia arriba.

—En realidad es el discurso del capitán para el día de San Juan. A duras penas puede llevar todavía los servicios religiosos. Pero me pidió esto para, ah, inspirar a las tropas en su nombre.

—No está bien, ¿verdad? —le preguntó Chi-Yuen en voz baja.

El humor desapareció de Lindgren.

—No. Supongo que puedo confiar en que no lo dirás por ahí. Aunque lo sospechen todos. —Descansó los codos en la mesa, con la frente entre las manos—. La responsabilidad le está destruyendo.

—¿Cómo puede culparse a sí mismo? ¿Qué elección le queda sino dejar que los robots nos lleven hacia delante?

—Se preocupa —le dijo Lindgren con un suspiro—. También está la última disputa. En su condición, fue más de lo que podía aguantar. No está en cama con un ataque de nervios, entiéndelo. No todavía. Pero ya no es capaz de mandar a la gente.

—¿Es conveniente tener una ceremonia? —preguntó Chi-Yuen.

—No lo sé —dijo Lindgren con voz cansada—. Simplemente no lo sé. Ahora que, no lo hemos anunciado pero no podemos evitar los cálculos y las habladurías, nos acercamos a la marca de los cinco o seis mil millones de años... —Levantó la cabeza y dejó caer las manos—. Celebrar algo tan puramente terrestre como el día de San Juan, ahora que debemos empezar a pensar que la Tierra ha desaparecido.

Agarró los dos brazos de la silla. Por un momento tuvo los ojos azules ciegos y salvajes. Luego el cuerpo en tensión se calmó, músculo a músculo; se echó atrás en el asiento hasta que la articulación cedió con un ruido; habló sin emociones:

—El condestable me persuadió de continuar con los rituales. Desafío. Reunificación, después de las luchas pasadas. Dedicado especialmente a ese niño todavía por nacer. Nueva Tierra: si hace falta se la arrancaremos de las manos de

Dios. Si Dios todavía significa algo, aunque sea emocionalmente. Quizá debería dejar fuera la religión. Carl no me dio detalles, sólo la idea general. Se supone que soy el mejor orador. Yo. Eso explica algunas cosas sobre nuestra situación, ¿no?

Parpadeó y volvió a recuperar el control.

—Discúlpame —dijo—. No tenía que descargar mis problemas en ti.

—Son los problemas de todos, primer oficial —contestó Chi-Yuen.

—Por favor, me llamo Ingrid. Sin embargo, gracias. Si no te lo había dicho antes, déjame decírtelo ahora, a tu modo tranquilo eres una de las personas importantes a bordo. Un jardín de calma... bien. —Lindgren juntó los dedos—. ¿Qué puedo hacer por ti?

La mirada de Chi-Yuen bailó por la mesa.

—Es sobre Charles.

Los dedos de Lindgren se quedaron blancos.

—Necesita ayuda —dijo Chi-Yuen.

—Tiene a sus ayudantes —contestó Lindgren sin emoción.

—¿Quién los mantiene sino él? ¿Quién nos sostiene a todos? A ti también, Ingrid. Dependes de él.

—Claro. —Lindgren entrecruzó los dedos y tiró de ellos—. Debes comprender, quizá no te lo dijo nunca con palabras, aunque tampoco a mí o yo a él, pero es evidente: ya no hay conflicto entre nosotros. Ha desaparecido al trabajar juntos. Le deseo lo mejor.

—Entonces, ¿puedes darle algo?

La mirada de Lindgren se hizo más dura.

—¿Qué quieres decir?

—Está cansado. Más cansado de lo que crees, Ingrid. Y más solo.

—Ése es su carácter.

—Puede que sí. Pese a todo nunca ha sido ninguna de las cosas inhumanas que ha tenido que ser: un fuego, un látigo, un arma, un impulso. He llegado a conocerle un poco. Le he observado últimamente, como duerme, las pocas veces que puede. Ha agotado todas sus defensas. Le oigo hablar en ocasiones, en sueños, cuando no tiene pesadillas.

Lindgren cerró las manos en el vacío.

—¿Qué puedo hacer por él?

—Devolverle parte de su fuerza. Tú puedes. —Chi-Yuen levantó los ojos—. Él te ama.

Lindgren se levantó, recorrió el pequeño espacio tras la mesa y golpeó la palma de una mano con un puño.

—He aceptado obligaciones —dijo. Las palabras le dolieron en la garganta.

—Lo sé...

—No destrozar a un hombre, especialmente a uno que necesitamos. Y no... volver a ser promiscua. Tengo que ser una oficial en todo lo que hago. También Carl. —Con voz dura—: ¡Él se negaría!

Chi-Yuen también se levantó.

—¿Tienes libre esta noche? —preguntó.

—¿Qué? ¿Qué? No. Te digo que es imposible. Oh, tengo tiempo, pero sigue siendo imposible. Es mejor que te vayas.

—Ven conmigo. —Chi-Yuen cogió a Lindgren de la mano—. ¿Qué escándalo puede haber si nos visitas a los dos en nuestro camarote?

La mujer alta caminó tras ella. Subieron por las escaleras hasta el nivel de la tripulación. Chi-Yuen abrió la puerta, metió a Lindgren dentro y la volvió a cerrar. Permanecieron de pie en medio de adornos y recuerdos de un país que había muerto gigaaños atrás, y se miraron unos a otros. Lindgren respiraba rápida y profundamente. El roo seguía al blanco por su cara, su garganta y pecho.

—Volverá pronto —dijo Chi-Yuen—. No lo sabe. Es mi regalo para él. Al menos una noche: para decirle y demostrarle lo que siempre sentiste por él.

Había separado las camas. Ahora bajó la división. No pudo evitar las lágrimas.

Lindgren la abrazó por un momento, la besó y terminó de dividir el camarote. Entonces Lindgren esperó.

19

—Por favor —imploró Jane Sadler—. Ayúdale.

—¿Tú no puedes? —preguntó Reymont.

Ella negó con la cabeza.

—Lo he intentado. Y creo que ha sido para peor. En su condición actual y como yo soy una mujer... —Se ruborizó—. ¿Lo captas?

—Bien, no soy un psicólogo —dijo Reymont—. Sin embargo, veré qué puedo hacer.

Salió del emparrado donde ella lo había pillado descansando. Los árboles enanos, las vides caídas, el musgo y las flores lo convertían en un lugar de curación para él. Pero había notado que comparativamente muy pocos iban ya a aquellas habitaciones. ¿Les recordaban demasiadas cosas?

Ciertamente no se habían hecho planes para celebrar el equinoccio de otoño que se acercaba en el calendario de la nave —o cualquier otra fiesta, ahora que lo pensaba—. El festival de San Juan había sido descorazonadoramente silencioso.

En el gimnasio se celebraba un juego de balonmano a cero g de esquina a esquina. Pero estaban jugando los astronautas, y más por cabezonería que por diversión. La mayor parte de los pasajeros solamente iban allí para realizar poco más que los ejercicios obligatorios. Tampoco demostraban mucho interés en las comidas: y no es que Carducci estuviese haciendo un trabajo muy inspirado en esos días. Uno o dos transeúntes saludaron indiferentes a Reymont.

Más adelante en el pasillo, había una puerta abierta en un taller de hobbies. Se oía un torno, un soplete brillaba azul en las manos de Kato M'Botu y Yeshu ben-Zvi. Aparentemente estaban haciendo algo para el proyecto ecológico de Fedoroff-Pereira retomado recientemente, y habían tenido que salir de las facilidades en las cubiertas interiores porque no había sitio suficiente para todos.

Estaba bien por el momento, pero no avanzaba demasiado. Tenías que asegurarte con precisión de lo que hacías antes de alterar los sistemas sobre los que se apoyaba la vida. Por ahora, y sin duda durante años por venir, el tema estaba en fase de investigación. La tarea sólo podía ocupar la atención completa de unos pocos especialistas, hasta que comenzase la construcción.

Las mejoras instrumentales de Nilsson habían sido excelentes generadores de trabajo. Ahora eso estaba completándose, a menos que el astrónomo pudiese pensar en nuevos inventos. La mayor parte del trabajo había terminado; se había movido carga, la cubierta Número Dos se había convertido en un observatorio electrónico y su desorganización había sido ordenada. Los expertos podían manipular y mejorar, así como enfrascarse en prodigiosos estudios del universo externo. Pero para la mayoría del equipo, ya no había trabajo que hacer.

Nada quedaba por hacer sino aguantar.

A cada crisis, la gente se había reunido. Aun así, cada pico de esperanza era menor que el anterior, cada retirada a la tristeza resultaba más profunda. Por ejemplo, había esperado más reacción al cambio de la regla sobre niños. Exactamente dos mujeres habían pedido ser madres, y el efecto de sus últimas inyecciones no pasaría en meses. Las demás, sin duda, estaban interesadas en cierta forma...

La nave se estremeció. El peso atrapó a Reymont. Apenas pudo evitar caerse al suelo. El ruido metálico recorrió el casco, como un bajo profundo. Pasó pronto. El vuelo libre volvió. La *Leonora Christine* había atravesado otra galaxia.

Esos pasos se hacían más frecuentes cada día. ¿Jamás encontraría la configuración adecuada para detenerse? ¿Deberían desacelerar, aunque sólo fuese por hacer algo diferente?

¿Se habían equivocado en los cálculos Nilsson, Chidambaran y Foxe-Jameson? ¿Estaban empezando a darse cuenta? ¿Habían estado trabajando por eso hasta tan tarde en el observatorio las pasadas semanas, y por eso tenían ese aire tan preocupado y taciturno cuando iban a buscar comida o a dormir?

Bien, sin duda Lindgren le sacaría información a Nilsson cuando lo confirmasen, fuese lo que fuese.

Reymont flotó por la escalera hasta el nivel de tripulación. Después de una pausa en su camarote, encontró la puerta que buscaba y llamó. No obtuvo respuesta e intentó abrirla. Estaba bien cerrada. La puerta de Sadler no lo estaba. Entró. La división entre su lado y el de su hombre estaba bajada. Reymont la abrió.

Johann Freiwald flotaba al final del cordón de seguridad. La figura fornida estaba doblada como un feto. Pero los ojos demostraban que estaba consciente.

Reymont se afianzó en un agarre, fijó la mirada y habló sin comprometerse.

—Me preguntaba por qué no te había visto por ahí. Entonces me dijeron que no te sentías bien. ¿Puedo hacer algo por ti?

Freiwald lanzó un gruñido.

—Tú puedes hacer mucho por mí —le siguió diciendo Reymont—. Te necesito. Has sido mi mejor ayudante, policía, consejero, jefe de equipo y hombre de ideas que he tenido durante todo este tiempo. No puedo trabajar sin ti.

Freiwald habló con esfuerzo.

—Tendrás que hacerlo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Yo no puedo hacer nada más. Es así de simple. No puedo.

—¿Por qué? —insistió Reymont—. Las tareas que tenemos no son trabajos físicamente duros. Y de cualquier forma, eres fuerte. La ingravidez nunca te ha molestado. Eres un chico de la era de las máquinas, un tipo práctico, un alma fuerte y con los pies en la tierra. No uno de esos personajillos delicados que tienen que ser mimados cada minuto porque sus frágiles espíritus no pueden soportar un viaje largo —dijo con mofa—. ¿Eres uno de ellos?

Freiwald se movió. Sus mejillas sin afeitar se oscurecieron un poco.

—Soy un hombre —dijo—. No un robot. Con el tiempo empiezo a pensar.

—Amigo mío, ¿supones que habríamos podido sobrevivir tanto tiempo si los oficiales, al menos, no pasasen cada hora de conciencia pensando?

—No me refiero a las malditas medidas, cálculos de ordenador, ajustes de ruta y modificaciones de equipo. Eso no es sino el instinto por permanecer vivos. Una langosta que intenta salir del caldero tiene la misma dignidad. Me pregunto por qué. ¿Qué estamos haciendo realmente? ¿Qué sentido tiene?

—*Et tu, Brute* —murmuró Reymont.

Freiwald se giró hasta que su mirada se clavó directamente en la del condestable.

—Porque tú eres tan insensible... ¿Sabes que año es?

—No. Ni tú tampoco. Los datos son demasiado imprecisos. Y si te preguntas qué año sería en Sol, eso no tiene sentido.

—¡Cállate! Me sé todo el rollo de la simultaneidad. Hemos recorrido unos cincuenta mil millones de años luz. Estamos viajando por toda la curva del espacio. Si volviésemos ahora mismo al Sistema Solar, no encontraríamos nada. Nuestro sol murió hace mucho tiempo. Se hinchó y brilló hasta devorar la Tierra; se convirtió en una variable, parpadeando como una vela al viento; se hundió hasta ser una enana blanca, ascuas y cenizas. Y las otras estrellas hicieron lo mismo. Nada puede quedar de nuestra galaxia sino enanas rojas, si acaso. En cualquier caso escoria. La Vía Láctea ha desaparecido. Todo lo que conocíamos, todo lo que nos hizo, está muerto. Empezando por la especie humana.

—No necesariamente.

—Entonces se habrá convertido en algo que no podríamos comprender. Somos fantasmas. —El labio de Freiwald temblaba—. Huimos y huimos como monomaníacos... —De nuevo la aceleración recorrió la nave—. Mira. Escucha. —Sus ojos estaban blancos como si tuviese miedo—. Hemos atravesado otra galaxia. Otros cientos de miles de años. Una fracción de segundo para nosotros.

—Oh, no exactamente —dijo Reymont—. Nuestra tau no puede ser tan pequeña, ¿no? Habremos atravesado un brazo espiral.

—¿Destruyendo cuántos mundos? Conozco las cifras. No tenemos la masa de una estrella. Pero sí la energía; creo que podríamos atravesar un sol y no nos daríamos cuenta.

—Quizá.

—Eso es parte de nuestro infierno. Nos hemos convertido en una amenaza para... para...

—No lo digas —dijo Reymont en serio—. No lo pienses. Porque no es verdad. Estamos interaccionando con polvo y gas, nada más. Cruzamos muchas galaxias. En términos de su tamaño están muy próximas unas a otras. Dentro de un cúmulo, los miembros se encuentran a diez diámetros de distancia, a veces menos. Las estrellas individuales dentro de una galaxia... ése es otro tema. Sus diámetros son una fracción microscópica de un año luz. En una región del núcleo, la parte más poblada... bien, la separación entre dos estrellas es todavía como la separación entre dos hombres, uno a cada lado de un continente. Un gran continente. Como Asia.

Freiwald apartó la vista.

—Ya no existe Asia —dijo—. Ya no.

—Nosotros existimos —le contestó Reymont—. Estancos vivos, somos reales, tenemos esperanzas. ¿Qué más quieres? ¿Algún gran sentido filosófico? Olvídalo. Eso es un lujo. Nuestros descendientes lo inventarán, junto con aburridos poemas épicos sobre nuestro heroísmo. Tenemos sangre, sudor y lágrimas. —Su sonrisa parpadeó—. Es decir, los fluidos corporales sin encanto. ¿Y qué tiene de malo? Tu problema es que piensas que una combinación de miedo a las alturas, privación sensorial y cansancio nervioso es una crisis metafísica. Por mi parte, no desprecio nuestro instinto de langosta por sobrevivir. Me alegro de tenerlo.

Freiwald flotaba sin moverse.

Reymont se acercó y le agarró el hombro.

—No estoy despreciando tus dificultades —dijo—. Es difícil seguir. Nuestro peor enemigo es la desesperación; y nos arroja al suelo a cada uno de nosotros de vez en cuando.

—A ti no —dijo Freiwald.

—Oh, sí —le dijo Reymont—. A mí también. Sin embargo, vuelvo a ponerme en pie. Tú también lo harás. Si sólo dejases de sentirte inútil por una incapacidad que es simplemente el resultado del cansancio físico. Jane lo entiende mejor que tú, amigo, porque la incapacidad desaparecerá por sí misma. Después verás el resto de tus problemas en perspectiva y volverás a ser el de antes.

—Bien... —Freiwald, que se había puesto tenso mientras Reymont hablaba, se relajó un poco—. Puede ser.

—Lo sé. Pregúntaselo al doctor si no te lo crees. Si quieres, haré que te recete algunas drogas para acelerar tu recuperación. Mi razón es que te necesito, Johann.

Los músculos bajo la mano de Reymont se aflojaron aún más. Sonrió.

—Sin embargo —continuó—. Tengo conmigo la única droga que creo que necesitarás.

—¿Qué? —Freiwald miró hacia «arriba».

Reymont buscó bajo su túnica y sacó una botella con dos tubos para beber.

—Aquí la tienes —dijo—. El rango tiene sus privilegios. Es escocés. El artículo genuino, no ese brebaje de brujas que los escandinavos consideran una imitación. Te receto una buena dosis, y para mí también. Me gustaría una charla tranquila. No he tenido una desde hace tanto tiempo que no puedo acordarme.

Habían hablado durante una hora, y la vida volvía a la actitud de Freiwald, cuando el intercomunicador habló con la voz de Lindgren:

—¿Está ahí el condestable?

—Uh, sí —contestó Freiwald.

—Sadler me lo dijo —explicó la primer oficial—. ¿Podrías venir al puente, Carl?

—¿Es urgente? —preguntó Reymont.

—N-n-no realmente, supongo. Las últimas observaciones parecen indicar... posteriores cambios evolutivos en el espacio. Quizá tengamos que modificar nuestro plan de vuelo. Pensé que quizá te gustaría discutirlo.

—Está bien. —Reymont se encogió de hombros—. Lo siento.

—Yo también. —El otro hombre miró la botella, agitó la cabeza y se la devolvió.

—No, más vale que la acabes —dijo Reymont—. Solo no. Es malo beber solo. Se lo diré a Jane.

—Vaya —rió Freiwald con sinceridad—. Es muy amable por tu parte.

Al salir, cerrando la puerta a su espalda, Reymont miró a lo largo de todo el pasillo. No había nadie a la vista.

Entonces se dejó caer y cerró los ojos con el cuerpo temblando. Después de un minuto llenó los pulmones y se dirigió al puente.

Norbert Williams venía en el otro sentido por la escalera.

—Hola —le saludó el químico.

—Pareces más feliz que la mayoría —comentó Reymont.

—Sí, supongo que lo soy. Emma y yo hemos estado hablando y puede que hayamos encontrado una nueva forma de comprobar a distancia si un planeta tiene nuestro tipo de vida. Una población de tipo plancton debería imprimir cierta

radiación térmica característica a la superficie del océano; y dado que el efecto Doppler hace que esas frecuencias puedan ser analizadas adecuadamente...

—Bueno. Trabaja en eso. Y si necesitas la cooperación de otros, me alegraré.

—Claro, ya lo hemos pensado.

—¿Y podrías decir por ahí que esté donde esté, Jane Sadler queda excusada de su trabajo por hoy? Su amigo tiene algo que discutir con ella.

La carcajada de Williams siguió a Reymont por la escalera.

Pero el nivel de mando estaba vacío y tranquilo; y en el puente, Lindgren estaba de guardia sola. Agarraba con las manos la base del visor. Cuando se volvió, él vio que su rostro había perdido el color.

Cerró la puerta.

—¿Qué pasa? —dijo en voz baja.

—¿No dejaste que se te escapara?

—No, por supuesto que no, cuando la situación es tan difícil.

Ella intentó hablar pero no pudo.

—¿Tienen que venir más personas a esta reunión? —preguntó Reymont.

Ella negó con la cabeza. Él se acercó a ella, se sujetó con una pierna a una barra y con el otro pie se apuntaló en el suelo, y la recibió en los brazos. Ella lo agarró tan fuerte como lo había hecho en su única noche robada.

—No —dijo contra su pecho—. Elof y... Auguste Boudreau... me lo dijeron. Además de ellos, sólo lo saben Malcolm y Mohandas. Me pidieron que se lo dijese... al jefe. Ellos no se atreven. No saben cómo. Yo tampoco. Cómo decírselo a nadie. —Sus uñas atravesaron la túnica—. Carl, ¿qué podemos hacer?

Él acarició su pelo, mirando más allá de su cabeza y sintió los latidos rápidos e irregulares de su corazón. Una vez más la nave resonó y saltó; y de nuevo otra vez. Las notas que la recorrían tenían un tono más alto que antes.

El aire de la ventilación estaba frío. El metal que le rodeaba parecía hundirse.

—Sigue —dijo finalmente—. Cuéntamelo, *ülskling*.

—El universo, todo el universo, se muere.

Reymont no pudo contener un ruido en la garganta.

Por lo demás, esperó.

Al final ella pudo echarse atrás lo suficiente para mirarle a los ojos. Se lo contó todo con voz torpe y apresurada:

—Hemos avanzado más de lo que suponíamos. En el espacio y el tiempo. Más de cien mil millones de años. Los astrónomos empezaron a sospecharlo... no sé. Sólo sé lo que me han contado. Todos han oído que las galaxias que vemos se hacen más oscuras. Las viejas estrellas se marchitan y no nacen otras nuevas. No pensábamos que nos afectase. Todo lo que buscábamos era un pequeño sol no demasiado diferente de nuestro Sol. Debería haber muchos. Las galaxias tienen vidas largas. Pero ahora...

»Los hombres no estaban seguros. Las observaciones son difíciles de hacer. Pero empezaron a preguntarse... si no habíamos infravalorado la distancia recorrida. Comprobaron el corrimiento Doppler con mayor cuidado. Especialmente

ahora, cuando parece que atravesamos más y más galaxias y el gas entre ellas parece que se hace más denso.

—Descubrieron que lo que observamos no puede explicarse por completo por ninguna tau que podamos tener. Debía haber otros factores. Las galaxias se están aproximando. El gas está siendo comprimido. El espacio ha dejado de expandirse. Alcanzó el límite y vuelve a contraerse. Elof dice que el colapso continuará. Y continuará. Hasta el final.

—¿Y nosotros? —preguntó Reymont.

—¿Quién sabe? Excepto que los cálculos indican que no podemos detenernos. Es decir, podríamos, pero para cuando lo hiciésemos no quedaría nada... excepto la oscuridad, soles quemados, cero absoluto, muerte y muerte. Nada.

—No es eso lo que queremos —dijo él estúpidamente.

—No. ¿Qué queremos? —Curiosamente no lloraba—. Creo... Carl, ¿no deberíamos decir buenas noches? ¿Todos nosotros a todos los demás? Una última fiesta, con vino y velas. Y después ir a los camarotes. Tú y yo en el nuestro. Y amarnos, si podemos, y decirnos buenas noches. Tenemos morfina para todos. Y oh, Carl, estamos tan cansados. Será agradable dormir.

Reymont volvió a acercarla hacia él.

—¿Leíste alguna vez *Moby Dick*? —murmuró ella—. Así somos nosotros. Hemos perseguido a la Ballena Blanca. Hasta el final del tiempo. Y ahora... la pregunta. ¿Qué es el hombre, que debería sobrevivir a su Dios?

Reymont la apartó cuidadosamente de él, y buscó el visor. Mirando al frente vio, por un momento, pasar una galaxia. Debía estar sólo a unos diez mil parsecs de distancia, porque la vio grande y clara sobre la oscuridad. La forma era caótica. Cualquier estructura que una vez tuviera se había desintegrado. Era de un rojo vago y apagado, haciéndose hacia los bordes del tono de la sangre coagulada.

Salió del campo visual. La nave atravesó otra, fue agitada por ella, pero de ésa nada fue visible.

Reymont se arrastró de nuevo a la cubierta de mando. Los dientes le brillaban en el rostro.

—¡No! —dijo.

20

Desde la tarima, él y ella miraron a los pasajeros reunidos.

El grupo estaba sentado, sujeto con arneses a sillas cuyas patas habían sido pegadas con uniones de seguridad al suelo del gimnasio. Otra cosa hubiese sido peligrosa. No es que hubiese ingravidez continuamente. Las últimas semanas habían sido de condiciones que cambiaban con tal rapidez que aquellos que sabían no podían retrasar las explicaciones aunque lo hubieran deseado.

Entre el valor de tau que tenían ahora los átomos interestelares con respecto a la *Leonora Christine*; y la compresión de las longitudes en las medidas debido a esa misma tau; y el radio decreciente del cosmos: los ramjets de la nave la llevaban a sólo una buena fracción de un g por los abismos más exteriores del espacio interclan. Más y más a menudo llegaban momentos de mayor aceleración al pasar a través de galaxias. Eran demasiado rápidos para ser compensados por los campos interiores. Parecían olas; y en cada ocasión el ruido en el casco de la nave era más agónico y tormentoso.

Cuatro docenas de cuerpos reunidos podían haber significado huesos rotos o algo peor. Sin embargo dos personas, entrenadas y en alerta, podían mantenerse de pie con la ayuda de una barra para sostenerse. Y era necesario que lo hiciesen. En aquellas horas, la gente debía tener frente a sus ojos a un hombre y una mujer que se mantuviesen firmes.

Ingrid Lindgren completó su informe.

—...eso es lo que sucede. No podremos detenernos antes de la muerte del universo.

El silencio al que le había hablado pareció hacerse más profundo. Algunas mujeres gimieron, algunos hombres articularon juramentos o plegarias, pero en ningún caso hubo gritos. En la primera fila, el capitán Telander inclinó la cabeza y se cubrió la cara. La nave dio un bandazo por otra ráfaga. El ruido la recorrió, zumbando, gimiendo, silbando.

Los dedos de Lindgren agarraron momentáneamente los de Reymont.

—El condestable tiene algo que decirles —dijo.

Se adelantó. Hundidos y rojos, sus ojos parecían mirarles con tal salvajismo que ni la misma Chi-Yuen se atrevió a hacer un gesto. Llevaba una túnica de color gris lobo, y al lado de su insignia llevaba la pistola automática, el emblema definitivo. Habló, con calma pero sin la compasión de la primer oficial:

—Sé que piensan que éste es el final. Lo hemos intentado y hemos fracasado, y debería dejarles para que buscasen la paz consigo mismos o con Dios. Bien, no digo que no debiéramos hacerlo. No tengo ni idea de lo que va a pasar con nosotros. No creo que nadie pueda predecirlo ya. La naturaleza se vuelve demasiado extraña para eso. Honestamente, admito que nuestras posibilidades parecen muy reducidas.

»Pero tampoco creo que sean nulas. Y con eso no quiero decir que podamos sobrevivir en un universo muerto. Ésa es la meta obvia. Reducir nuestro tiempo hasta que no sea muy diferente al de fuera, mientras continuamente nos movemos lo bastante rápido para recoger hidrógeno como combustible. Pasar entonces los años que nos queden a bordo de esta nave, sin mirar nunca la oscuridad que nos rodea, sin pensar nunca en el destino de la niña que pronto va a nacer.

»Quizá sea físicamente posible, si la termodinámica del espacio en contracción no nos juega ninguna mala pasada. Sin embargo, no creo que sea

psicológicamente posible. Sus rostros me indican que están de acuerdo conmigo. ¿Tengo razón?

»¿Qué podemos hacer?

»Creo que tenemos la obligación, hacia la raza que nos dio la existencia y hacia los hijos que podamos tener, de seguir intentándolo hasta el final.

»Para la mayor parte de ustedes, eso no será más que seguir viviendo, seguir estando cuerdos. Sé bien que podría ser la tarea más dura que los seres humanos jamás se hayan impuesto a sí mismos. La tripulación y los científicos que tengan especialidades importantes tendrán, además, que seguir trabajando en la nave y prepararse para lo que venga. Será difícil.

»Así que busquen la paz. La paz interior. Ésa es, de cualquier forma, la única que existe. La lucha exterior continúa. Propongo que la emprendamos sin pensar en rendirnos.

De pronto habló más alto:

—Yo propongo que marchemos al siguiente ciclo del cosmos.

Eso captó su atención. Sobre un conjunto de jadeos y gritos inarticulados se oyeron algunas estridencias:

—¡No! ¡Locura!

—¡Maravilloso!

—¡Imposible!

—¡Blasfemia!

Reymont sacó la pistola y disparó. El disparo los hizo callar. Sonrió.

—Una bala de fogueo —dijo—. Mejor que un martillo. Por supuesto, lo he discutido antes con los oficiales y expertos en astronomía. Al menos los oficiales admiten que la apuesta vale la pena, aunque sólo sea porque no tenemos mucho que perder. Pero de la misma forma, queremos un acuerdo general. Discutámoslo de la forma habitual. Capitán Telander, ¿quiere usted presidir?

—No —dijo el jefe con voz débil—. Usted. Hágame el favor.

—Muy bien. Comentarios... ah, probablemente debería comenzar nuestro físico más antiguo.

Ben-Zvi habló con voz casi indignada:

—El universo necesitó entre cien y doscientos mil millones de años para completar su expansión. No colapsará en menos tiempo. ¿De verdad cree que podremos adquirir una tau que nos permita sobrevivir a este ciclo?

—Creo de veras que deberíamos intentarlo —contestó Reymont. La nave se agitó y tembló—. Hemos ganado un pequeño porcentaje en ese grupo galáctico. A medida que la materia se haga más densa, aceleraremos más rápido. El espacio mismo se está contrayendo en una curva más y más cerrada. Antes no podíamos circunnavegar el universo, porque no hubiese durado tanto en la forma que lo conocíamos. Pero podríamos ser capaces de rodear el universo en contracción varias veces. Esa es la opinión del profesor Chidambaran. ¿Podrías explicarlo, Mohandas?

—Si quiere —dijo el cosmólogo—. Hay que tener en cuenta tanto el espacio como el tiempo. Las características del continuo cambiarán radicalmente. Algunas suposiciones conservadoras me han llevado a concluir que, en efecto, nuestro decrecimiento exponencial del factor tau con respecto al tiempo de la nave se incrementará hasta un orden de magnitud mayor. —Hizo una pausa—. Como

estimación imprecisa, diría que el tiempo que experimentaremos en esas condiciones, desde ahora hasta el colapso final, será de tres meses.

A continuación, aprovechando la quietud que siguió a otra ola de estupefacción, añadió:

—Aun así, como dije a los oficiales cuando me pidieron que realizara estos cálculos, no veo cómo podríamos sobrevivir. Las observaciones actuales vindican las pruebas empíricas que Elof Nilsson descubrió, hace ya eones en el sistema solar, de que el universo realmente es oscilante. Renacerá. Pero toda la materia y energía será acumulada en un monobloque de la más alta densidad y temperatura. A nuestra velocidad actual podríamos atravesar una estrella sin sufrir daños. No podríamos pasar por el núcleo primordial. Mi propuesta personal es que cultivemos la serenidad. —Dobló las manos sobre los muslos.

—No es mala idea —dijo Reymont—. Pero no creo que sea lo único que debemos hacer. También deberíamos seguir volando. Déjenme que les diga lo que le dije al grupo de discusión original. Nadie lo puso en duda.

»El hecho es que nadie sabe con seguridad qué va a suceder. Mi suposición es que no todo quedará comprimido en un algo puntual. Ése es el tiempo de simplificación excesiva que ayuda a la matemática pero que nunca describe la realidad por completo. Creo que el núcleo central de masa tendrá una enorme envoltura de hidrógeno, incluso antes de la explosión. Las partes exteriores de la envoltura podrían no ser demasiado calientes, luminosas o densas para nosotros. Sin embargo, el espacio será tan pequeño que podremos navegar alrededor del monobloque como un satélite. Cuando estalle y el espacio se expanda de nuevo, nosotros saldremos hacia fuera también. Sé que es una forma algo torpe de decirlo, pero indica algo que quizá podríamos hacer... ¿Norbert?

—Nunca me he considerado un hombre religioso —dijo Williams. Era extraño y preocupante verlo en actitud tan humilde—. Pero esto es demasiado. Somos... bien, ¿qué somos? Animales. ¡Por Dios... literalmente, por Dios... no podemos seguir... haciendo nuestras necesidades... mientras sucede la creación!

A su lado, Emma Glassgold puso cara de sorpresa y luego de determinación. Levantó la mano de un golpe. Reymont le dio permiso.

—Hablando como creyente —declaró—, debo decir que eso es una completa tontería. Lo siento, Norbert, cariño, pero lo es. Dios nos hizo de la forma que Él quería que fuésemos. No hay nada vergonzoso en cualquier aspecto de Su obra. Me gustaría ver cómo Él crea nuevas estrellas, y alabarle, mientras Él considere que debo.

—¡Bien por ti! —gritó Ingrid Lindgren.

—Puedo añadir —le dijo Reymont—, que siendo un hombre sin poesía en su alma, y sospecho que no tengo alma para guardar la poesía... propondría que se examinasen a sí mismos y se preguntasen que aspecto psicológico les impide vivir el momento en el que el tiempo comienza de nuevo. ¿No hay, muy dentro, alguna identificación con... sus padres, quizá? No debemos ver a nuestros padres en la cama, por lo tanto no debemos ver cómo nace un nuevo universo. Pero eso no tiene sentido. —Tragó aire—. No podemos negar que lo que va a suceder es increíble. Pero también lo es todo lo demás. Siempre. Nunca pensé que las estrellas fuesen más misteriosas, o tuviesen más magia, que las flores.

Otros querían hablar. Con el tiempo todos lo hicieron. Las frases machacaban incansablemente el mismo punto. Pero no era inútil. Tenían que descargarse. Pero para cuando dieron por concluida la reunión, después de un voto unánime por continuar, Reymont y Lindgren estaban cerca de un colapso propio.

Aprovecharon un momento para hablar en privado en voz baja, mientras la gente se dividía en grupos y la nave rugía con el ruido hueco de su viaje. Ella le cogió las manos y dijo:

—¡Cómo me gustaría volver a ser tu mujer!

Él tartamudeó de alegría.

—¿Mañana? Tendríamos que mudarnos... y explicárselo a nuestros compañeros... ¿mañana, mi Ingrid?

—No —contestó ella—. No me dejaste terminar. Todo mi ser lo desea, pero no puedo.

Afligido, preguntó:

—¿Por qué?

—No podemos arriesgarnos. El equilibrio emocional es demasiado frágil. Cualquier cosa podría desatar el infierno en uno de nosotros. Elof y Ai-Ling sufrirían mucho si los dejásemos... ahora que la muerte está tan cerca.

—Ella y él podrían... —Reymont se paró a media palabra—. No. Él podría. Ella también. Pero no.

—Tú no serías el hombre que deseo despierta por las noche si pudieses pedirle algo así a ella. Nunca te deja hablar sobre esas horas que nos dio, ¿no?

—No. ¿Cómo lo has adivinado?

—No lo hice. La conozco. Y no dejaré que lo haga de nuevo, Carl. Una vez estuvo bien. Nos dio lo que habíamos construido juntos. Más a menudo, a escondidas, no habría forma de manejarlo. —La voz de Lindgren pasó a los temas prácticos—. Además, está Elof. Él me necesita. Se echa la culpa, por su consejo, por haber dejado que la nave corriese durante tanto tiempo, ¡cómo si algún mortal hubiese podido saberlo! Si descubriese que yo... La desesperación, quizás el suicidio de un solo individuo podría provocar la histeria en todos.

Se puso recta, lo miró de frente, sonrió y dijo con tono suave:

—Después, sí. Cuando estemos a salvo. Entonces no dejaré que te escapes.

—Puede que nunca estemos a salvo —protestó—. Las posibilidades son que no. Quiero tenerte antes de morir.

—Y yo a ti. Pero no podemos. No debemos. Dependen de nosotros. Absolutamente. Tú eres el único hombre que puede guiarnos a través de lo que se avecina. Además... Carl, nunca ha sido fácil ser rey.

Se dio la vuelta y se alejó.

Él se quedó solo durante un rato.

Alguien se acercó con una pregunta. Le hizo un gesto con la mano.

—Mañana —dijo. Saltó a la cubierta, y se acercó a Chi-Yuen, que esperaba en la puerta.

Ella habló con voz casi por completo tranquila:

—Si morimos con las últimas estrellas, Charles, aun así, al conocerte, habré tenido más de la vida de lo que jamás esperé. ¿Qué puedo hacer por ti?

Él la miró. El canto febril de la nave los aislaba del resto de la humanidad.

—Vuelve al camarote conmigo —dijo.

—¿Nada más?

—No, sólo que seas como eres. —Se pasó los dedos por los pelos ya algo encanecidos. Incómodo e inseguro, dijo—: No puedo articular frases bonitas, Ai-Ling, y no tengo experiencia con las emociones. Dime, ¿es posible amar a dos personas diferentes a la vez?

Ella lo abrazó.

—Por supuesto que sí, idiota.

La respuesta quedó apagada por su cuerpo y era menos segura que antes. Pero cuando ella le cogió la mano y se dirigieron a su habitación, sonreía.

—¿Sabes? —añadió con el tiempo—, me preguntó si la mayor sorpresa de los siguientes meses no será comprobar cuán tenaz puede ser la vida, para seguir manteniéndose viva.

21

La hija de Margarita nació por la noche. Ya no había soles visibles. La nave atravesaba vendavales y tormentas. Mientras tenía lugar el nacimiento, el padre dirigía un grupo de trabajo, y utilizaba sus propios músculos para reforzar el casco. El primer llanto del bebé respondió al ruido de los mundos que caían sobre sí mismos.

Las cosas se calmaron después durante un rato. Los científicos habían hecho observaciones y cálculos hasta que comprendieron algo sobre aquellas extrañas fuerzas que cabalgaban sobre los años luz. Reprogramados, los robots hicieron que la nave navegase con los vientos y vórtices más a menudo que a través de ellos.

No todos estaban de humor para celebrar una fiesta, pero ésos eran a los que Johann Freiwald y Jane Sadler habían invitado. Bajo luces semioscuras, redujeron una esquina del gimnasio que empleaban hasta convertirla en una pequeña habitación cálida. Eso destacó los adornos de Halloween que habían colgado.

—¿Es adecuado? —preguntó Reymont cuando llegó con Chi-Yuen.

—Estamos más o menos en esas fechas —contestó Sadler—. ¿Por qué no combinar las ocasiones? Por mi parte, creo que las calabazas añaden un toque de color que es de agradecer.

—Pueden que nos recuerden demasiadas cosas. No la Tierra, supongo que lo estamos superando, sino, uh...

—Sí, se me pasó por la cabeza. Una nave llena de brujas, demonios, vampiros, duendes, espectros y fantasmas aullando mientras recorren el cielo hacia el aquelarre. Bien, ¿no es eso lo que hacemos? —Sadler sonrió y se acercó a Freiwald. Él rió y la abrazó—. Me siento con ganas de tocar un poco las narices.

El resto estaba de acuerdo. Bebieron más de lo que estaban acostumbrados y se pusieron ruidosos. Al final entronizaron a Boris Fedoroff en el escenario, con una guirnalda, una corona de flores y dos chicas para servir a todos sus deseos. Otros formaron un círculo, con los brazos unidos, bramando canciones que eran viejas cuando la nave dejó el hogar.

No importa donde acabe cuando muera.

No importa donde acabe cuando muera.

Vaya al cielo o al infierno,

tengo amigos que me darán la bienvenida.

No importa donde acabe cuando muera.

Michael O'Donnell, que llegaba tarde una vez acabado su turno —en esos días había vigilantes de carne y hueso en todo punto de posible ruptura— se abrió paso por entre la multitud.

—¡Eh, Boris! —llamó. El barullo ahogó su voz.

Oh, cuando mueres ya no necesitas dinero.

Porque san Pedro no exige entrada

cuando haces cola en la puerta del cielo.

Oh, cuando mueres ya no necesitas dinero.

Llegó al escenario.

—¡Eh, Boris! ¡Felicidades!

Heredarás mi bicicleta cuando muera.

Heredarás...

—Gracias —gritó Fedoroff—. En gran parte es obra de Margarita. Dirige todo un astillero, ¿no?

En el kilómetro final va en tándem con san Pedro...

—¿Cómo la vais a llamar? —preguntó O'Donnell.

Cuando muera jugaré a los dados con san Pedro...

—No lo hemos decidido todavía —dijo Fedoroff. Agitó una botella—. Sin embargo, puedo decirte que no será Eva.

Si juego como he jugado aquí..

—¿Embla? —le propuso Ingrid Lindgren—. La primera mujer en las Eddas.

Le invitaré a cerveza.

—No, eso tampoco —dijo Fedoroff.

Cuando muera jugaré a los dados con san Pedro...

—Ni tampoco la *Leonora Christine* —siguió el ingeniero—. No va a ser un maldito símbolo. Va a ser ella misma.

Los cantores empezaron a bailar en un círculo.

No es seguro que haya alcohol cuando muramos.

No es seguro que haya alcohol cuando muramos.

Bebamos todo lo que podamos esta noche que estamos juntos.

No es seguro que haya alcohol cuando muramos.

Chidambaran y Foxe-Jameson aparecían empequeñecidos por las irregulares masas de los aparatos del observatorio, naturales en medio de medidores, controles y luces parpadeantes, y chillones y torpes en la quietud eficiente que llenaba la cubierta. Se levantaron cuando apareció el capitán Telander.

—¿Me pidieron que viniese? —dijo innecesariamente. Mostraba cansancio en el rostro—. ¿Qué noticias hay? Hemos tenido calma durante estos meses...

—No durará. —Foxe-Jameson habló llevado a medias por la alegría—. Elof ha ido en persona a buscar a Ingrid. No pudimos hacer lo mismo por usted, señor. La imagen es todavía demasiado débil, podríamos perderla si no la seguimos continuamente. Usted debe ser el primero en saberlo. —Volvió a la silla frente a una consola electrónica. La pantalla que estaba encima sólo mostraba oscuridad.

Telander se acercó.

—¿Qué han encontrado?

Chidambaran lo agarró de los hombros y señaló a la pantalla.

—Ahí. ¿Lo ve?

En el límite de la percepción brillaba la más pálida y pequeña de las chispas.

—Naturalmente estamos muy lejos —le dijo Foxe-Jameson al silencio—. Queremos mantener una distancia respetuosa.

—¿Qué es? —dijo Telander con voz temblorosa.

—El germen del monobloque —contestó Chidambaran—. El nuevo comienzo.

Telander miró durante mucho, mucho tiempo, antes de arrodillarse.

Le caían lágrimas tranquilas por la cara.

—Padre, te lo agradezco —dijo.

Se levantó.

—Y les doy las gracias a ustedes, caballeros. Lo que suceda a continuación... hemos llegado tan lejos, hemos hecho tanto. Creo que vuelvo a tener energías... después de lo que me han mostrado.

Cuando finalmente se fue para regresar al puente, caminaba con el paso de un capitán.

La *Leonora Christine* gritó, tembló y saltó.

El espacio estaba en llamas a su alrededor, una tormenta de fuego, el hidrógeno encendido por el sol sobrenatural que se estaba formando en el corazón de la existencia, que brillaba más y más a medida que las galaxias llovían sobre él.

El gas escondía el alumbramiento bajo sábanas, estandartes y lanzas de radiación, auroras, llamas y rayos. Fuerzas, más allá de toda medida, rompían la atmósfera, eléctricas, magnéticas, gravitacionales, campos nucleares; las ondas de choque recorrerían megaparsecs; había corrientes, olas y cataratas. En el borde de la creación a través de ciclos de miles de millones de años que pasaban como momentos, la nave del hombre volaba.

Volaba.

No hay otra palabra. En lo que a la humanidad se refiere, a los ordenadores más veloces y las máquinas más rápidas, luchaba con un huracán, pero un huracán como no había habido otro desde la última vez que las estrellas se fundieron juntas y renacieron nuevas.

—¡Ya-a-ah-h-h! —gritó Lenkei, y guió la nave por una ola cuya cresta producía una espuma de supernovas. Los hombres cansados en el puente de pilotaje miraron con él a la pantalla que había sido construida para ese propósito. Lo que allí se veía no era la realidad (la realidad actual transcendía toda imagen o comprensión), sino una representación de campos de fuerza. Ardía, se retorcía y vomitaba grandes llamas y globos. Existía en el metal de la nave, en carnes y cráneos.

—¿Ya no puede aguantar más? —gritó Reymont desde su asiento—. Barrios, sustitúyale.

El otro hombre negó con la cabeza. Estaba demasiado aturdido y cansado de su turno anterior.

—Bien. —Reymont se desató—. Lo intentaré. He manejado muchas naves diferentes. —Nadie le oyó por la furia que les rodeaba, pero le vieron luchar sobre la cubierta. Se sentó en la silla auxiliar de control, en el lado opuesto de Lenkei, y acercó la boca al oído del piloto—. Guíeme.

Lenkei asintió. Juntas, sus manos se movían por el panel.

Debían mantener a la *Leonora Christine* bien lejos del monobloque en crecimiento, cuya radiación los mataría con seguridad; al mismo tiempo, debían permanecer donde el gas fuese tan denso que tau siguiese decreciendo para ellos, convirtiendo esos gigaaños finales de renacimiento en horas; y debían mantener la nave navegando segura a través de un caos que, si les golpeaba con toda su furia, los convertiría en partículas nucleares. Ningún ordenador, ningún instrumento, ningún precedente podía guiarles. Debía hacerse por instinto y reflejos entrenados.

Gradualmente Reymont comprendió la dinámica, hasta que pudo guiar solo. Los ritmos del renacimiento eran salvajes, pero ellos estaban allí. Un poco a estribor... vector bajo a las nueve en punto... ¡ahora acelera!... frena un poco aquí... no dejes que se vaya... bordea esa nube de llamas si puedes... Los truenos bramaban. El aire estaba lleno de ozono y frío.

La pantalla se apagó. Un instante más tarde, todos los fluoropaneles de la nave se volvieron simultáneamente ultravioletas e infrarrojos, y la oscuridad se impuso. Quienes estaban sujetos a solas oyeron, a través del casco, cómo rayos invisibles caminaban por los pasillos. Los del puente de mando, puente de pilotaje y sala de motores, que pilotaban la nave, sintieron un peso mayor que el de los planetas —no podían moverse ni detener un movimiento una vez que éste empezaba— y comenzaron a sentir una ligereza tal que sus cuerpos se rompían en pedazos —y aquél era un cambio en la misma inercia, en cada constante de la naturaleza a medida que el espacio-tiempo-materia-energía sufría su convulsión final— durante un momento infinitesimal e infinito, hombres, mujeres, niños, nave y muerte fueron uno.

Pasó, con tal rapidez que no sabían si había sido real. La luz volvió, y con ella el paisaje exterior. La tormenta se hizo más feroz. Pero ahora a través suyo, distorsionadas por lo que parecían gotas de fuego de un blanco azulado que se deshacían en chispas mientras volaban, surgían dos enormes hojas que se doblaban; ahí venían las galaxias nacientes.

El monobloque había explotado. La creación había comenzado.

Reymont cambió a desaceleración total. La *Leonora Christine* comenzó lentamente a reducir su velocidad; y voló hacia la luz recién nacida.

22

Boudreau y Nilsson se miraron el uno al otro. Sonreían.

—Sí, de verdad —dijo el astrónomo.

Reymont miró inquieto por todo el observatorio.

—Sí, ¿qué? —exigió. Señaló con el pulgar a una pantalla. El espacio estaba repleto de pequeñas incandescencias danzarinas—. Lo puedo ver por mí mismo. Los grupos galácticos están todavía juntos. La mayoría de ellos no son nada más que nebulosas de hidrógeno. Y entre ellos los átomos de hidrógeno se encuentran todavía en abundancia, hablando comparativamente. ¿Qué pasa?

—Unos cálculos con los datos básicos —le dijo Boudreau—. He estado hablando con los jefes de equipo. Creemos que mereces y necesitas oír en privado lo que hemos descubierto, para que puedas tomar una decisión.

Reymont se puso rígido.

—Lars Telander es el capitán.

—Sí, sí. Nadie quiere tomar decisiones a sus espaldas, especialmente ahora que vuelve a realizar un gran trabajo con la nave. Los pasajeros, sin embargo, son otra cuestión. Sé realista, Charles. Sabes lo que representas para ellos.

Reymont cruzó los brazos.

—Bien, entonces continúa.

Nilsson se puso en modo de conferencia.

—No importan los detalles —dijo—. El resultado viene del problema que nos planteaste para encontrar en qué direcciones iba la materia y en cual la antimateria. Recuerda, fuimos capaces de hacerlo siguiendo las trayectorias de las masas de plasma por los campos magnéticos del universo como un todo mientras su radio era pequeño. Y por tanto los oficiales fueron capaces de llevar esta nave con seguridad a la mitad material del todo.

»Pero, en el proceso de realizar esas investigaciones, recogimos y procesamos una cantidad increíble de datos. Y he aquí lo que hemos descubierto. El cosmos es nuevo y en algunos aspectos desordenado. Las cosas todavía no se han colocado en su lugar. A corta distancia de nosotros, comparado con las distancias que ya hemos atravesado, hay conjuntos materiales, galaxias y protogalaxias, con todas las velocidades posibles.

»Podemos usar ese hecho como una ventaja. Es decir, podemos elegir, el clan, la familia, el grupo y la galaxia individual que queramos como destino... elegir una a la que podamos llegar con velocidad relativa cero en cualquier momento que escojamos de su evolución. De cualquier forma, dentro de límites más o menos amplios. No podemos llegar a una galaxia que tenga más de quince mil millones de años de antigüedad: no, a menos que queramos aproximarnos por otra ruta. Tampoco podemos llegar antes de que tenga mil millones de años. Por otra parte, podemos elegir lo que queramos.

»Y...elijamos lo que elijamos, ¡el tiempo máximo a bordo para llegar allí y frenar no será mayor que unas semanas!

Reymont sorprendido soltó una obscenidad.

—Ves —le explicó Nilsson—, podemos elegir un destino que tenga una velocidad casi idéntica a la nuestra cuando lo alcancemos.

—Oh, sí —murmuró Reymont—. Eso lo entiendo. Simplemente no estoy acostumbrado a tener la suerte a nuestro favor.

—No es suerte —dijo Nilsson—. Dado un universo oscilante, es inevitable. O al menos eso parece. Sólo tenemos que aprovecharnos del hecho.

—Mejor que elijas un destino —le apresuró Boudreau—. Ahora. Esos idiotas discutirían durante horas si hacemos una votación. Y cada hora significa una cantidad inconcebible de tiempo cósmico perdido, lo que reduce las opciones. Si nos dices lo que quieres, prepararé el curso apropiado y la nave podrá comenzar a acercarse en poco tiempo. El capitán aceptará tu recomendación. El resto de la gente aceptará cualquier *fait accompli* que les des, y además te lo agradecerán. Lo sabes.

Reymont dio vueltas durante un rato. Las botas resonaban sobre la cubierta. Se acarició la frente, donde se veían profundas arrugas. Finalmente se enfrentó a sus interlocutores.

—Queremos algo más que una galaxia —dijo—. Queremos un planeta en el que vivir.

—Entendido —dijo Nilsson—. ¿Podríamos decir un planeta, un sistema, de la misma edad aproximadamente que la Tierra? Digamos, ¿cinco mil millones de años? Parece que se necesita ese tiempo para tener una probabilidad razonable de que haya evolucionado una biosfera como la que nos gusta. Supongo que podríamos vivir en un ambiente como el del Mesozoico pero creo que sería mejor que no.

—Parece razonable —admitió Reymont—. Sin embargo, ¿qué hay de los metales?

—Ah, sí. Queremos un planeta tan rico en metales pesados como lo era la Tierra. No menos, o no podríamos crear una civilización industrial. No más, o podríamos encontrar amplias zonas donde la tierra fuese venenosa. Ya que los elementos más pesados se forman en las primeras generaciones de estrellas, deberíamos buscar una galaxia tan vieja, en el momento del encuentro, como lo era la nuestra.

—No —dijo Reymont—. Más joven.

—¿*Hein*? —Boudreau parpadeó.

—Probablemente podamos encontrar un planeta como la Tierra, en lo que a metales se refiere, en una galaxia joven —dijo Reymont—. Un cúmulo globular debería tener muchas supernovas en su primera fase, lo que debería enriquecer el medio interestelar local, dando lugar a una segunda generación de soles de tipo G, aproximadamente la misma composición que el Sol. Cuando entremos en la galaxia, busquemos ese tipo de estrellas.

—Podríamos no detectar ninguna que podamos alcanzar en menos de un año —le advirtió Nilsson.

—Bien, entonces no lo haremos —contestó Reymont—. Podemos aceptar un planeta menos dotado en hierro y uranio que la Tierra. Eso no es crucial. Tenemos la tecnología para emplear metales ligeros y materiales orgánicos. Tenemos hidrógeno como fuente de energía.

»Lo importante es que seamos la primera especie inteligente de esa zona.

Se le quedaron mirando.

Él sonrió de una forma que no habían visto antes.

—Me gustaría que pudiésemos elegir los mundos, cuando nuestros descendientes realicen la colonización interestelar —dijo—. Y me gustaría que

fuésemos... oh, los antiguos. No imperialistas; eso es ridículo; sino la gente que estaba ahí desde el principio y sabe desenvolverse, y de los que vale la pena aprender. No importa qué formas físicas tengan las jóvenes especies. ¿A quién le importa? Pero hagamos que ésa sea, en lo posible, una galaxia humana, en el más amplio sentido de la palabra «humano». Quizás incluso un universo humano.

»Creo que nos hemos ganado ese derecho.

La *Leonora Christine* sólo precisó tres meses de la vida de su gente para pasar del momento de la creación al momento en que encontró su hogar.

Fue en parte buena suerte y en parte previsión. Los átomos recién nacidos habían salido disparados con una distribución al azar de velocidades. Así, con el paso de las eras, habían formado nubes de hidrógeno que adoptaron individualidad propia. Al separarse, esas nubes se condensaron en subnubes, que bajo la lenta acción de muchas fuerzas, se diferenciaron en familias separadas, luego en galaxias, y finalmente en soles individuales.

Pero inevitablemente, en las primeras fases, ocurrieron situaciones excepcionales. Las galaxias estaban todavía muy juntas. Todavía contenían grupos anómalos. Por tanto intercambiaban materia. Un gran grupo de estrellas podía formase en el interior de una galaxia, pero al tener una velocidad superior a la de escape, podía pasarse a otra (con estrellas formándose mientras tanto) que la capturase. De esa forma, la variedad de tipos estelares que pertenecían a una galaxia particular no estaba limitada a aquellos que podían evolucionar en su propio tiempo.

Apuntando a su destino, la Leonera Christine seguía a un grupo bien desarrollado cuya velocidad podía igualar con facilidad.

Al entrar en sus dominios, buscó una estrella con las características adecuadas de espectro y velocidad. Nadie se sorprendió al saber que la más próxima tenía planetas. Desaceleró hacia ella.

El procedimiento difería del plan original, que había sido ir a gran velocidad observando mientras la nave atravesaba el sistema.

Reymont fue el responsable. Por una vez, dijo, corramos un riesgo. Las posibilidades no eran malas. Medidas realizadas a través de años luz con instrumentos y técnicas desarrolladas a bordo de la nave daban razones para esperar que un compañero de ese sol amarillo podría ser el refugio de la humanidad.

Si no, se habría perdido un año, el año necesario para aproximarse a *C* con respecto a toda la galaxia. Pero si había un planeta como el que recordaban, no se necesitaría ninguna desaceleración posterior. Se habrían ganado dos años.

La apuesta parecía razonable. Dadas veinticinco parejas fértiles, dos años extra significaban medio centenar de ancestros más para la raza futura.

La *Leonora Christine* encontró su mundo, a la primera.

23

Sobre una colina que miraba a un hermoso valle, había un hombre con su mujer.

No era una Nueva Tierra. Eso hubiese sido esperar demasiado. El río a sus pies estaba teñido de oro por pequeñas formas de vida y atravesaba valles cuya abundante vegetación era azul. Los árboles parecían como si tuviesen plumas, con tonos del mismo color, y el aire hacía que sus flores cantasen. Emitían aromas como a canela; había yodo, y caballos, y olores para los que los hombre no tenían nombres. En el lado opuesto se elevaban altas empalizadas, negras y rojas, coronadas de despeñaderos, donde brillaban los salientes de un glaciar.

Pero el aire era cálido; y la humanidad podía prosperar allí. Enormes sobre ríos y cumbres se alzaban nubes que brillaban como plata al sol.

Ingrid Lindgren habló.

—No debes dejarla, Carl. Merece algo mejor de nosotros.

—¿De qué hablas? —respondió Reymont—. No podemos dejarnos los unos a los otros. Ninguno de nosotros puede. Ai-Ling entiende que hay algo único en mí. Pero también en ella, a su manera. También todos nosotros, todos a todos los demás. ¿No? ¿Después de lo que hemos pasado?

—Sí. Sólo que... Nunca pensé que te oiría decir esas palabras, Carl, cariño.

El rió.

—¿Qué esperabas?

—Oh, no sé. Algo cruel e inflexible.

—El tiempo para eso ya ha pasado —dijo—. Hemos llegado a donde íbamos. Ahora debemos empezar de nuevo.

—¿También con los demás? —preguntó ella, chinchándolo un poco.

—Sí. Por supuesto. Buen Dios, ¿no lo hemos discutido lo suficiente entre todos? Debemos conservar del pasado lo bueno y olvidar lo malo. Como... bien, todo el asunto de los celos ya no es importante. No habrá inmigrantes posteriores. Debemos compartir nuestros genes todo lo que podamos. ¡Los cincuenta podemos comenzar toda una especie inteligente! Así que tu preocupación de que alguien se sienta herido, o apartado, o algo... no se aplica. Con todo el trabajo que tenemos por delante, las personalidades no tienen la más mínima importancia.

La atrajo hacia él y rió.

—Tampoco es que no podamos decirle al universo que Ingrid Lindgren es lo más hermoso que hay en él —dijo, se echó bajo un árbol y agarró su mano—. Ven. Te dije que íbamos a tomarnos unas vacaciones.

Con escamas de acero, haciendo ruido con las alas, pasó por encima una de las criaturas que llamaban dragones.

Lindgren se unió a Reymont, pero vacilando.

—No sé si debiéramos, Carl —dijo.

—¿Por qué no?

—Hay demasiado que hacer.

—Edificar, plantar, todo va bien. Los científicos no han informado de ninguna amenaza, presente o potencial, con la que no podamos tratar. Podemos permitirnos descansar un poco.

—Bien, aceptemos el hecho —habló renuente—. Lo reyes no tienen vacaciones.

—¿De qué estás hablando?

Reymont se recostó sobre el tronco áspero y perfumado, y acarició su cabello, que brillaba bajo el joven sol. Después de la oscuridad habría tres lunas que brillarían sobre ella, y más estrellas de las que el hombre había conocido nunca.

—Tú —dijo ella—. Te miran a ti, al hombre que los salvó, el hombre que se atrevió a sobrevivir, te buscan a ti...

Él la interrumpió de la forma más agradable.

—¡Carl! —protestó ella.

—¿Te importa?

—No. Por supuesto que no. Al contrario. Pero... Es decir, tu trabajo...

—Mi trabajo —dijo— es mi parte en el trabajo de la comunidad. Ni más ni menos. Y en lo que se refiere a cualquier otro cargo, tenían un proverbio en América que decía: «Si me nominan, no me presentaré; si me eligen, no gobernaré.»

Ella lo miró con algo de terror.

—¡Carl! ¡No puedes hablar en serio!

—Por supuesto que puedo —contestó. Por un momento volvió a ponerse serio—. Una vez que ha pasado una crisis, una vez que la gente puede defenderse por sí misma... ¿qué mejor cosa puede hacer un rey que renunciar a su corona?

Luego rió, e hizo que ella se riese con él, y fueron simplemente humanos.

FIN